

ORGANIZACIÓN DE AGUSTINOS DE LATINOAMERICA

EJERCICIOS ESPIRITUALES AGUSTINIANOS

REVISAR LA PROPIA VOCACIÓN
EN CLAVE DE MEMORIA AGRADECIDA.
Equipo de Animación Continental



2018

NUEVO ITINERARIO DE COMUNIÓN Y SERVICIO - SEGUNDA ETAPA



INDICE

INTRODUCCIÓN.....5

A. LA VOCACIÓN HUMANA:

TEMA 1: LA VOCACIÓN COMO LLAMADO Y COMO RESPUESTA A SERVIR (LA IMPLICANCIA VOCACIONAL QUE SUPONE LA RESPUESTA, LA ALTURA DE LA VOCACIÓN DEL QUE RESPONDE FIELMENTE, CÓMO ESTAMOS VIVIENDO EL VOTO DE OBEDIENCIA; ENTENDIDO EN PRIMERA INSTANCIA, COMO LA RESPUESTA A DIOS QUE LLAMA)..... 9

EJERCICIO EXPERIENCIAL: RECORDANDO MI HISTORIA VOCACIONAL: EL ENTUSIASMO INICIAL DE NUESTRA PROPIA VOCACIÓN, PERSONAS QUE INFLUYERON, CAÍDAS, LEVANTADAS, RECONOCER LA ACCIÓN DE LA GRACIA DE DIOS EN UNO. ESCRIBIR, EN ESTE SENTIDO SUS PROPIAS CONFESIONES.....17

TEMA 2: LA VOCACIÓN COMO UNA INVITACIÓN A AMAR (MI HISTORIA AFECTIVA, COMO ESTAMOS VIVIENDO EL VOTO DE CASTIDAD EN CUANTO RESPUESTA A LA OPCIÓN DE VIDA A LA QUE HEMOS SIDO LLAMADOS).....23

TEMA 3: LA VOCACIÓN COMO INVITACIÓN A COMPARTIR LA VIDA, LOS BIENES Y EL TRABAJO CON OTROS (DIMENSIÓN COMUNITARIA DE LA VOCACIÓN: NO SOY EL ÚNICO LLAMADO. EL ROL DE LA FAMILIA EN LA VOCACIÓN. COMO ESTAMOS VIVIENDO EL VOTO DE POBREZA EN CUANTO RESPUESTA A COMPARTIRLO TODO, CON TODOS LOS DEMÁS LLAMADOS)..... 31

B. LA VOCACIÓN CRISTIANA:

TEMA 4: LA VOCACIÓN COMO EL LLAMADO A ORAR POR EL PUEBLO DE DIOS, EN CUANTO EXIGENCIA DEL SACERDOCIO COMÚN RECIBIDO EN EL BAUTISMO (PARA ESTE DIÁLOGO PURIFICAR LA IMAGEN DE DIOS DESDE SAN AGUSTÍN. NUESTRA PROPIA IMAGEN DE DIOS Y LA DE LOS JÓVENES QUE VIENEN A NUESTRAS CASAS DE FORMACIÓN. LA ORACIÓN DE INTERCESIÓN)..... 38

TEMA 5: LA VOCACIÓN COMO LLAMADO AL PROFETISMO, RECIBIDO A PARTIR DEL BAUTISMO (QUE NOS CAPACITA PARA HABLAR DE PARTE DE DIOS, PARA ANUNCIAR Y DENUNCIAR, CON LA VIDA Y LA COHERENCIA, EL REGIMEN DE LA CULTURA DE LA MENTIRA Y DE LA MUERTE EN EL MUNDO ACTUAL).....45

TEMA 6: LA VOCACIÓN COMO LLAMADO A SERVIR PARA ENCARNAR LA DIMENSIÓN REAL RECIBIDA EN EL BAUTISMO (SERVIR CONCRETAMENTE A LA IGLESIA EN SUS

COMUNIDADES DE BASE Y A LA SOCIEDAD HUMANA EN LOS POBRES Y POSTERGADOS).....	52
--	----

C. LA VOCACIÓN AGUSTINIANA:

TEMA 7: COMPROMISO PERSONAL Y COMUNITARIO CON EL PROPIO CARISMA Y ESPIRITUALIDAD (BEBER DE LA RIQUEZA DE NUESTRAS FUENTES COMO FIDELIDAD AL ESPÍRITU SANTO QUE NOS HA REGALADO NUESTRO PROPIO CARISMA COMO UN DON DE DIOS. LA TENTACIÓN DE BEBER DE OTROS POZOS).....	60
--	----

TEMA 8: COMPROMISO CON LA PROMOCIÓN VOCACIONAL (PROPAGAR Y COMPARTIR EL CARISMA. APERTURA DE NUESTRAS COMUNIDADES A LOS JÓVENES, LA NECESIDAD DE PROPONER LINEAS COMUNES PARA LA PROMOCIÓN VOCACIONAL).....	82
--	----

TEMA 9: COMPROMISO CON UN PROYECTO COMÚN (50 AÑOS DE OALA. LLEVAMOS 50 AÑOS CAMINANDO JUNTOS. MEMORIA AGRADECIDA: CÓMO ESTUBO EN UN PRINCIPIO, CUANDO NACE Y CÓMO ESTÁ AHORA. DIMENSIÓN PROYECTIVA: HACIA DONDE DEBERÍA IR DE AHORA EN ADELANTE).....	69
--	----

ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN	76
--	-----------

INTRODUCCIÓN

En la Reunión de la Directiva de OALA, el 19 y 20 de abril de 2017 en Buenos Aires Argentina, dado que estamos viviendo la Segunda Etapa del Proceso de renovación de nuestra Orden en América Latina: EL JUZGAR, conmemorando los 50 años de OALA; y para también sintonizar con la Iglesia que celebra el Sínodo de los Jóvenes, se pensó que la temática más apropiada para nuestros Ejercicios Espirituales 2018 sea: NUESTRA PROPIA VOCACIÓN.

Tenemos que especificar:

1º Que este material no es sólo para la promoción vocacional sino para recordar con memoria agradecida nuestra propia historia vocacional: el llamado que hemos recibido, las respuestas que ha dado cada uno.

2º Que esta reflexión ha sido desarrollada en el contexto del Sínodo de los Jóvenes y de la Celebración de los 50 años de existencia de OALA. 50 años uniendo, animando y despertando proféticamente a nuestras comunidades en América Latina.

3º Que cómo estamos en la 2ª Fase de la 2ª Etapa del Proyecto de Revitalización de la Orden en América Latina (“Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio”), en que tendremos que revisar nuestras obras y Servicios, habrá que juzgar si lo que estamos haciendo, la respuesta que estamos dando, es de acuerdo al Carisma al que hemos sido llamados.

Por lo tanto, el eje, columna u objetivo transversal de estos Ejercicios Espirituales 2018 será el JUZGAR, A PARTIR DEL LLAMADO Y LA RESPUESTA, NUESTRA PROPIA VOCACIÓN. En otras palabras: CÓMO LEEMOS LO QUE DIOS HA HECHO EN NOSOTROS.

El tema de la Vocación será desarrollado en tres ámbitos: la vocación humana, la vocación cristiana y la vocación agustiniana.

El tema de la vocación humana partirá de los tres valores esenciales que son la columna de toda sociedad y que determinan a su vez la formación del tipo de persona que contribuye al desarrollo del propio ser humano y de la sociedad entera que lo acoge: SERVIR (ámbito político), AMAR (ámbito de la cultura y la civilización), COMPARTIR (ámbito económico). Se espera que estos tres valores sean encarnados por toda persona y promovidos por toda sociedad justa. Son los valores del Reino que propagó Jesús. A la vez están íntimamente relacionados con la opción de vida, con el tipo de existencia que hemos elegido, para proyectarla en el mundo y la sociedad actual: OBEDIENCIA (Servir), CASTIDAD (Amar), POBREZA (Compartir).

El tema de la vocación cristiana partirá a su vez de las tres dimensiones bautismales. En el bautismo hemos sido consagrados como Sacerdotes, Profetas y Reyes, a semejanza de Jesús, y gracias a Él. Esto significa que por Él hemos sido constituidos como tales; y que es Él el que nos ha hecho participar de su sacerdocio, de su profetismo y de su realeza. Esta es la misión-vocación que todos los bautizados, como hijos de Dios, como fieles cristianos, como discípulos de Jesús, debemos desarrollar en la propia Iglesia y en el mundo. Para eso, como otros Cristos, se nos ha ungido: para ser sacerdotes, profetas y reyes (servidores).

La vocación agustiniana que concretiza nuestra vocación a la vida religiosa, a la vida consagrada, en una comunidad concreta, con un estilo carismático propio de vida, será desarrollado en la reflexión a partir de un triple compromiso: Compromiso con Nuestra Propia Fuente (con nuestro Carisma y Espiritualidad en todo lo que vivamos y hagamos), Compromiso con la Promoción Vocacional (Propagar y compartir el carisma con todos, especialmente con los jóvenes); y partiendo de una memoria agradecida por estos 50 años de OALA, Compromiso con el Futuro, en un Proyecto Común, para toda nuestra Orden presente en América Latina y El Caribe.

En el desarrollo de estos temas aparecerán como textos bases:

- La Palabra de Dios.
- Los escritos de nuestro Padre San Agustín.
- El Magisterio de la Iglesia Universal y Latinoamericana: Concilio Vaticano II, Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida.
- Las Cartas y Exhortaciones apostólicas del Papa Francisco.
- Nuestra Regla y Constituciones.
- Los Documentos y Decisiones del Capítulo General Intermedio 2016.

Además de estos textos base, los temas a reflexionar, han sido actualizados, complementados y enriquecidos, por cada uno de los hermanos que los trabajó, con el aporte de otros autores actuales, según lo haya requerido la elaboración de cada uno de estos valiosos temas.

Agradecemos a todos los hermanos que colaboraron en la confección de cada uno de los temas de los Ejercicios Espirituales 2018: a Fr. Juan Carlos Ayala; a Fr. Yuliano Viveros; a Fr. Paulo López; a Fr. Cristiano Zeferino de Faria y Fr. Mario Sergio Rocha; a Fr. José Ignacio Busta; a Fr. Rafael Baltasar Torres; a Fr. Miguel Ángel Keller; a Fr. Francisco Galende; a Fr. Gioberty Calle Calle; y a Fr. Edinson Farfán.

Estos nueve temas y un ejercicio experiencial, tipo taller, son para una semana de retiro, comenzando (como ya es costumbre en muchas de nuestras Circunscripciones de América Latina y El Caribe) el día Lunes al medio día y terminando el viernes también por el medio día. Para la mañana del viernes se recomienda revisar las tareas del Proceso de Renovación de la Orden en América Latina para este año 2018, y confeccionar el programa donde se especifique cuándo y cómo la circunscripción realizará estas tareas. Si el Retiro se realiza a medio año del 2018, igualmente se evalúa y se reprograma si es necesario.

Los temas, por lo tanto, se pueden distribuir de la siguiente manera:

- Lunes: Por la tarde: Tema 1
- Martes: Por la mañana: Ejercicio Experiencial y Temas 2. Por la tarde: Tema 3.
- Miércoles: Por la mañana: Tema 4 y 5. Por la tarde: Tema 6.
- Jueves: Por la mañana: Temas 7 y 8. Por la tarde tema 9.
- Viernes: Por la mañana: Revisión de las tareas del Proceso “Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio” para este año 2018 y elaboración de la programación para realizarlas. La tarea que hay que realizar durante el año 2018 es revisar las obras y servicios que tenga la Circunscripción a partir de los 8 modelos ideales de obras y servicios que se proponen en el Manual para la Segunda Etapa. Se revisa sólo los modelos que tengan que ver con las obras

y servicios de la Circunscripción. Es también la Oportunidad para programar la manera de colocarse al día en los trabajos pendientes de la Etapa Anterior.

Se recomienda también, rezar todos los días la oración por la revitalización de Nuestra Orden en América Latina y El Caribe. Esta ha sido presentada por estrofas para que pueda ser rezada, en común, a dos coros. De aquí deriva su extensión: fue creada para ser rezada en comunidad.

Deseándoles que el Señor acompañe con su Espíritu Santo a cada una de las Circunscripciones de Nuestra Orden de San Agustín presentes en los diferentes países de América Latina y El Caribe, les entregamos estos Ejercicios Espirituales 2018 como un aporte que nos ayude a mirar y a revisar, tanto nuestra propia identidad de Consagrados, como nuestra vida comunitaria y nuestra acción pastoral.

Que Nuestra Señora Madre del Buen Consejo, Nuestro Padre San Agustín y Nuestra Madre Santa Mónica, intercedan delante de Dios Padre, en nombre de Jesús, por todos y cada uno de nosotros.
EQUIPO DE ANIMACIÓN CONTINENTAL (EAC).



TEMA 1:

A. LA VOCACIÓN HUMANA.

LA VOCACIÓN COMO LLAMADO Y COMO RESPUESTA A SERVIR (LA IMPLICANCIA VOCACIONAL QUE SUPONE LA RESPUESTA, LA ALTURA DE LA VOCACIÓN DEL QUE RESPONDE FIELMENTE, CÓMO ESTAMOS VIVIENDO EL VOTO DE OBEDIENCIA; ENTENDIDO EN PRIMERA INSTANCIA, COMO LA RESPUESTA A DIOS QUE LLAMA).

Objetivo del Tema: Tomar conciencia que la respuesta a la propia vocación implica el desarrollo o el freno para la realización del proyecto de vida, de la vocación, de cada uno de los demás.

Vocación significa literalmente “LLAMADA”, pero este concepto nos suscita muchas preguntas:

- ¿Llamada a que cosa? ¿Llamada a ser? ¿Llamada a hacer algo? ¿Llamada a vivir? ¿Llamada a ser feliz?
- ¿Quién llama? ¿De quién se recibe esta llamada? ¿De nuestro propio ser? ¿De alguien que se admira y que se quiere imitar? ¿De la vida? ¿De Dios?
- ¿Cómo llama? ¿Desde el interior de uno mismo? ¿Desde la realidad que vivimos? ¿Desde nuestra propia experiencia? ¿Qué se siente?

Cuando iniciamos una reflexión profunda para ir respondiendo todas estas preguntas, éstas se van armonizando, concatenando; o sea, dependiendo unas de otras y tomando sentido. El concepto vocación si bien significa “llamada”, implica que tiene que haber una RESPUESTA de parte nuestra.

Al no haber respuesta habrá en nuestra vida falta de destino, sinsentido de la misma vida, tedio y cansancio existencial, irrealización e insatisfacción permanente. Sentiremos Como que algo falta, y no sabremos qué.

- Es la enfermedad que se produce al vivir por vivir, sin una meta o un objetivo claro en la vida.

En cuanto a la vocación como RESPUESTA a esa llamada, esa respuesta siempre va en orden a un SERVICIO. En síntesis, podemos decir que la vocación “humana”, la vocación de todo ser humano, es:

- a HUMANIZARSE, o sea, a desarrollar y realizar plenamente el proyecto que Dios hizo del hombre. Esto se logra en la medida en que es el “Espíritu” el que gobierna a la carne y no al revés; es decir, en la medida en que los grandes valores morales y espirituales son el centro rector de la propia vida; y no las apetencias que derivan de la carne. Para esto el ser humano necesita de la ayuda de la Gracia.
- llamada a realizar un SERVICIO, quien se humaniza, humaniza; quien responde plenamente a su vocación, enriquece a todos (Implicancia vocacional); quien se eleva arrastra al mundo. Del mismo modo que quien se degrada, corrompe al conjunto.

Para profundizar en el tema permítanme transcribirles esta larga cita, ya que si lo expreso yo con mis palabras, no creo que lo pueda decir tan exacto, tan claro y tan bien:

“¿Sabemos realmente lo que es la vocación? y, más aún, qué pasa cuando las personas no transitan su camino vocacional. Gabriel Castillo Inzulza, Premio Nacional de Educación 1997, reflexiona en su libro "Educación de Anticipación" sobre la vocación a darse y promover la vida y las implicancias de la vocación personal en la vida de los otros. A continuación reproducimos un extracto del Capítulo 1:

"...el hombre responde positivamente a su vocación, es decir, se hace responsable de su condición humana, se hace hombre, cuando avanza en su capacidad de amar, cuando aprende a apostar la propia existencia por la existencia de otros hombres.

Dentro de esta vocación común, necesaria de todo hombre, cada cual es llamado a cumplir una misión estrictamente suya, una misión tan profundamente personal que, si él no la asume, la misión se quedará inevitablemente inédita. Esta misión es la de aportar, a la empresa común de humanización del mundo, sus capacidades, sus medios, su historia personal. Y no importa que esos talentos sean más o menos que los que entregan otros hombres; sólo importan que sean los suyos.

La vocación de cada hombre singular es, pues, el requerimiento que cada cual recibe, desde su interioridad y desde su realidad concreta e histórica, para que aporte su unicidad personal a la vocación común de amar y de cultivar la vida y de construir un mundo humano.

Este requerimiento vocacional no ocurre en un momento determinado, sino que está ocurriendo durante toda la vida del hombre. No se manifiesta tampoco en una sola y determinada exigencia específica, sino a través de una vasta serie de interpelaciones que le llegan al hombre desde puntos diversos de su realidad.

Alguno podrá dar respuesta a su vocación permaneciendo toda su vida en el lugar en que nació. Otro se irá, tal vez, a una ciudad diferente de aquella en que nació o estará en varios lugares diferentes de su patria, siempre sirviéndola, entregando sus capacidades a la elevación de su pueblo. Otro, quizás, dejará en un momento su suelo natal y, siguiendo su vocación llegará a otro país, y tal vez a otro continente, y allí entregará su vida y sus talentos a la elevación de los niveles de humanidad del mundo. En todos los casos existía siempre el mismo proceso: un hombre, en la situación histórica en que se mueve, va recibiendo solicitudes de generación de cuidado y de elevación de la vida. Va desarrollando sus capacidades en la relación social que lo solicita y va, con esas capacidades, configurando su aporte, su respuesta, a la solicitud que recibe.

Por cierto que no siempre el hombre responde positivamente al requerimiento que se le hace. Puede rechazar abiertamente el servicio que se le demanda; o puede escamotear la respuesta adaptando el requerimiento a la debilidad de su responsabilidad hasta llegar a dar vuelta el signo de lo que se le ha pedido.

Un hombre puede, por ejemplo, aceptar entrar en un plan de formación profesional en que está interesado su pueblo con el propósito de subir la calidad de su producción y puede, luego, en posesión de la profesión, hacerse a un lado de la responsabilidad que se le entregó o hacer uso de ella en su propio y particular beneficio.

Alguno hasta podrá, tal vez utilizar los conocimientos que se le entregaron para promover la vida,

con el propósito contrario de aniquilarla, como lo hicieron los médicos nazis que experimentaron técnicas de muerte en los prisioneros de los campos de concentración.

La vocación no se cumple, pues, por el hecho de desempeñar alguien un puesto, una profesión, un oficio, una función o una actividad, aún si ésta tiene el nombre de actividad de servicio. Todas las acciones y desempeños humanos, los oficios, las profesiones, los puestos de trabajo, las actividades en el hogar, son sólo vehículos a través de los cuales puede tanto expresarse como quedarse inexpresado el cumplimiento de la vocación.

La vocación se cumple sólo cuando la función, cargo u oficio en el que el hombre se desempeña está traspasado, iluminado, por el intento de elevar los niveles de humanidad de su mundo, cuando el propósito de lo que hace guarda la intencionalidad de abrir el paso a la vida de otros hombres.

La implicancia vocacional

La vocación es una misión, una misión que implica necesariamente, una intencionalidad de promoción humana.

La misión significa una implicancia, es decir, una atadura de la propia suerte a la suerte de otros hombres.

La implicancia es tan real que no hay hombre que pueda encontrarse con su propia vida a menos que la aporte a la vida de otros; y nadie puede desarrollar su identidad y ser él mismo si no se ocupa de crear condiciones para que otros hombres puedan desarrollar la identidad de ellos.

Por eso, cuando un hombre deserta de su vocación, aquellos cuyas vidas estaban implicadas con la suya pierden un apoyo que les era necesario. Y el propio desertor se queda como esos seres descritos en el prólogo de *Demián* de Hesse que son *hombres de medio cuerpo arriba y el resto pez*. Y la edificación del mundo humano se deteriora, retrocede.

Cuando, por el contrario, un hombre asume su responsabilidad con las vidas humanas con las que está implicado, entonces no sólo ayuda a poner las bases para que otros lleguen a ser lo que tienen que ser, sino que, por esta acción misma, se abre camino a su propia liberación. Todavía más. Al asumir su parte en la liberación de otros y, con ello, también de sí mismo, está posibilitando la existencia de más identidad humana del mundo.

Así que los hombres caminan, inevitablemente atados. Y por cada hombre que no asume su sitio en la promoción de la vida, se detiene, un momento, el trabajo de todos; y la conquista de una relación de plenitud se demora. Y por cada hombre que asume su puesto, el avance más se afirma. Todo ocurre como cuando alguien, mientras pasa la oscuridad, levanta una luz. No sólo se alumbra sobre sí mismo, sino que alumbra también a los demás y pone en el mundo una luz que antes no existía".

(Tomado de <http://www.educarchile.cl/ech/pro/app/detalle?id=75208>).

Responder desde el corazón.

El profesor Castillo nos decía en la cita anterior: “La vocación de cada hombre singular es, pues, el requerimiento que cada cual recibe, desde su interioridad y desde su realidad concreta e histórica, para que aporte su unicidad personal a la vocación común de amar y de cultivar la vida y de construir un mundo humano.”

Esta llamada a amar, a cultivar la vida, a construir un mundo mejor, es una vocación que nos permite desarrollarnos en humanidad, y por lo mismo, es una vocación que nos permite desarrollar plenamente lo que somos.

El ser humano sólo se realiza y se plenifica en el amor. Podríamos incluso decir que la capacidad de amar es la que nos humaniza. Las diversas circunstancias de la vida nos ponen cada día que pasa de nuestra existencia en esta exigencia de entregar amor. Cada cosa que acontece nos pide una respuesta. Desde las circunstancias más pequeñas hasta las más importantes y trascendentes esperan esta respuesta. Desde las circunstancias más simples hasta las más complejas y difíciles esperan esta respuesta de cada uno de nosotros.

Si estuviéramos cada uno de nosotros solos en el mundo, la respuesta que daríamos nos afectaría sólo a nosotros. Nos empujearía o engrandecería nada más que a nosotros mismos en nuestra vocación humana. Pero no estamos solos, querámoslo o no, somos parte de un cuerpo: la humanidad completa. Por lo tanto, nuestra vocación está en implicancia con la de los demás; y la respuesta que demos puede posibilitar o frustrar el proyecto de vida y de plena realización de los demás.

Imaginemos que hubiese pasado si la respuesta de San José y de la Virgen María hubiese sido otra distinta a la que conocemos. Así como a ellos; Dios, en cada circunstancia de la vida, nos pide que demos una respuesta. Esa respuesta puede ser dura y egoísta o tierna y cariñosa. Pero lo más terrible o maravilloso, es que puede frustrar o posibilitar el proyecto de vida y realización de los demás. Esto porque estamos todos los seres humanos en implicancia los unos con los otros.

Coloquemos el ejemplo de una persona conocida por muchos: el premio Nobel de literatura, Pablo Neruda. Él nos cuenta que siendo muy pequeño murió su madre, y cuidó de él su madrastra: la Sra. María Malverde. Ya poeta y escritor conocido, él le escribió un poema: “La Mamadre”. Una palabra que él inventó para referirse a ella, a quien dice que no puede llamar madrastra, porque sin ser su madre, se portó como tal para con él, como si hubiese sido su propia madre. ¿Qué hubiese pasado, si esa mujer, no hubiese dado en la vida una respuesta de amor hacia ese niño? Muy probablemente el niño Neftalí Reyes Basoalto no se habría convertido en lo que estaba llamado a ser: el gran Pablo Neruda.

Por eso la vocación más grande que tiene todo ser humano no es a ejercer simplemente un oficio, una profesión o una ocupación; sino la vocación al amor, el llamado a amar durante toda su vida. Y sólo se realizará a sí mismo, alcanzará su propia plenitud y plenificará la vida de los demás, si vive en el amor. Agustín lo entendió muy bien cuando expresó su famosa sentencia: “El Amor es mi peso”, para decir que el amor era aquello que tironeaba y hacía avanzar su vida.

Por eso esta vocación a la santidad, a vivir en el amor, es universal. Y en este sentido no hay santos de primera o de segunda categoría. Algunos han realizado obras magníficas, otros han realizado

cosas sencillas. Si comparamos la misión que tuvo Moisés con la que tuvo San José podemos darnos cuenta. A Moisés se le encomendó un Pueblo entero, a San José el cuidado de dos personas: Jesús y María. Sin embargo, si él no hubiese respondido en aquello sencillo habría sido un obstáculo para la realización humana de quien dependía la Salvación de la humanidad de todos los siglos. Por eso, aunque uno realizó grandes hazañas y el otro se encargó de la manutención y seguridad de un hogar, ambos están a la misma altura; porque ambos supieron responder a las circunstancias de la vida, como Dios se los pedía, con cariño, con generosidad y entrega. En definitiva la respuesta que nos exige la vocación en general, y toda vocación en particular, es: entregar el corazón.

Por eso el concilio, al comenzar a hablar de la santidad en los diversos estados, nos dice: “Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios.” (LG 41).

Y en el último párrafo del número 40, nos dice: “Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena” (LG 40).

Desertar de la propia vocación.

En el camino de la vida se puede traicionar la propia vocación y no ser fiel a ella. Esto significa que podemos no dar la respuesta que se espera; o peor aún, podemos dar la respuesta que no se espera.

La posibilidad de equivocarnos y tomar fácilmente un camino errado es posible porque todo ser humano, antes de ser llamado a hacer algo, está llamado primeramente a ser, a ser en plenitud; lo que traducido significa que está llamado a realizar su existencia humana en una vida feliz. Y esto lo hemos sentido desde niños. Siempre hemos querido ser plenamente felices.

Y para conseguir esto, muchos lo han buscado por:

- La vía del TENER (ganar dinero, obtener posesiones, tener cosas para “tener” una “buena” vida).
- O por la vía del PODER (buscar la fama, obtener títulos, conseguir puestos importantes para ser reconocidos y valorados por los demás)
- O por la vía del PLACER (Comer, beber, tener sexo; vía que le involucra al ser humano menos esfuerzo, pero que le causa adicción, tornándose la “felicidad” en la satisfacción de estas adiciones que lo llevan al deterioro de su salud y en definitiva a la pérdida de su vida).

San Agustín confundido transitó por este camino; y, al igual que nosotros, también se sintió tentado por lo que ofrecía la sociedad de su época en torno al tener, al poder y al placer, como vías para encontrar la felicidad.

- Honestamente nos cuenta en sus Confesiones que la finalidad que perseguía con los estudios era “hacerse famoso y sobresalir en el arte del lenguaje” para obtener “honores humanos y amontonar engañosas riquezas” (Conf. 1, 9, 14). Él mismo, después como profesor, transmitiría a sus alumnos las mismas motivaciones que le habían guiado hasta entonces: su única preocupación: “vender palabrerías destinadas a cosechar laureles” (Conf. 4, 2, 2).
- Igualmente nos confiesa que, en ese tiempo, busco ser feliz dando rienda suelta a sus placeres: “Amar y ser amado era para mí una dulce ocupación, sobre todo si lograba disfrutar del cuerpo de la persona amada. Lo que hacía, pues, era manchar la fuente de la amistad con las impurezas de la pasión y oscurecer su esplendor con mi infernal pasión sensual. Siendo sucio y deshonesto, me ufanaba vanidosamente de ser galán y cortesano. Por fin, caí, también en las redes del amor, en que quería ser atrapado... Fui correspondido. Y llegué al enlace secreto y sabroso, y me dejé prender con alegría en serviles ataduras. Pero luego, los celos me azotaron con sus recias varas de hierro candente, y de sospechas y temores, y de enojos y porfías” (Conf. 3, 1, 1). “Estaba tan apegado [a la pasta gelatinosa de los deleites carnales] que llegué a afirmar, siempre que surgía este tema de conversación, que yo no era capaz en absoluto de llevar una vida célibe” (Conf. 6, 12, 22). Agustín reconoce que no era “el objetivo del decoro y honestidad de la familia y la educación de los hijos” lo que le atraía. “Lo que a mí me atormentaba, y esclavizaba principalmente y con dureza, era la costumbre de saciar mi pasión insaciable” (Ibíd.). [Todavía no sabía - reconoce después de su conversión- que la continencia es sólo posible con la ayuda de Dios: Conf., 6, 11, 20].

Estas formas de conseguir “la plenitud de vida” siempre han estado presente en la humanidad, pero ahora más que nunca ha sido propiciada por el sistema capitalista o neoliberal que entusiasma con su propaganda: ¿Quieres ser feliz? Tienes que tener una buena casa, el mejor auto, ser popular, convertirte en una estrella, y gozar de la vida.

Sin embargo ayer y hoy hubo hombres que se dieron cuenta que a pesar de tenerlo todo no eran felices.

- En la antigüedad: Lao Tsé en China, Sidharta Gautama Buda en la India, por dar algunos nombres.
- En un tiempo más cercano al nuestro: Mahatma Gandhi, Martin Luther King, Albert Schweitzer, Teresa de Calcuta, entre tantos otros.

Estos fueron capaces de romper con lo que siempre se había hecho. Insatisfechos pensaron que la vida tiene que ser más. Orientaron sus vidas a buscar esa plenitud y se convirtieron en seres humanos notables: fuente de sabiduría, de realización y de plenitud de sí mismos, faro para los demás, porque encendieron su propia luz interior. En ellos la vocación, como respuesta a la llamada, se hizo búsqueda.

El ejemplo de esta búsqueda, también sería el propio Agustín de Tagaste, que llegó a convertirse en San Agustín de Hipona: De vivir sólo para sí, llegó a vivir substancialmente para los demás.

- Cuando conoció a Cristo se dio cuenta que la felicidad no estaba por el lado del acumular riquezas, sino en el compartir. Enamorándose del estilo de vida de los primeros cristianos narrados en los textos de los Hechos de los Apóstoles, organizó la vida común con sus amigos basada en la comunión de bienes.

- San Agustín fue percibiendo que por más que los seres humanos busquen ser felices por la vía del tener, del poder o del placer, siempre quieren más y más, y nunca quedan satisfechos. Esto es porque el ser humano tiene una sed infinita de ser feliz que sólo puede ser saciada en una fuente que sea igualmente, o tan infinita, como su sed. Una fuente que le dé sentido y coherencia a toda su vida, de tal manera que no vuelva a tener sed. Por eso al encontrar esa fuente exclamará en el libro primero de sus Confesiones: “Señor nos has hecho para Ti y nuestro corazón va a estar siempre inquieto hasta que no descanse en Ti” (Conf. 1, 1, 1).
- En última instancia Agustín descubre que el ser humano está hecho para Dios y que sólo en Él alcanzará el hombre su plena realización y plenitud. Sólo en Él llegará a ser lo que está llamado a ser. Encontrada esta fuente el ser humano ha de ser feliz con lo que haga, con cualquiera que sea su vocación particular, porque precisamente su felicidad la encontrará cuando su ser y su actuar esté no al servicio de sí mismo; sino, al servicio y cuidado de los demás. Quién está lleno puede derramarse. Cuando su preocupación sean los demás, y pueda atenderlos, cuidarlos y aportarles algo que los haga crecer, el mismo encontrará en aquello su realización. Su felicidad consistirá en el bienestar y la dicha de los demás. En esto mostrará su amor. Y también aquí encontrará para sí mismo la demostración de que ama a Dios no sólo de palabra, porque está comenzando a experimentar, en su débil corazón, amor por su prójimo (cf. 1 Jn 4, 20).
- Es en este sentido, que el Agustín monje, enamorado de la vida consagrada, entenderá el voto de obediencia como disponibilidad de la persona a SERVIR, por eso escribirá en su Regla de Vida, para quien ejerza la autoridad: “... el que los preside, que no se sienta feliz por mandar con autoridad, sino por servir con caridad.” (Regla VIII, 46). Pero esto no es sólo para el Superior. Servir es lo que se espera de todo religioso como cristiano, pues este es uno de los valores que hace presente el Reino de Dios por el cual se comprometió Jesús hasta dar su vida. El discípulo de Jesús, a semejanza de su Maestro, está invitado a vivir su vida no en clave de poder, sino de servicio (Mc 10, 42 – 45). Renunciar a vivir la vida en clave de poder, para vivirla en clave de servicio, implica que yo no quiero ser el Señor, porque reconozco que el único señorío es el de Dios, Él es el único Rey; por lo tanto mi existencia la consumiré colocándome a disposición de los demás.
- Esta actitud de servicio, como base para el cumplimiento del voto, implica una obediencia proactiva. Quien actúa así, no está esperando que le digan cada vez lo que tiene que hacer para moverse. Actúa en respuesta a la vocación que ha recibido, a su propia vocación, a ese referente interno, que en última instancia lo coloca en relación directa con la Voluntad de Dios. Pues existe una conformidad sustancial, entre lo que más intensamente sentimos, en el interior, acerca de lo que queremos para nuestra vida y lo que Dios quiere de nosotros y para cada uno de nosotros.
- Esto implica que quien quiere obedecer, quien quiere ser fiel a sí mismo, a su propia vocación, tiene que conocer y ser fiel a la Voluntad de Dios, a lo que Dios quiere, al Proyecto que Dios tiene para la Historia: su Reino. Conocer la voluntad General de Dios es fácil: entre acumular o compartir sabemos lo que Dios quiere. Pero qué quiere Dios para mí en el lugar

donde estoy, en estas circunstancias y en esta etapa de mi vida, no es algo fácil de conocer. Esto hay que discernirlo constantemente en la meditación personal. En la escucha de la Palabra, en la contemplación de la realidad, en la voz de la comunidad que se expresa en todo aquello que acordamos en el Proyecto Provincial o en el Capítulo Local, en lo que me pide el superior, en lo que me demandan los hermanos. Es Dios que me habla y que me invita a dar una respuesta, que no sólo me afectará a mí, sino también afectará la vida de todos los demás.

Para concluir nuestra reflexión, tomemos prestadas las palabras del Padre Francisco Galende osa; quién en uno de sus apuntes para las jornadas con jóvenes que participan en la promoción vocacional, nos señala; “De Acuerdo al PROYECTO HUMANO de Dios y sintetizando el mensaje del Génesis (1, 26 – 31 y 2, 7 – 25) entendemos que todo ser humano está LLAMADO a:

- 1) EMERGER como ser espiritual semejante a Dios, por sobre el dinamismo y los impulsos de su carne, surgida de la materia y de la animalidad (Gn 1,27).
- 2) DESPERTAR como ser consciente-inteligente, y vivir de acuerdo a la conciencia y potencialidades que Dios le dio (Gn 2, 9).
- 3) AUTOTRASCENDERSE, por el amor y reconocimiento de Dios como el autor de su vida y de la vida, buscando conocer su Voluntad, el querer de Dios para sí (Gn 2, 16 – 17).
- 4) ASUMIR EL SEÑORÍO de su vida y de la creación, como sujeto responsable y libre (Gn 1, 26; 2, 10).
- 5) ALIARSE CON DIOS para seguir llevando a cabo la obra creadora, hasta su plena realización: creatividad en el cumplimiento de la Voluntad de Dios (Gn 2, 15).
- 6) VIVIR EN EL AMOR que genera vida y conduce a la armonía- unidad- comunión con los demás y con Dios (Gn 2, 23).
- 7) SER DICHOSO como destino y como meta, en la armonía consigo mismo, con los otros, con el mundo y con Dios (Gn 2, 8ss); y al fin, vivir eternamente una vida plena e inmortal, en la comunión y participación de la Comunidad de los redimidos, la Ciudad de Dios, la Jerusalén Celestial (Gn 2, 9).”

PREGUNTAS PARA LA REFELXIÓN:

- 1) ¿Me siento bien con lo que he llegado a ser en mi vida, y con lo que hago actualmente?
- 2) En la oración personal le preguntamos al Señor: “¿Señor qué quieres de mí?”
- 3) ¿La Comunidad hace el intento de buscar la Voluntad de Dios para motivar su acción, a través de diferentes medios como la práctica de la Lectio Divina Comunitaria o el diálogo sobre los problemas de la realidad en la que están inmersos?
- 4) En el plano de la obediencia ¿Cuál es mi relación con los Superiores? ¿Estoy a disposición de la comunidad, en lo que ésta requiere de mí? ¿Vivo constantemente en actitud de servicio, pensando en lo que necesitan los demás?

EJERCICIO EXPERIENCIAL: **RECORDANDO MI HISTORIA VOCACIONAL.**

EL OBJETIVO DE ESTE EJERCICIO ES: RECUPERAR EL ENTUSIASMO INICIAL DE NUESTRA PROPIA VOCACIÓN, RECORDAR A LAS PERSONAS QUE INFLUYERON, LAS CAÍDAS Y LEVANTADAS QUE HEMOS VIVIDO EN EL CAMINO, RECONOCER LA ACCIÓN DE LA GRACIA DE DIOS EN CADA UNO. ESCRIBIR, EN ESTE SENTIDO NUESTRAS PROPIAS CONFESIONES.

PREGUNTAS MOTIVADORAS

1. ¿Qué recuerdo al saber la noticia de que fui aceptado para entrar en la Orden de San Agustín?
2. ¿Qué personas claves influyeron en mi proceso vocacional?
3. ¿Cómo sentí el apoyo y el rol que jugaron mis padres al conocer mi vocación?
4. ¿Qué situaciones se dieron en mi historia personal, que fueron como ayuda de la Providencia de Dios, para que se concretara mi respuesta al llamado Vocacional?
5. A lo largo de mi vida religiosa ¿Cuáles han sido los momentos difíciles, los momentos de crisis que he sufrido? ¿Cómo me ha ayudado el Señor a salir de ellos?
6. En el caminar de mi vida religiosa ¿Qué tengo que agradecer a Dios por todos estos años de vida consagrada?

TEMA 2:

LA VOCACIÓN COMO UNA INVITACIÓN A AMAR (MI HISTORIA AFECTIVA, COMO ESTAMOS VIVIENDO EL VOTO DE CASTIDAD EN CUANTO RESPUESTA A LA OPCIÓN DE VIDA A LA QUE HEMOS SIDO LLAMADOS).

Objetivo: mi historia afectiva, como estamos viviendo el voto de castidad en cuanto respuesta a la opción de vida a la que hemos sido llamados.

1. Premisa

La sexualidad humana es «parte integrante de la concreta capacidad de amar que Dios ha inscrito en el hombre y en la mujer, ya que la sexualidad es un elemento básico de la personalidad; un modo propio de ser, de manifestarse, de comunicarse con los otros, de sentir, de expresar y vivir el amor humano»¹, no solo un ejercicio sexual ligado a la genitalidad de los actos sexuales. Esta aclaración primera nos pone delante del misterio del hombre que, como nos recuerda el Vaticano II, «sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado [...]. Cristo, el nuevo Adán, [...] manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación» (GS 22).

El objetivo de este trabajo es comprender el sentido y el significado de la castidad dentro del misterio cristiano además de preguntarnos sobre los elementos que ayuden a vivir una verdadera castidad.

2. Vivir la castidad

Toda persona humana en esta llamada la existencia en el amor, para realizar este amor y entrar en comunión con él según su propia y específica vocación. La vocación laical, conyugal y a la vida consagrada o sacerdotal son los tres nuevos en los cuales el hombre responde a este encuentro con el maestro. Existen algunos que «son llamados desde el vientre materno a experimentar en esta vida una total entrega de Dios, a vivir en su propia carne que el hombre es para Dios y que Dios es todo para el hombre, a mostrar que Dios es el sentido escondido de cada búsqueda de amor, a revelar que Dios ama igual y totalmente a cada criatura»².

Los religiosos son aquellos que viven únicamente para Dios (*Perfectae caritatis* 5) transformándose en discípulos y testigos del mismo amor que Dios tiene para todos los hombres, por ello, los religiosos son figuras *atractivas* ya que ellos manifiestan la atracción total irresistible que Dios ejerce sobre el hombre.

Por lo tanto, yo les digo: El que se divorcia de su mujer, a no ser en caso de unión ilegal, y se casa con otra, comete adulterio». Los discípulos le dijeron: «Si esta es la situación del hombre con respecto a su mujer, no conviene casarse». Y él les respondió: «No todos entienden este lenguaje,

¹ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *Sexualidad humana: verdad y significado. Orientaciones educativas familiares*, Città del Vaticano, Tipografia Vaticana, 1995, 10, (será citado como VS)

² Maurizio P. Faggioni, *Sessualità matrimonio famiglia*, 1ª ed. (Bologna: EDB, 2010), 158.

sino sólo aquellos a quienes se les ha concedido. En efecto, algunos no se casan, porque nacieron impotentes del seno de su madre; otros, porque fueron castrados por los hombres; y hay otros que decidieron no casarse a causa del Reino de los Cielos. ¡El que pueda entender, que entienda! (Mt 19, 9-12).

Como firma Mateo, los célibes por causa del Reino manifiestan al mundo la imagen de Dios que ama absolutamente a todos los hombres. Los célibes son a su vez éxtasis y epifanía. Éxtasis al manifestar en su propia carne este amor indiviso por el eterno amante y epifanía al señalar en el tiempo de la Iglesia la esperanza futura.

3. ¿Qué es la castidad?

Con el pecado original la libertad humana queda herida, esta herida se manifiesta en una inclinación obtusa del hombre amarse a sí mismo (*amor sui*), en contra del deseo originario de Dios de orientar la libertad del hombre a Dios. Movimiento que Agustín explica bajo la teoría de las dos ciudades en *De civitate Dei* (24, 14, 28). La castidad se comprende cómo esta «energía espiritual que libera el amor del egoísmo y de la agresividad» (VS 16), la castidad es una afirmación de la madurez y la libertad de la persona, de la pureza de su mente de su cuerpo que conlleva a una vivencia armónica de las relaciones interpersonales: la persona casta no está centrada en sí misma (VS 17), manifestando un sano respecto de sí y para los otros. La castidad libera el corazón del hombre para que «se inflame más en el amor a Dios y a todos los hombres» (PC 12) pero cuando la castidad fracasa en la persona su amor se hace progresivamente egoísta, es decir, deseo de placer y no ya don de sí (VS 16).

4. Cómo vivir la castidad

Vivir la castidad puede ser difícil y exige sacrificios, pero difícil no significa imposible. Mas yo, joven miserable, sumamente miserable, había llegado a pedirte en los comienzos de la misma adolescencia la castidad, diciéndote: «Dame la castidad y continencia, pero no ahora», pues temía que me escucharas pronto y me sanaras presto de la enfermedad de mi concupiscencia, que entonces más quería yo saciar que extinguir. Y continué por las sendas perversas de la superstición sacrílega, no como seguro de ella, sino como dándole preferencia sobre las demás, que yo no buscaba piadosamente, sino que hostilmente combatía (Conf. 8, 7, 17)

La vida de Castidad es fruto en especial de la gracia de Dios dada en el bautismo (CIC 2345); no es obra sólo del empeño personal como lo afirma la oración colecta de la misa para pedir por la castidad:

Señor Dios, envía desde el cielo el don del Espíritu Santo y enciende con su fuego nuestras almas, para que te sirvamos con un cuerpo casto y te agrademos con la pureza de nuestro corazón³.

Por ello, la primera condición para vivir la castidad es la confianza en el auxilio divino al cuales siguen la práctica de la mortificación y la guarda de los sentidos (PC 12). Estos auxilios deben ir acompañados de los medios naturales que «favorecen la salud del alma y del cuerpo». A este respecto el decreto *Perfectae caritatis* recuerda los superiores que «habrá mayor seguridad en la guarda de la castidad cuando reine en la vida común un verdadero amor fraterno».

³ MISAL ROMANO, misas y oraciones por diversas necesidades, 39.

La relación que se establece entre la vida fraterna y la castidad es un tema querido por Agustín el cual nos dice: «Guardad mutuamente vuestra pureza; pues Dios, que habita en vosotros, os guardará también de este modo por medio de vosotros mismos»⁴. Esta relación implica, al interno de la comunidad – según la interpretación que hacen nuestras constituciones – la vigilancia recíproca, la corrección fraterna y el vínculo de amistad entre los hermanos, por esto, una sana vida fraterna que rompa con este egoísmo personal es un remedio seguro para mantener en la comunidad esta unidad de alma y corazón.

5. Los diversos regímenes de la castidad

Como nos dice el Catecismo, «todo bautizado es llamado a la castidad. El cristiano se ha revestido de Cristo (Ga 3, 27), modelo de toda castidad. Todos los fieles de Cristo son llamados a una vida casta según su estado de vida particular. En el momento de su Bautismo, el cristiano se compromete a dirigir su afectividad en la castidad» (CIC 2248).

La castidad “debe calificar a las personas según los diferentes estados de vida: a unas, en la virginidad o en el celibato consagrado, manera eminente de dedicarse más fácilmente a Dios solo con corazón indiviso; a otras, de la manera que determina para ellas la ley moral, según sean casadas o célibes” (Congregación para la Doctrina de la Fe, Decl. Persona humana, 11). Las personas casadas son llamadas a vivir la castidad conyugal; las otras practican la castidad en la continencia. (CIC 2249)

«Se nos enseña que hay tres formas de la virtud de la castidad: una de los esposos, otra de las viudas, la tercera de la virginidad. No alabamos a una con exclusión de las otras. [...] En esto la disciplina de la Iglesia es rica» (San Ambrosio, De viduis 23).

Los novios están llamados a vivir la castidad en la continencia. En esta prueba han de ver un descubrimiento del mutuo respeto, un aprendizaje de la fidelidad y de la esperanza de recibirse el uno y el otro de Dios. Reservarán para el tiempo del matrimonio las manifestaciones de ternura específicas del amor conyugal. Deben ayudarse mutuamente a crecer en la castidad. (CIC 2250).

6. El Valor de la castidad hoy

Nuestro mundo, filosóficamente hablando, luego de la *muerte de la historia y de los metarrelatos*⁵ y una postmodernidad que se nos presenta móvil, variable y con un relativismo de valores, conformando una *sociedad líquida*⁶, donde el hombre hace fatiga en alcanzar conceptos tan sencillos como son la identidad (aguijoneada el mundo global) y la felicidad (aguijoneada por insatisfacción). La sexualidad como signo de autonomía y de autorrealización queda reducida a un gran baile de máscaras, donde la felicidad se reduce a momentos y el placer – breve y fugaz – es el premio mayor de la noche.

⁴ reg. IV,24; Vfr. II,24.

⁵ F. FUKUYAMA, *¿El fin de la historia? y otros ensayos*, traducido por María Teresa Casado Rodríguez, Madrid, Alianza, 2015.

⁶ Z. BAUMAN, *Amor líquido - acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Madrid, Fondo Cultura Económica, 2006.

Siguiendo las indicaciones del documento 'Sexualidad humana' de la Pontificio Consejo para la familia del año 1995, se describen algunas ideologías reinantes que mal interpretan la sexualidad humana reduciéndola a un mero disfrute personal. Estas corrientes de pensamiento son: materialismo (unido al consumismo); el hedonismo; la cultura del control de la natalidad y del sexo seguro.

El materialismo afirma la materialidad del mundo independiente de la conciencia o de algo superior (Gueorgui Plejánov; Karl Marx, Friedrich Engels), eliminando cualquier conexión con lo trascendente. Lo importante son las cosas materiales desconectados de las ideas transcendentales de lo bello, lo bueno y lo uno⁷. El materialismo sexual se comprende dentro de la relación entre el instinto animal y la represión cultural⁸.

El hedonismo se identifica con la cultura del placer, haciendo coincidir este con el bien. Para los cirenaicos (grupo filosófico griego) los deseos personales se debían satisfacer de inmediato sin importar los intereses de los demás y para el filósofo Epicureo de Samos, la felicidad era un continuo placer. Hoy día en especial con los estudios sobre la voluntad y el placer de Viktor Frankl estos quedan graficados⁹.

La cultura del control de la natalidad, bajo el eslogan de la amenaza de la superpoblación tiene su origen en los estudios sobre la población humana iniciados por el clérigo anglicano y matemático Tomás Malthus (1766-1834) con su 'Ensayo sobre el principio de población' del 1798. En esta publicación Malthus afirmaba (desde una visión positivista) que la población mundial se duplicaba cada 25 años, una progresión geométrica, el cual ocasionaba un crecimiento exponencial, mientras que los medios de subsistencia aumentaban en una progresión aritmética, ocasionando un crecimiento lineal. La solución de Mathus ante la superpoblación era mantener la pobreza (conformando una Ley de la pobreza) y la miseria como formas naturales de contener la población junto con guerras que eliminen personas, con el fin de mantener la vida de reposo,

⁷ En ámbitos de sexualidad se puede consultar: A. C. KINSEY – INSTITUTE FOR SEX RESEARCH, *Sexual behavior in the human female*, Philadelphia, Indiana University Press, 1998; A. C. KINSEY – W. B. POMEROY – C. E. MARTIN, *Sexual behavior in the human male*, Philadelphia, W.B. Saunders Co., 1948. Cf. *Sexual behavior in the human male*. 1948.

⁸ «El llevar a cabo todo tipo de actividad sexual es liberarse del condicionamiento cultural que la sociedad impone, y que lleva a hacer distinciones entre lo que está bien o mal, lo que es lícito o ilícito, normal o anormal, aceptable o inaceptable en nuestra sociedad» cf. C. E. MARTIN, *Sexual behavior*.

⁹ «El deseo de ser felices no implica, pues, que todas nuestras acciones y procesos anímicos se hallen gobernados exclusivamente por el principio del goce y del placer [...] El principio del placer no es otra cosa que un artefacto psicológico; no es la meta de las aspiraciones humanas, sino la consecuencia de su realización. este principio es autodestructivo, ya que mientras más se tiende a él, menos se alcanza», cf. W. V. MENA, *La antropología de Viktor Frankl: el dolor, una puerta abierta*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1999, 146.

felicidad y holganza de la población (acomodada). Hoy en día estas ideas tan descabelladas se siguen manifestando como ocurre en la mentalidad contraceptiva¹⁰.

Las ideologías feministas, forman parte de las ideologías de las luchas por las libertades sexuales que tenían como eslogan *eliminar la represión sexual por medio del control de la natalidad*. Esta represión del control de la natalidad tiene su origen en el desarrollo de la cultura agrícola y masculina de la economía. Esta revolución sexual comienza a manifestarse con los movimientos sufragistas (1890), los cuales desafiaron de la subordinación de las mujeres en la sexualidad, específicamente, y dentro de la familia y de la sociedad. Una segunda etapa de esta revolución se da las luchas por las libertades sexuales de la primera guerra mundial (partigianas-placer sexual), dando paso en los años 60-70' a una crítica a las normas de conducta sexual distorsionadas por las supremacías masculina, olvidando cuales son los requerimientos propios del placer sexual de las mujeres. Esto conlleva a una libertad de reproducción y libertad sexual¹¹.

La cultura del sexo seguro¹² afirma el documento del Pontificio Consejo para la familia es: «Una política peligrosa e inmoral, basada en la teoría ilusoria de que el preservativo (condón) pueda dar protección adecuada contra el SIDA» (VS 139).

A esto se suma hoy en día en especial una **conciencia de máxima autonomía** - individualismo exasperado y una actitud personalista (AL 33), la cual «ignorando, sin embargo, la realidad objetiva de la ley moral en general, y descuidando la formación de las conciencias sobre los preceptos morales específicos cristianos, [...] infunde en los jóvenes la idea de que un código moral ha de ser algo creado por ellos mismos, como si el hombre fuera fuente y norma de la moral» (VS 140).

Frente a esto la castidad se presenta como un reto, un desafío. En la castidad la vida religiosa ve reflejada – a nuestro aviso – su dimensión profética: ser casto hoy es testimoniar la fuerza del amor de Dios y la fragilidad de la condición humana (*Vita consecrata* 88). La persona consagrada demuestra con su vida fecunda la verdadera libertad de la gracia de Dios, es decir, el rechazo a este *amor sui*, y la acogida a este *amor Dei*. Agustín afirma:

Ahora bien, el Creador, si de verdad es amado, es decir, si es amado Él mismo, no otra cosa en su lugar que no sea Él, no puede ser mal amado. El mismo amor que nos hace amar bien lo que debe ser amado, debe ser amado también ordenadamente, a fin de que podamos tener la virtud por la que se vive bien. Por eso me parece una definición breve y verdadera de la virtud: el orden del amor.

¹⁰ «Para promover así la mentalidad contraceptiva, es decir, una mentalidad 'anti-vida'; difunden falsos conceptos sobre la salud reproductiva y los derechos sexuales y reproductivos de los jóvenes» (VS 136).

¹¹ Linda Gordon, «Luchas por la libertad reproductiva: Tres etapas del feminismo» en Justicia, género y reproducción, Paola Bergallo (Ed), Librería Ediciones, Buenos Aires 2010, 124-149.

¹² «Además, algunas organizaciones antinatalistas sostienen clínicas que, violando los derechos de los padres, ofrecen el aborto y la contracepción para los jóvenes, promoviendo la promiscuidad y el incremento de los embarazos entre las jóvenes» (VS 136).

La castidad como virtud nos ayuda a ordenar nuestros amores y a reconocer que deseamos como consagrados vivir únicamente para Dios (PC5) y manifestar este amor al mundo.

Preguntas para la reflexión (Gaudium et Spes 19):

- 1) ¿Cómo vivo mi vocación a la Comunión?
- 2) ¿Cómo mis relaciones humanas me ayudan a fortalecer esta comunión hacia la plenitud?
- 3) ¿Cómo ayudo yo a mis hermanos que vivan esta comunión plena?

TEMA 3:

LA VOCACIÓN COMO INVITACIÓN A COMPARTIR LA VIDA, LOS BIENES Y EL TRABAJO CON OTROS (DIMENSIÓN COMUNITARIA DE LA VOCACIÓN: NO SOY EL ÚNICO LLAMADO. EL ROL DE LA FAMILIA EN LA VOCACIÓN. COMO ESTAMOS VIVIENDO EL VOTO DE POBREZA EN CUANTO RESPUESTA A COMPARTIRLO TODO, CON TODOS LOS DEMÁS LLAMADOS).

OBJETIVO DEL TEMA:

DESARROLLAR UN ITINERARIO AGUSTINIANO PARA VIVIR LA POBREZA.

1. INTRODUCCIÓN.

San Agustín, antes de su conversión, buscaba de manera incansable tres cosas: la fama, el dinero y el matrimonio (Cf. Confesiones 6, 6). Después de su conversión consigue librarse de esta obsesión y se dispone a entregarse por completo al Servicio de Dios. Conocedor del corazón humano, colocará una gran importancia en la compartición de los bienes materiales como una forma de combatir este orgullo desenfrenado, y avanzar en el camino de la búsqueda de Dios.

La pobreza para nuestro Padre está vinculada a cuatro realidades inseparables: NO TENER NADA (pobreza de hecho, entendida como una vida austera y simple), NO DESEAR NADA, NO ENORGULLECERSE DE NADA, y por último, COMPARTIR TODO LO QUE SE TIENE (la vía de la comunión de bienes). Este itinerario es una invitación a los consagrados a buscar, especialmente a nosotros como agustinos, una conformación/configuración con Cristo.

En esta pequeña reflexión buscaremos trabajar la pobreza como un itinerario espiritual desde una perspectiva agustiniana. Por lo tanto, seguiremos cuatro pasos, cuatro dimensiones constitutivas de la misma pobreza:

1. No tener nada.
2. No desear nada.
3. No enorgullecerse de nada.
4. Compartir todo lo que se tiene.

1er paso del itinerario para vivir en pobreza: NO TENER NADA.

San Agustín al hablar del tema de la pobreza no hace un análisis sociológico, sino más bien intenta mostrar las consecuencias de la pobreza o de la riqueza para la “seuela Christi”. Busca enseñar el Evangelio, intentando ir más allá de la pobreza real, o de la situación concreta de la existencia de los pobres de hecho.

La pobreza es mala¹³. Precisa ser combatida vigorosamente. Nadie debe amar la pobreza, debemos amar y buscar la libertad que ella genera en nosotros: “No abracen la pobreza por amor a la pobreza misma. Eso es miseria. Abracen la pobreza por amor a su libertad. Así, se liberarán de la ambición y podrán volar por encima de los intereses mundanos” (Sermón 113, 1, 1).

Agustín relaciona la pobreza con el problema moral inherente a ella. Podríamos decir que para Nuestro Padre, la pobreza es también un problema espiritual. Agustín tiende a “espiritualizar la pobreza”. La pobreza y su antónimo riqueza, antes de ser un problema social, constituyen un desafío moral.

¿Esto significa decir que San Agustín defendía la riqueza como un bien? Sí. Pero él la consideraba neutra. Esto quiere decir: que tanto podía contribuir como ser un obstáculo en la salvación personal. Siendo así ¿Está permitido a los cristianos buscar riquezas? No. La respuesta agustiniana siempre será negativa, pues el mayor tesoro del hombre es Dios. Sólo a Dios debemos buscar ansiosamente. Nada diferente de esto nos enseña el Evangelio: “Ama al Señor tu Dios, con todo el corazón” (Cf. Mt 12, 20 – 33); “Busquen el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás vendrá por añadidura” (Cf. Mt 6, 33). En el decir de San Agustín: Comparado con los bienes que desea (la vida eterna) el cristiano es necesariamente pobre, pues considera todo lo que tiene como nada (Cf. Comentario al Salmo 68, II, 14). En la riqueza o en la pobreza, teniendo bienes o no teniendo nada, el cristiano debe tener antes que todo a Dios.

Para Nuestro Padre, la pobreza y la riqueza en el fondo son neutras. Despende del uso que el hombre haga de ellas (Cf. Sermón 72, 4 – 5). El acento recae sobre el sujeto moral y no sobre el objeto. A título de ejemplo: la virtud del cuchillo es cortar bien. Jamás debemos culpar al cuchillo por el mal uso que de él se hace. Del mismo modo, la virtud del hombre es saber usar rectamente las cosas. Es en este sentido que Agustín, conocedor profundo del ser humano, percibió que el problema inherente a la riqueza es el posible desvío que el ser humano puede hacer de ella. Se trata de un asunto del corazón, de rectitud. Tener un corazón recto (recto corde) significa usar bien las cosas, y los de corazón recto buscan antes que todo la voluntad de Dios: “repetimos frecuentemente que son rectos de corazón los que siguen en esta vida la Voluntad de Dios” (Com. Al Salmo 70, I S. 16). Por lo tanto, el cristiano, para ser verdaderamente y profundamente pobre, tiene que vaciar el corazón de sus deseos, de sus quereres, de la visión sobre su propio destino, aceptando para su vida el punto de vista, el querer, de Dios.

El cristiano, y más aún, el consagrado, deberá acomodar su voluntad a la Voluntad de Dios, y no querer que Dios acomode sus designios a nuestra voluntad. Ser pobre es aceptar la pobreza de corazón en el corazón, sobre todo cuando se es pobre en las arcas. Porque el corazón también es un arca que puede estar llena o vacía de Dios, de su justicia, de su voluntad. Puede estar vacía porque no se acepta a Dios, no se hace su voluntad porque no se concuerda con Él. Y Dios mira el corazón, no las manos, busca las riquezas interiores, no la de las arcas: “Tenga alguien muchas

¹³ Para profundizar el tema de la pobreza recomendamos: 1) DICCIONARIO DE SAN AGUSTÍN: San Agustín a través del tiempo. Organizado por Allan D. Fitzgerald OSA. Editorial Monte Carmelo, pags. 1145 hasta 1151, el título RIQUEZA, se trata de uno de los mejores resúmenes del tema pobreza-riqueza en San Agustín. 2) Véase también: LA REGLA DE SAN AGUSTÍN, presentación y comentarios de Clodovis Boff, Editorial Vozes, 2009, pags. 92 hasta la 99.

riquezas en dinero, si no se enorgullece por causa de eso, es pobre. No tenga otro cosa alguna, pero es ambicioso y se enorgullece, Dios lo coloca entre los ricos y los réprobos. Dios interroga el corazón de ricos y de pobres, y no su tesoro ni su casa” (Com. Salmo 48, S. I., 3).

¿De lo dicho arriba, podemos concluir que para San Agustín, no habría problema alguno que fuéramos ricos, siempre que nos mantengamos en la humildad? No es tan sencillo responder. Una cosa es ser rico, alguien que nació o conquistó eso como fruto de su trabajo esforzado, otra es desear serlo. Y ¿Qué decir ante un religioso con muchas posesiones? Constituye un anti testimonio. Prueba de eso son los frecuentes escándalos que han envuelto a los consagrados. En el decir del Papa Francisco: “Es curioso: el Pueblo de Dios sabe perdonar a sus sacerdotes que presentan alguna flaqueza, que cargan con algún pecado... sabe perdonar. Pero son dos las cosas que el Pueblo de Dios no puede perdonar: un padre apegado al dinero y un padre que maltrata a las personas”. Hacer de la piedad fuente de lucro es despreciable (Cf. 1 Tm 6, 5).

Por último, resta decir que el religioso no busca tener, porque busca ser. Debe antes llenar su ser de la Palabra de Dios, que su bolsa con la ilusión de la riqueza. Nosotros como agustinos, debemos volcar nuestra mirada hacia la vida y la obra de nuestro Padre San Agustín (Confrontar los famosos sermones 355 – 356; las Cartas 126, 7; 157, 4, 39) que no sólo predicó sobre la pobreza en sus diversas dimensiones, sino que la vivió profundamente, con una vida sencilla y austera, como un verdadero pobre; fue un hombre sencillo que sólo tenía a Dios como su único valor. “Testamento no hizo, porque Pobre de Dios, no tenía de que hacerlo” (Posidio, Vita 31, 6).

No tener nada debe ser el proyecto personal de cada religioso. Contentarse con poco debe ser nuestro ideal de vida cristiana. Llevar una vida sencilla y sobria es lo recomendado para todos los cristianos. Y delante de los bienes materiales y también de los demás bienes, de cualquier naturaleza que sean, debemos pautar nuestra vida por el discernimiento, la prudencia y el uso recto. No por casualidad Nuestro Padre nos recuerda que tenemos que tener un amor ordenado (Ordo Amoris, Cf. La Doctrina Cristiana, I, 28), lo que cabe aquí también para esta temática de la pobreza.

2º paso del itinerario para vivir en pobreza: NO DESEAR NADA.

Para San Agustín, junto al deseo de hacer profesión de pobreza, que no se entiende como carencia de bienes, es más necesario aún trabajar el deseo de poseer. De esta manera de la pobreza material pasamos a la pobreza que despega del corazón el deseo. En el deseo desenfrenado radica todo el problema: “Dios no mira la bolsa sino el deseo” (Com. Al Salmo 131, 16). Pues, en efecto, cuando el hombre se aparta de Dios y comienza a vivir solamente para sí, buscando sus intereses, su voluntad; comienza a vivir en medio de las cosas, a amarlas, a vivir con ellas y para ellas. Ahí reside el verdadero tormento del hombre: ser poseído por las cosas en vez de poseerlas. “Poseamos cosas terrenas sin que ellas nos posean. Que las cosas materiales no nos aprisionen por su abundancia, ni nos dañen por su carencia. Hagamos que ellas nos sirvan, sin hacernos servidores de ellas” (Carta 15, 2). Esto está tan maravillosamente dicho, que no precisamos comentar nada.

Por esto pobreza significa minimizar la importancia de las cosas y del amor a ellas, para amar solamente a Dios, colocándonos a su disposición, con una entrega total. La pobreza evangélica

significa imitar a Cristo que no tenía donde recostar su cabeza (Cf. Mc 8, 20). La pobreza del cristiano busca imitar la Kénosis del Hijo de Dios. Este es el gran misterio del vaciamiento de sí. He aquí la verdadera y desafiante pobreza. Esta pobreza constituye un paulatino proceso de retorno del hombre a Dios por la conversión; y con eso, a la entrega total de su voluntad a la Voluntad única de Dios. El religioso, más que cualquier otro bautizado, por la práctica de los Consejos Evangélicos, es invitado a vivir la perfecta caridad (Cf. Perfectae Caritatis, 1).

Por esta razón, el religioso, para crecer en esta disposición, es llamado a desprenderse efectivamente de sus bienes. Desprenderse de sus amores materiales e impregnarse del amor de Dios, pues el alma no puede estar sin amar: “El amor es la fuerza motriz del mundo humano, la razón que gobierna a los hombres y los hace danzar de acuerdo con su música” (Sobre el Orden II, 5). El amor es un deseo impetuoso que nos arrastra o para Dios o para las cosas. Por eso, para Agustín, urge trabajar este deseo, esta voluntad pervertida. Nuestro Padre insiste que cuando dejamos todo, no sólo dejamos lo que teníamos, sino también, los deseos futuros de poseer (Cf. Com. Al Salmo 103, 3, 16).

La pobreza (correctamente comprendida y vivida) siempre lleva a la caridad, que es lo opuesto de la avaricia. La caridad dona, se entrega, está dispuesta a dejar de ser para que el otro sea; la avaricia por el contrario, todo lo desea para sí, es esencialmente devoradora y egoísta. Por eso Agustín llama a los pobres de ricos, porque están llenos del amor de Dios; y a los ricos de pobres, porque están llenos del amor propio, llenos de soberbia (Cf. Sermón 14, 4 – 5). Es interesante cómo Agustín relaciona aquí la soberbia, el pecado original del hombre, con la avaricia: “Efectivamente, los primeros hombres no habrían sido engañados por la serpiente y no habrían caído, sino hubiesen querido tener más de lo que habían recibido, y ser más de lo que eran cuando fueron creados. La serpiente les prometió: “Ustedes serán como dioses” (Gn 3, 5). Por lo tanto ellos fueron derribados por esta pleonexia¹⁴. Queriendo tener más que lo que habían recibido, perdieron incluso hasta lo que recibieron. Cortamos con toda avaricia, si damos culto a Dios gratuitamente” (Com. al Salmo 118, XI S., 6).

Este deseo de querer poseer más (riquezas o lo que sea), se opone al segundo grado de pobreza, que consiste precisamente en la superación de este deseo, deseando únicamente a Dios. Y en este sentido nadie es verdaderamente pobre, como dice Nuestro Padre: “Ellos vieron que los mismos pobres, a pesar de no tener dinero, tienen avaricia. Intuyo que sabes que es lo que es condenado en el rico, no la riqueza, sino la avaricia. Coloca atención a lo que digo: Tienes a tu lado a aquel rico, talvez tenga dinero, pero no avaricia; en cuanto tú, que no tienes dinero, puedes ser un avaro” (Com. al Salmo 51, 14).

La avaricia para San Agustín es la pobreza más devastadora que un hombre puede padecer. Es la miseria más profunda. Es el vacío o indigencia por definición: se desea lo que no se tiene. Por eso que el remedio para la avaricia, y consecuentemente para la pobreza, no consiste en conseguir lo que se desea, sino en adecuar los deseos a lo que simplemente se tiene. “Existen dos maneras de

¹⁴ La **pleonexia** es un concepto que se equipara al de codicia o avaricia y que se podría definir como el “apetito insaciable de bienes materiales”. Así lo indica su etimología, pues la palabra procede del griego y se podría traducir literalmente como “tengo mucho”.

conseguir lo suficiente: Una es acumular más, y la otra es desear cada vez menos” (G. K. Chesterton).

Este segundo momento del itinerario para vivir el camino de la pobreza, consiste no solamente en disminuir las posesiones, sino en disminuir los deseos de poseer, tal como lo propone San Agustín en la Regla: “Es mejor necesitar menos que poseer más” (Cf. Regla III, 18). Por lo tanto, la pobreza, verdaderamente entendida, no afecta solamente a la posesión en sí misma, sino a los deseos. Pues toda posesión trae consigo el deseo de poseer más, la posesión aumenta la pobreza del alma, porque aumenta el deseo. Cuanto más se tiene, más se es pobre, pues abunda el deseo. La avaricia es justamente este desear sin límites, indefinidamente. Agustín busca hacer una distinción entre ser rico y desear ser rico; pues lo que impide de alcanzar este nivel de pobreza no es el hecho de ser rico, sino el deseo de serlo. Este es el principal obstáculo, y por eso, teniendo o no teniendo bienes se debe renunciar al deseo. ¡La renuncia de los deseos! Este es el segundo paso en nuestro itinerario. Y en este sentido ¿Existirá alguien que verdaderamente sea pobre?

3er paso del itinerario para vivir en pobreza: NO ENORGULLECERSE DE NADA.

Para San Agustín, junto con la pobreza material (entendida como vida sobria) y la pobreza que renuncia al deseo (que limita el deseo de poseer), hay todavía otra forma de entender la pobreza: la pobreza que despega el corazón del orgullo. El verdadero pobre es el que no se enorgullece, el que no es orgulloso. En este sentido, para Nuestro Padre, la humildad es la más profunda expresión de la pobreza cristiana. Y todo el misterio cristiano, desde la Encarnación hasta la muerte en la cruz, está resumido en esta olvidada virtud (Cf. Com. al Salmo 18, II, 15). La humildad es el reconocimiento de lo que somos. Significa entre otras cosas, aceptarnos como hombres (Cf. Com. al Evangelio de San Juan 24, 16) y no querer ser Dios (dioses) como nuestros primeros padres (Cf. Gn 3). Y, ¿Qué es lo que somos? Criaturas frágiles, limitadas y dependientes de Dios... en resumidas cuentas no somos nada. Ser humildes es reconocer que nada somos, que podríamos incluso no ser. Olvidar estas verdades es una ilusión en la que caemos con frecuencia. Las tentaciones, pruebas, tribulaciones y tormentos psicológicos de toda naturaleza, nos recuerdan con frecuencia la condición humana que cargamos y nos invitan a mantener siempre encendida la llama de la humildad.

A pesar de todo, el orgulloso/soberbio parece olvidarse del hecho de que necesita de Dios para ser y para ser de verdad, para ser bueno. Todo lo que somos nos fue dado (Cf. 1 Cor 4, 7 – 8: una de las citas paulinas más usadas por Agustín), todo es gracia de Dios. El soberbio se miente a sí mismo hallando que sus dones y virtudes son adquisiciones suyas. La verdadera pobreza del hombre es mentir sobre sí mismo y sobre su verdadera condición. Al final, pobre es el soberbio que prescinde de la gracia de Dios. Rico es el humilde, que reconoce su condición ontológica de pequeñez. En este sentido, es muy significativa la interpretación de Agustín sobre la relación entre la pobreza y la humildad: “Entiende que ricos son los soberbios y pobres son los humildes. Si alguien tiene muchas riquezas en dinero, si no se enorgullece por eso, es pobre. Si no tiene cosa alguna, pero ambiciona y se enorgullece, Dios lo coloca entre los ricos y los réprobos. Dios interroga el corazón de los ricos y de los pobres, y no su tesoro y su casa” (Com. al Salmo 48, S. I, 3).

Al respecto, es preciso aclarar, que cuando se trata de la relación entre pobreza y humildad, la pobreza monetaria como situación real, puede o no favorecer la humildad. O sea, el hecho de ser

pobre, se convierte en algo indiferente para la humildad, pues ya vimos como San Agustín insiste en el hecho de que existen ricos humildes y pobres soberbios. “vístanse de seda o cúbranse de harapos, Dios resiste a los soberbios. Sean ricos o sean pobres, Dios da su gracia a los humildes (Com. al Salmo 85, 3). El poseer no lleva necesariamente a la soberbia, ni la miseria trae consigo la humildad. San Agustín nos invita a ser mendigos delante de Dios: “Es un mendigo aquel que nada atribuye a sí mismo, sino que todo lo espera de la misericordia de Dios. Grita diariamente delante de la puerta del Señor, golpeando para que le abra, desnudo y temblando de frío para recibir un vestido, con los ojos pegados al suelo y golpeando su pecho. Dios ayuda mucho a este pobre, a este mendigo, a este humilde” (Com. al Salmo 106, 14).

Entonces, el verdadero pobre, así como el verdadero rico es el humilde. Con todo hay un gran enemigo que hace que ambos se pierdan: es el amor a las cosas propias. Es el apego excesivo a la propiedad privada. En San Agustín lo privado, lo propio, es siempre motivo de división y de soberbia, de separación y de peleas. En cambio lo común, la pobreza que coloca todo a disposición de todos, lleva a la humildad, al amor, a la unidad, a la concordia: “Pues los bienes particulares en que el hombre se apoya, lo vuelven soberbio; por eso dice el salmista: “Se ensalza”. Necesariamente se vuelve soberbio quien posee bienes particulares”.

Los bienes particulares, la propiedad privada, continúan siendo, de facto, una fuente de desunión (como podemos constatar en nuestra Iglesia e infelizmente en la realidad de nuestra Orden) y constituyen el fundamental desafío a ser superado en la vida religiosa: “Si alguna vez no podemos eliminar la propiedad privada, eliminemos al menos el afecto privado que a ella nos ata” (Com. al Salmo 131, 5, 6). El gran causante de la actitud soberbia y arrogante es el amor a las cosas propias. Amar el bien común antes que el bien propio; anteponer el nosotros al yo. O aún más: eliminar el efecto que las cosas producen en nosotros, ¡He aquí el camino para conseguir una vida auténticamente pobre!

Cuando San Agustín menciona arriba “los bienes particulares” ¿A qué clase de bienes se está refiriendo? ¿Únicamente a la cuestión monetaria? No. Habla contra clase de posesión: Verdades, intereses, títulos, cargos, etc. Ciertamente, lo dicho arriba se ilustra cuando miramos nuestra realidad de consagrados y vemos cuánto nos cuesta vivir la pobreza así entendida, pues con frecuencia estamos apegados a cargos y funciones, que casi nos vamos convirtiendo en aquello que hacemos. Por eso, San Agustín nos invita con frecuencia, a que hagamos la experiencia de abandono de si, de nosotros mismos, para de esta manera ir en dirección a Dios: “Exprópiate de ti mismo y lánzate en los brazos de Dios” (Sol. L, XV, 29).

Por eso urge que rescatemos la espiritualidad agustiniana del caminante, del desapegado y de espíritu libre, para mejor amar y mejor servir a nuestros hermanos. Solamente el que nada tiene, podrá tener el Todo. Solamente cuando se deja atrás lo que pesa es que podemos caminar mejor. San Agustín, comentando el Evangelio de San Juan (Cf. Tratado XV, 30), al explicar el pasaje de la Samaritana junto al pozo, observa que ella abandonó el cántaro y corrió a anunciar. Dejemos también los cántaros que nos atan y dirijámonos a Cristo, Agua Viva, el único que puede matar nuestra sed.

4º paso del itinerario para vivir en pobreza: COMPARTIR TODO LO QUE SE TIENE.

Hay todavía otra dimensión de la pobreza: el compartir lo que se tiene. La comunión de bienes es la forma concreta de la justicia en la fraternidad. Compartir es minimizar la importancia de las cosas. Es una forma de pobreza, talvez sea este el sentido que Agustín pensó acerca de la pobreza. Nadie tiene nada. Y lo que se tiene, no es de nadie, sino de todos. “Y no llaméis nada como propio, sino que entre ustedes todo sea común” (Regla I, 4). El compartir es el signo concreto de pobreza, porque mitiga el ansia de poseer en nosotros. Cuando compartimos nos desprendemos. Al contrario, quien no comparte no es sólo egoísta, sino hurtador del bien común (Cf. Regla V, 32).

San Agustín cuando idealizó su proyecto de vida comunitaria preveía que la comunión fuese plena. Pocas veces vemos a Nuestro Padre enojado, como cuando se pasaba a llevar el voto de pobreza entendido como compartirlo todo en común (Cf. Sermón 355 y 356). El proyecto agustiniano, vivido en toda su plenitud, busca acabar con tres experiencias negativas, que aún hoy están en la base de todas las desigualdades: propiedad privada, miseria y acumulación. Clodovis Boff, comentando el proyecto de Nuestro Padre dice: “Ese ideal consiste, desde su punto de vista, en estos tres principios: 1) Comunión de bienes, esto significa, excluir la propiedad privada; 2) Distribución proporcional, esto significa, excluir la miseria; 3) Sobriedad de vida, de acuerdo con la capacidad de cada uno, esto significa excluir la acumulación”.

En la Regla aprendemos que no sólo vivimos juntos por conveniencia, eficiencia o amistad mundana, etc... sino por causa de Dios. No basta con que estemos unidos, hasta los malos lo están. Lo que de verdad nos debería unir es el estar “volcados para Dios” (Regla I, 3). Él es nuestro Único Bien, el Mayor Tesoro, la Perla Preciosa por la que vale renunciar a todo. Nuestra comunión de corazón, debe llevar a la comunión entre nosotros, inclusive de los bienes, pero sobre todo nos debe conducir siempre hacia una mayor comunión con Dios. Si la profesión de fe en Dios (a quien resolvemos seguir e imitar) no nos une, no será la profesión de pobreza lo que lo haga. San Agustín arremete: “¿Por qué es tan difícil la concordia fraterna? Porque los hermanos discuten por las cosas de la tierra. Mejor dicho porque los hermanos quieren ser tierra. No amen, pues, la tierra si desean vivir concordes” (Sermón 359, 1).

En este sentido, compartir los bienes materiales es solamente la puerta que se abre para un compromiso más profundo: para el compartir de los bienes espirituales. Por eso compartir los ideales, los sueños, los valores, y sobre todo la fe, debe ser una expresión concreta de nuestro compartir material. Es lamentable que el individualismo haya minado nuestras comunidades. Prácticamente no hay un compartir en nuestras comunidades, vivimos cada uno para sí, en una especie de acuerdo para no incomodarnos mutuamente. Creo que este será el mayor desafío: Construir Comunidad, que viva la comunión de bienes, que comparta la fe, los desafíos y los problemas. Con relación a este último punto, cuantas vocaciones hemos perdido por causa de no haber apoyado a los hermanos con dificultades. Cuantos sufrimientos silenciosos, cuantas cruces llevadas en la soledad, cuando aprenderemos que ya no somos un alma sola, sino que juntos formamos el alma única de Cristo. (Cf. Carta 243, 4).

Mirando nuestra realidad como Orden, específicamente en América Latina, nuestro problema mayor no consiste en no tener nada. Al contrario, algunos tenemos de más. Entonces ¿Qué debemos hacer? ¿Venderlo todo y entregarlo a los pobres como muchos lo hicieron? Creo que no. Lo que podríamos hacer es trabajar mejor el significado de los bienes. Considerándolos como lo que de hecho son: apenas instrumentos, medios y no fines. Nuestras obras, casas y cuentas

bancarias no están a nuestro servicio personal, sino al servicio del Reino. No tenemos colegios, parroquias, obras sociales, universidades... para lucrar, sino para servir. San Agustín, sobre este punto, en el Sermón 355, 7 esclarece la diferencia entre poseer por necesidad religiosa y poseer por ambición: “A nadie he de encontrar poseyendo algo, a no ser por alguna necesidad religiosa, no por ambición” ¿Será que tenemos conciencia de esta diferencia fundamental entre necesidad y ambición?

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN:

- 1) ¿Coloco los bienes que se me han concedido para mi uso al servicio de la comunidad?
- 2) ¿Mi corazón está apegado al dinero, a algún bien o a algún cargo, o vivo libre de apegos?
- 3) ¿He sido orgulloso: he caído en el abuso de poder y he tratado mal a las personas, en general; o a los fieles o a algún hermano de comunidad, en particular?
- 4) ¿Compartimos con los hermanos de comunidad los ideales, los sueños, los valores, y sobre todo la fe, como expresión concreta de nuestro compartir material?
- 5) Los bienes y las obras que se poseen en mi Circunscripción ¿Cómo los veo? ¿Están más en la línea de servicio al Reino que de obtener ingresos?

B. LA VOCACIÓN CRISTIANA

TEMA 4:

LA VOCACIÓN COMO EL LLAMADO A ORAR POR EL PUEBLO DE DIOS, EN CUANTO EXIGENCIA DEL SACERDOCIO COMÚN RECIBIDO EN EL BAUTISMO (PARA ESTE DIÁLOGO PURIFICAR LA IMAGEN DE DIOS DESDE SAN AGUSTÍN. NUESTRA PROPIA IMAGEN DE DIOS Y LA DE LOS JÓVENES QUE VIENEN A NUESTRAS CASAS DE FORMACIÓN. LA ORACIÓN DE INTERCESIÓN).

El Sacerdocio vivido en clave de Consagración.

Objetivo: Considerar el sacerdocio bautismal, vivido en la peculiaridad de nuestra vida consagrada, como un tesoro dado por Dios, y custodiado de las tentaciones que pueden opacar su riqueza.

Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. Hb 5, 1-5), de su nuevo pueblo «hizo... un reino y sacerdotes para Dios, su Padre» (Ap1, 6; cf. 5, 9-10). Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf. 1 P 2, 4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios (cf. Hch 2, 42-47), ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rm 12, 1) y den testimonio por doquiera de Cristo, y a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos (cf. 1 P 3, 15).¹⁵

El texto recién citado es una auténtica carta de navegación para profundizar sobre la dignidad sacerdotal de nuestro bautismo. Este sacramento nos introduce en Cristo, y por Él, como Él, somos nueva criatura; todas las cosas viejas han desaparecido y un ser nuevo se ha manifestado¹⁶. Nuestra condición de hijos adoptivos de Dios nos ha dado una nueva configuración, que se expresa en las tres realidades bíblicas del *sacerdote*, el *profeta* y el *rey*.

La presente meditación versará sobre la dimensión *sacerdotal* del bautizado, considerándola dentro del inmenso valor de nuestro llamado. Recordemos que nuestra vocación religiosa se halla en perfecta concomitancia con el sacramento del Bautismo y jamás se separa de éste: un religioso, dice el Concilio Vaticano II, *para traer de la gracia bautismal fruto copioso, pretende, por la*

15 CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 10.

16 Cf. 2Co 5,17.

*profesión de los consejos evangélicos, liberarse de los impedimentos que podrían apartarle del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino y se consagra más íntimamente al servicio de Dios*¹⁷. De ahí que nuestra vida, totalmente configurada a Cristo, también manifiesta la dimensión del servicio en la vida espiritual, la cual *es necesario que se consagre también al provecho de toda la Iglesia*.¹⁸

Nos detendremos en esta meditación a considerar aquello que nos ayuda a vivir el sacerdocio real en el contexto de nuestra vida consagrada, así como algunas fuerzas que debilitan el ejercicio pleno del don que hemos recibido.

1. La Primacía Absoluta de Dios

Digamos, en primer lugar, que el tesoro de nuestra vida radica en el don del llamado, en primer lugar, a ser hijos de Dios. La Escritura invita a proclamarlo como un cántico de alabanza a Dios por este don inmerecido: *Nos ha elegido en Él, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor. Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, que nos dio en su Hijo muy querido*.¹⁹ Este llamado, común a todos los cristianos, no se acoge por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva²⁰, y se actualiza de manera elocuente cuando Dios llama a un hombre o a una mujer con una intensidad tal de transformar la vida al punto de abandonar todos los proyectos que previamente había considerado para su futuro, para imitar y seguir más cerca a Cristo. Como Él, nuestra vida se configura en una vida en que Dios tiene una primacía absoluta. Él es nuestra razón de vivir, a Él sólo amamos, seguimos y buscamos, y a Él solo estamos dispuestos a servir²¹. Creer en el amor de Dios como fundamento de la vida del cristiano significa desechar cualquier mérito personal a la hora de situarme delante de Alguien que me ama por el solo hecho de que yo existo, porque siendo amor verdadero es, en esencia, gratuito. Pablo se preguntaba en la 1ª Carta a los Corintios: *¿Y qué tienes que no hayas recibido?*²²

La frescura de esta llamada está asegurada por la oración diaria y perseverante, en que mi relación con el Señor se transforma en una relación viva, no circunscrita a un coloquio privado, sino que es la auténtica expresión de una realidad más profunda: a través del bautismo, nos configuramos como miembros del Cuerpo de Cristo²³. Por ello, en el ámbito de la oración, dice San Agustín, *ningún don mayor podía Dios haber dado a los hombres, que ponerles como cabeza su Palabra, por la cual creó todas las cosas, y que ellos fueran los miembros de su cuerpo, siendo así Hijo de Dios e hijo del hombre, un solo Dios con el Padre, y un solo hombre con los hombres*.²⁴

17 CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, 44.

18 *Íb.*

19 Ef 1,4-6.

20 BENEDICTO XVI, Carta Encíclica *Deus Caritas Est*, 1.

21 Cf. SAN AGUSTÍN, *Soliloquios*, I,3.

22 1Co 4,7.

23 Cf 1Cor 12,27.

24 SAN AGUSTÍN, *Comentario a los Salmos*, 85,1.

La oración del cristiano es, pues, un hecho *comunitario*, porque la realizamos íntimamente unidos a nuestra Cabeza, Cristo, y a través de Él, íntimamente unidos a toda la humanidad.

2. Beber del propio pozo

No comenzamos de cero en esta historia. Tampoco estamos llamados, en estos ejercicios espirituales, a reinventar nuestra vida espiritual. Basta con que demos el valor justo a aquello que tenemos, como mediaciones válidas que nos unen a Dios y nos unifican en Él. No se trata de desdeñar la sensibilidad personal y la riqueza que cada uno lleva en sí a la hora de encontrarse con el Señor. La relación con el Señor es única y personal, y debemos cultivarla en este modo. Sin embargo, en la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, el Señor ha dejado realidades, que llamamos *mediaciones*, que constituyen un lugar privilegiado de encuentro con Él. En esta ocasión nos referiremos a dos mediaciones privilegiadas que nutren de forma decisiva nuestra vida espiritual.

3. La Palabra orada y meditada.

Si somos hijos por el bautismo, nos constituimos como Cuerpo, como Iglesia, como familia. El sentido profundo de nuestro sacerdocio real se vive en un espíritu de alabanza, acción de gracias, súplica e intercesión, y se manifiesta, sobre todo, a través de la oración constante que se expresa en la santificación del tiempo bajo la forma de la Liturgia de las Horas. Todo en ella nace de la Palabra y conduce hasta ella: *Nace de la Palabra*, porque Dios mismo nos ofrece su Palabra para que sea nuestra propia voz, para que nos adentremos en ella y toda nuestra existencia se exprese a través del texto sagrado, inspirado por el Espíritu Santo. Se trata de renunciar a mis propias palabras para poder revestirme de la Palabra de Dios, dejar transformar mi corazón por la Palabra que creó el universo y que jamás vuelve vacía hacia Dios sin haber cumplido Su voluntad²⁵. ¿No es ese el sentido profundo de nuestra consagración bautismal y, más aún, religiosa?

La Liturgia de las Horas *conduce hacia la Palabra* cuando ella pone todo nuestro quehacer bajo el signo de Cristo, la Palabra encarnada. La irrupción de las horas litúrgicas en medio de las ocupaciones diarias nos obliga a interrumpir la fatiga y orientarnos hacia lo único necesario, que no nos será quitado, de Quien todas nuestras obras provienen como su fuente, y hacia Quien todo tiende como a su fin²⁶.

Sin embargo, si nos descuidamos y nuestra respuesta a la llamada de Dios se va contaminando con cálculos o expectativas de orden meramente humano, nuestra consagración bautismal vivida bajo el signo de la vida religiosa, podría empobrecerse gravemente hasta hacerse estéril. Examinaremos dos de ellas a lo largo de esta meditación. De modo particular, el *éxito* es una idea que llama y seduce de modo muy eficaz a todos sin excepción, sobre todo a nuestros jóvenes. Para muchos, el éxito se presenta como modo infalible de cristalizar la educación recibida en la edad escolar bajo el signo de la aspiración social, que tiene como motor la competencia. *Tanto tienes, tanto vales*, parece ser el estribillo que martilla, como si de un engañoso canto de sirena se tratase, los oídos de muchos hoy en día. La presión que nuestros jóvenes deben enfrentar en el último año de la educación secundaria ante un futuro incierto les hace preferir una opción que parece garantizar un futuro de éxito y trabajo: la universidad. Sin embargo, la baja calidad de la educación

25 Cf. Is 55,10-11.

26 Cf. Oración colecta del Jueves después de Cenizas.

recibida y el exceso de demanda en algunas profesiones está creando en los hechos una gran masa de jóvenes egresados sin trabajo, pero provistos de un diploma universitario. Esta realidad se ha transformado en uno de los rostros de Cristo sufriente que nuestros obispos en Aparecida nos han invitado a contemplar en la realidad latinoamericana:

*Jóvenes, que reciben una educación de baja calidad y no tienen oportunidades de progresar en sus estudios ni de entrar en el mercado del trabajo para desarrollarse y constituir una familia.*²⁷

Muchos de nuestros jóvenes que perciben la llamada de Cristo en medio de tanto ruido interior y exterior no son capaces de escuchar Su voz, seducidos por el ídolo del éxito y el progreso material. Otros, los menos, han ido madurando su vocación de tal modo que son capaces de desenmascarar los ídolos que la sociedad ha tratado de inocular en sus vidas, y abrazan la vida religiosa como un camino contracorriente. Otros, sin embargo, responden sinceramente a las exigencias de la vida religiosa, pero a menudo al interior de la comunidad afloran en ellos expectativas que miran hacia la obtención del éxito en el seno de la comunidad religiosa a través de un grado académico, cargos, prestigio o dinero. Es tarea de la comunidad toda, en especial de los responsables de la formación, acompañar adecuadamente a los jóvenes que presentan estas tendencias para purificar las intenciones a la luz del Evangelio, camino de amor gratuito, de humildad, de cruz y de entrega por el otro a través del servicio.

La purificación y maduración de la propia vocación es tarea de toda la vida, a través de una relación viva con la persona de Cristo, sobre todo en la oración perseverante y una vida espiritual intensa, ya que la tentación del éxito puede golpear nuestras puertas a cualquier edad y transformarse en la Orden y en la Iglesia, al modo de una actividad empresarial, el criterio único por el cual llevamos adelante nuestras obras, sobre todo en tiempos como el nuestro, en que la planificación de la pastoral podría llevarnos a evaluar como *exitosos* los efectos aparentes de una cierta actividad, como la cantidad de gente o la recaudación de la colecta. Ante esto, conviene recordar las palabras de un gran testigo de nuestro tiempo, Santa Teresa de Calcuta: *Dios no me eligió para tener éxito, sino para serle fiel.*

La tarea cotidiana de vivir nuestro bautismo al estilo de San Agustín entraña una llamada constante a *volver al corazón*, para evitar caer en los sucedáneos que nos alejan de la escucha del Maestro Interior que habita dentro de nosotros, y de su seguimiento humilde con nuestra cruz tras la Suya, único medio de salvación. Hace algunos años, San Juan Pablo II nos recordaba la grave responsabilidad de cuidar nuestra vida espiritual: *sed los "pedagogos de la interioridad", al servicio de los hombres del tercer milenio que buscan a Cristo. A él no se llega a través de un sendero superficial, sino por el camino de la interioridad. Es san Agustín mismo quien nos recuerda que sólo penetrando en el propio centro interior de gravedad es posible el contacto con la Verdad que reina en el espíritu (cf. De Magistro 11, 38).*²⁸ ¿Estamos capacitados para una tarea de tal envergadura?

Otra tentación posible es el *activismo*: el religioso se llena de ocupaciones propias del apostolado y a menudo se convierte en un extraño para sus hermanos de comunidad y así, tanto Dios mismo como la vida comunitaria pueden convertirse en extraños para él, por la baja calidad que va

27 DOCUMENTO DE APARECIDA, 65.

28 S. JUAN PABLO II, *Discurso a los Participantes del Capítulo General de la Orden de San Agustín*, 3.

tomando su vida espiritual, transformándose en un *funcionario*, realidad que el Papa Francisco ha tantas veces denunciado como presente en la vida religiosa. Se va comprendiendo la vocación en la medida que se desarrolla una *acción*, mientras se pierde la propia comprensión de la vocación como un *don* en sí mismo, signo de contradicción por el solo hecho de haber respondido a la llamada del Señor y de mantenerse en la humilde fidelidad de cada día. Cuando el *hacer* toma el primer lugar en la propia vocación, la vida de oración -en el mejor de los casos- no es otra cosa que una actividad más, sobre todo las oraciones que nos son prescritas en la Liturgia de las Horas. Los momentos comunes se viven -cuando se viven- para *cumplir un deber*, mientras que las horas litúrgicas que no se celebran en comunidad o se hacen en este mismo espíritu o simplemente, no se ora, con la excusa del mucho trabajo.

Ante las tentaciones que nos inviten a mostrarnos ante los demás y perseguir el éxito desdeñando lo espiritual, recordemos que una de las más bellas y escondidas facetas de nuestra vida es habernos consagrado a interceder, en el silencio y en lo escondido de nuestra vida, por todo el pueblo de Dios a través de esta oración con la que el corazón de la Iglesia palpita en todo momento de su jornada, a imagen del Señor y de los apóstoles que oraban con los salmos, ejemplo que nuestro Padre San Agustín siguió al punto de hacer de las palabras de los salmos sus propias palabras para dirigirse a Dios, pedir perdón por sus pecados y gozarse en Él.

Los sacramentos.

La Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Concilio Vaticano II sobre la liturgia describe el lugar de los sacramentos desde una perspectiva de encarnación: *Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza.*²⁹ Este "estar presente" indica la fe inextinguible de la Iglesia que cree en la verdad de las palabras de Cristo *yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo*³⁰ y por ello se acerca a la realidad sacramental para ver, tocar, recibir y ser tocada por Cristo mismo. La fe en la presencia objetiva de la acción de Cristo en los sacramentos es una característica típica de nuestra fe católica, que no reduce las acciones sacramentales a meros símbolos. Es cierto que muy a menudo nos gusta explicar a través de lo simbólico el enlace entre lo concreto y lo sagrado que se da en los sacramentos, pero debemos siempre recordar que, más allá de toda explicación, este enlace nos abre objetivamente la puerta al Misterio de Dios, que quiere actualizar la salvación en el hoy de nuestra historia. De este modo, mi historia de salvación no la vivo sólo en analogía con la historia de salvación que encuentro en la Sagrada Escritura, sino que *realmente* Dios sigue haciendo maravillas en mi vida concreta, a través de su Presencia y su gracia -este es el sentido de la palabra *gracia*- para nuestra salvación.

La experiencia de renovación a través del sacramento como presencia, la experimentamos de modo eminente en la Eucaristía, sacramento que nos acompaña, efectivamente, todos los días, como *memoria cotidiana de la Iglesia, que nos introduce cada vez más en la Pascua (cf. Lc 22,19). La alegría evangelizadora siempre brilla sobre el trasfondo de la memoria agradecida: es una gracia que necesitamos pedir. Los Apóstoles jamás olvidaron el momento en que Jesús les tocó el corazón:*

29 CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la sagrada Liturgia, 7.
30 Mt 28,20.

«Era alrededor de las cuatro de la tarde» (Jn 1,39).³¹ Es necesario para el creyente hacer continuamente memoria de la historia de salvación, tanto la propia como aquella de la que hace parte, como miembro del pueblo de Dios. Introduciéndonos así en la Pascua, descubriremos la presencia del Señor en el Sacramento de la Eucaristía.

Sabemos, sobre todo, que la alabanza perfecta a Dios se da en el Sacramento de la Eucaristía, pues en él es Cristo mismo que renueva Su entrega de amor al Padre, en Sacrificio sobre todos los altares del mundo, para nuestra salvación. Cuando el pueblo de Dios se convoca a la celebración de este Sacramento, ejerce el culmen del ejercicio del sacerdocio, asociando en su oración las intenciones de todos, especialmente los más necesitados, a la oración de toda la Iglesia. El sentido de la oración está bien señalada por San Agustín: *Cuando hablamos a Dios, suplicando, no separemos al Hijo de la plegaria, y cuando ruega el cuerpo del Hijo, no separe su propia cabeza, siendo él mismo el único Salvador de su propio cuerpo, nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, quien ora por nosotros, quien ora en nosotros, y quien es rogado por nosotros. Ora por nosotros como nuestro Sacerdote; ora en nosotros como nuestra cabeza, y nosotros le oramos a él como nuestro Dios. Reconozcamos en él nuestra voz, y sepamos reconocer su voz en nosotros.*³²

El aspecto de la intercesión se completa asociándonos al sacrificio redentor de Cristo en la Cruz. En toda Eucaristía somos llamados a ofrecernos, como el Señor, nosotros mismos y toda nuestra vida para la salvación del mundo. *La congregación y sociedad de los santos, se ofrece a Dios como un sacrificio universal por medio del gran Sacerdote, que en forma de esclavo se ofreció a sí mismo por nosotros en su pasión, para que fuéramos miembros de tal Cabeza; según ella, es nuestro Mediador, en ella es sacerdote, en ella es sacrificio.*³³

En la particularidad de nuestra vocación como consagrados, resuenan claras las palabras de San Agustín en el *Comentario al Evangelio de San Juan*: *Quien quiere vivir, tiene dónde vivir, tiene de dónde vivir. Acérquese, crea, incorpórese, para ser vivificado.*³⁴ Es ante el Altar del Señor que somos nutridos con Su propia Vida y se nos desvela en el Misterio de Dios el sentido profundo de nuestra vida común, que trasciende el aspecto funcional de vivir juntos *para hacer cosas juntos* (ay de nosotros cuando la vida común alcanza sólo este aspecto...), sino en nuestro *ser* más profundo:

*Recibid, pues, y comed el cuerpo de Cristo, transformados ya vosotros mismos en miembros de Cristo en el cuerpo de Cristo; recibid y bebed la sangre de Cristo. Para no desintegraros, comed el vínculo que os une; no os estiméis en poco, bebed vuestro precio. A la manera como se transforma en vosotros cualquier cosa que coméis o bebéis, transformaos también vosotros en el cuerpo de Cristo viviendo en actitud obediente y piadosa.*³⁵

Ante un Misterio tan grande, lo más triste que nos puede suceder como consagrados es considerar el Sacramento de la Eucaristía como un peso. La actual crisis vocacional ha hecho que los

31 S.S. FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 13.

32 SAN AGUSTÍN, *Comentario a los Salmos*, 85,1.

33 SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios*, X, 6.

34 SAN AGUSTÍN, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 26,13.

35 SAN AGUSTÍN, *Sermón* 228B, 3-4.

sacerdotes experimenten una carga de trabajo inaudita que se manifiesta sobre todo en la administración de los sacramentos durante los fines de semana. Resulta casi lógico que, si la vida espiritual no es sólida, el sacerdote busque *descansar* de aquello que lo cansa y lo preocupa, entrando la celebración de Santa Misa dentro de estas consideraciones. La Eucaristía se transforma en algo trabajoso que, cuando se dispone de un día de descanso o durante las vacaciones, se evita. O a menudo se anhela un trabajo pastoral en que lo sacramental no sea importante. De este modo, la Eucaristía, el gran don que como partícipes del sacerdocio ministerial de Cristo hemos recibido por pura generosidad Suya, no se transforma en el lugar por excelencia en que contemplamos al Señor cara a cara, o donde descansa nuestro corazón para unirnos con todo nuestro ser a Su suprema entrega de amor al Padre eterno, en sacrificio por toda la humanidad, haciéndonos uno con Él como otros cristos, dando nuestra vida como Él por la salvación del mundo, sino que será, simplemente, *un trabajo*.

Al finalizar esta meditación, pidamos al Señor la gracia de ser modelados por Su Palabra, para que día tras día sigamos las huellas de Cristo, Palabra Encarnada, que con su Muerte y Resurrección destruyó las cadenas de la mentira y la muerte, y podamos renovar nuestra entrega a la luz de Su Sacrificio, que diariamente se renueva para nuestra salvación y la del mundo entero.

Preguntas

1. ¿Qué valor le asigno a la Liturgia de las Horas en mi diario vivir y en mi comunidad? ¿Qué dificultades encuentro a la hora de orar de este modo?
2. ¿Podría decir, como San Alberto Hurtado, que *mi Misa es mi vida y mi vida es una Misa prolongada*? ¿Cómo vivo actualmente mi encuentro personal con el Señor en la Eucaristía?
3. ¿Se valoriza en mi comunidad la Misa Conventual? ¿Tiene ella el justo lugar como *raíz y soporte de la comunidad*?³⁶
4. ¿Cómo se manifiestan en mi propia vida las tentaciones del éxito, del activismo y del funcionalismo?

36 Cf. *Constituciones de la Orden de San Agustín*, 94.

TEMA 5:

LA VOCACION COMO LLAMADO AL PROFETISMO, RECIBIDO A PARTIR DEL BAUTISMO (QUE NOS CAPACITA PARA HABLAR DE PARTE DE DIOS, PARA ANUNCIAR Y DENUNCIAR, CON LA VIDA Y LA COHERENCIA, EL REGIMEN DE LA CULTURA DE LA MENTIRA Y DE LA MUERTE EN EL MUNDO ACTUAL).

EL OBJETIVO DEL TEMA:

El cristiano, a interpelación de su consagración bautismal, no solo debe ver y valorar la realidad en la que vive, sino que tiene, además, la obligación de discernir y hasta juzgar con espíritu cristiano y mirada trascendente, la realidad del mundo y el decurso que lleva la humanidad en la que convive y en la que debe operar, eficazmente, su compromiso y servicio proféticos, a favor de todos los hombres, por ser sus hermanos e hijos de Dios.

INTRODUCCIÓN:

Con la Gracia de Dios y viviendo en el tercer milenio, no tan civilizados como parece, ni tan racionalistas como nos imaginamos; con la seguridad que debe concedernos nuestra **Consagración Bautismal**, expresada de modo peculiar en nosotros, como Religiosos; en esta segunda etapa del proceso de renovación de nuestra Orden Agustiniense en América Latina: EL JUZGAR; se ve la necesidad urgente de discernir sobre la ubicación cristiana en la que nos encontramos, a sabiendas, de que: ante Dios, somos hijos; ante los hombres, somos hermanos; y ante todas las cosas, somos señores. Así pues, procurando ser lo más congruente con lo que se nos pide en el tema 5 sobre LA VOCACIÓN CRISTIANA, intentaré y pido a Dios me conceda cimentar, aunque sea de manera sucinta, lo más esencial de nuestra Consagración Bautismal de la que debe surgir el adeudo profético de todos los que vamos hacia Dios Padre, por diferentes caminos de espiritualidad.

LA TRISTE DEVALUACIÓN EN LA QUE CONVIVIMOS:

Pues bien, iniciemos develando, fugazmente, la realidad en la que vivimos y en la que admirando y gozando la bondad, la belleza y la gracia de toda la creación, obra maravillosa de Dios; al mismo tiempo, compartiendo, no sin inquietud y tristeza, aquel otro, su inseparable extremo...: *"creación del hombre"*, al que le otorgamos la connotación de cultura de la mentira y de la muerte.

No cabe duda..., nos encontramos compartiendo un mundo que no ha perdido la pureza de su encanto primigenio y a la vez, controvertido y convulsionado; un mundo de cambios drásticos y acelerados, que unos "tragan" sin distinción y sin digerir, y otros, intentan resistir en hermetismo conservador; un mundo de vigorosas confrontaciones en todas las áreas del vivir: en lo personal y familiar; en lo social, político y económico; en lo intelectual y laboral, y no menos en lo religioso. Compartimos un mundo donde sobreabundan las frustraciones y los desencantos, los temores subterráneos, las apatías y desconfianzas sistemáticas. Hay venas abiertas por todas partes; la sangre corre sin precio y gratuitamente; y, el número de los sacrificados, jamás es suficiente. Por

doquier se yerguen ídolos que reclaman adoración y tratan de sustituir al único Dios, vivo y verdadero.

En tales circunstancias, es reproable que todavía nos escandalicemos por la creciente concentración de la riqueza en unas cuantas familias que forman las nuevas oligarquías ligadas a intereses transnacionales. El empobrecimiento generalizado en la sociedad mayoritaria de nuestros pueblos y el alto nivel de deterioro ecológico. El considerable desempleo y su consiguiente incremento de migración. Las crisis internas de los partidos políticos y grupos ideológicos que han puesto en evidencia la corrupción de la vida política de los países. Las redes del tráfico de tóxicos, drogadicción y secuestros que marcan nuestra época, corrompen las estructuras de Estado, adquieren más poder y cobran cada día más víctimas. Las ofertas de salvación por parte de los movimientos sectarios que crean confusión y dividen a los pueblos que carece de suficiente formación humana y espiritual.

Estas y muchas otras realidades sociales, tan censurables moralmente, como ciertas; nos invaden con sentimientos de tristeza, desolación y cansancio al mirarlas como si fueran más que retos, eternos problemas; nos preocupan a tal grado que con frecuencia nos postramos escépticos, insensibles e instalados ante desafíos que parecen rebasarnos. Todo esto, nos llena de irritación y si nos preocupa es, quizá y únicamente, a instancia de la admiración que nos causa el *“gran aguante”* del pueblo llano emplazado en una postración y rebeldía, estériles. Por otra parte, quienes creemos tener la responsabilidad de ser una solución, a lo mucho que llegamos, es a un afán aislado, con poco interés y por lo mismo, sin consecuencias que valgan la pena. A veces, tal parece, que lo mejor sería huir para olvidar todas estas contradicciones y conflictos sociales.

EL ESCENARIO QUE MUCHOS CRISTIANOS NIEGAN Y SUFREN, IGNORANDO:

En nuestra condición de cristianos comprometidos y si al respecto algo debemos y queremos hacer, empecemos por no cerrar los ojos y mucho menos ignorar que el hombre, hoy, también vive lleno de prácticas supersticiosas y mágicas, dominado por lo esotérico, cargado de talismanes y amuletos; un hombre que consulta a los adivinos, a los espiritistas, a los médiums; un hombre que lee horóscopos, paga por sesiones de quiromancia, lecturas de tarot; un hombre que cree en la *“astrología”*, en la brujería, en los maleficios; un hombre que se deja seducir por la nueva era y otros gnosticismos.

Y lo más grave es que muchos, muchos *“cristianos”* están involucrados en todas estas prácticas y estrategias seductoras, obsesivas y opresoras, tales como: culto e invocaciones al diablo y a la santa muerte, adivinación, brujería, hechicería, magia negra, magia blanca o de cualquier color, sortilegios de amor, vudú, fetichismo, curanderismo, ocultismo, espiritismo, espiritualismo, uso de la guija, maldiciones y herencias ancestrales malignas, evocación a los muertos, limpias, lectura de cartas, lecturas de la mano y del café, meditación (trascendental, profunda, zen, budista, yoga, parapsicología, hipnosis, metafísica); así como todo poder que venga del ejercicio de fetiches, talismanes, imágenes, lociones, veladoras, polvos, brebajes, alimentos, hierbas y otros. Todo esto que esclaviza a los hijos de Dios no se explica sin una influencia del padre de la mentira como es la masonería que siempre desvía al hombre de la verdad y lo conduce al error y al mal. La Sagrada

Escritura, claramente lo advierte: (Lv. 19, 26; 19, 31; Dt. 18, 9 – 12; Pr. 21, 27; Is. 8, 19; 44, 25; Je. 27, 9; Ez. 13, 6; Jn 8, 44; Gl.1, 8; 1 Pe. 5,8-9)

Ante realidades y expresiones tan descristianizadas que llegan a ser más que preocupantes: ¿Dónde se encuentra nuestra obligación cristiano-profética ante la innegable maldad y bajeza de quienes estigmatizan a las personas? ¿Cómo actúa nuestro carácter cristiano ante la violencia, el crimen organizado y el sufrimiento que casi nos trastornan? ¿Qué dice y cómo procede nuestra confirmación en el Espíritu Santo ante el afán de dominio que jamás se satisface y ante el instinto de destrucción que nunca se agota? ¿Cómo interviene nuestra experiencia y testimonio de fe en el Dios único y verdadero, ante un mundo donde se desarrolla el pensamiento científico y racional y al mismo tiempo se constata una difusión de actividades mágico-ocultistas?

¿Será que se está cumpliendo, hoy, más que nunca, la palabra bíblica: *“Vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana; sino que, arrastrados por sus propias pasiones, buscarán un montón de maestros que solo les enseñen lo que ellos quieran oír; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas”*? (2 Tim. 4, 3 -4)

LLAMADOS A SER PROFETAS DE DIOS, UNICO Y VERDADERO:

Ante panorama tan nefasto, y, faltos como pudiéramos encontrarnos de fidelidad y consistencia espiritual, jamás dudemos en afirmar que todos los vaticinios de Dios siempre desembocan en la Gran Verdad: *“Yo santificaré mi gran nombre profanado entre las naciones, profanado allí por vosotros. Y las naciones sabrán que yo Soy Yahvé”* (Ezequiel 36, 23)

Alentados con esta certeza de Dios, que es más que promesa; y después de todo lo expuesto, es ahora cuando debemos discernir y precisar sobre lo más esencial de nuestra condición de bautizados-consagrados a Dios; a fin de vivir y actuar con fe firme y eficaz, con responsabilidad profética, talante verdadero y testimonio contestatario. Vivir y actuar con la convicción de estar compartiendo un mundo que aunque controvertido, no deja de ser hermosísimo; y, donde aflora la estimuladora y segura esperanza de la que nos habla, San Pablo: *“Porque el mundo humano se retuerce en agudos dolores como de parto, esperando, ansioso, el nacimiento de los hijos de Dios”,* (Rom. 8, 18 – 22)

Así pues, con la mirada firme del hombre creado a imagen y semejanza de Dios (Gen. 1,27), bien podemos comprender que por nosotros, profetas e hijos de Dios, Jesucristo, el obediente por excelencia, al entrar a este mundo, conforme al salmista, dijo: *“Sacrificio y oblación no quisiste: pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: ¡He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad!”*. (He. 10, 5-7). Jesucristo, el Maestro, nos ha enseñado el principal deber de quienes somos sus discípulos: cumplir, por encima de todo, la voluntad de Dios Padre.

Después de confiarnos su mensaje de salvación, y antes de entregarse al sacrificio cruento de su persona, Cristo nos rubricó, lo siguiente: *“Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”. “...doy mi vida. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente... Y, conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito; pero si me voy, se los enviaré; y cuando él*

venga... el Espíritu de verdad, los guiará hasta la verdad completa.... El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y se los anunciará a ustedes” (Jn. 10, 10 - 18; 16, 7 - 15).

Jesucristo, cumplió su promesa y con la recepción de nuestro Bautismo y Confirmación, hemos quedado para siempre, convertidos en templos del Espíritu Santo. Este nuestro nacimiento espiritual, como verdaderos hijos de Dios Padre y llevado a cabo en el seno de nuestra Santa Madre, la Iglesia, es tan hermoso y tan atractivo que sólo puede ser obra del Espíritu Santo: hombres nuevos, ungidos e incorporados como miembros de Cristo Sacerdote, Cristo Profeta y Cristo Rey; hombres iluminados para el servicio de todo el Pueblo de Dios. Por esta indiscutible razón, San Pablo, no duda en exhortarnos como lo hiciera con la primitiva comunidad cristiana de Corinto, en su primera carta: *“¿No saben que son santuarios de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?”* (3, 16).

A la luz de nuestra agraciada sacramentalidad y aconsejados sabiamente por el Espíritu Santo, es como mejor llegamos a comprender y aceptar lo que Dios, el mismo ayer, hoy y siempre, constituyó e hizo de nosotros: *“Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado yo profeta de las naciones te constituí”* (Jer. 1, 5); y para que pudiésemos cumplir con nuestra condición de consagrados y misión de profetas, Dios pactó y decretó su veredicto: *“Pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ustedes serán mi pueblo”* (Jer. 31, 33). *“Sed santos, porque Yo, Yahveh, vuestro Dios, soy santo* (Lev. 19, 2). Nada nos reclama y exige nuestro Padre Dios, que antes, no nos lo haya dado.

LO MÁS ESPECÍFICO DEL PROFETISMO CRISTIANO:

El Espíritu Santo, sabio consejero y donador admirable, es quien nos va guiando y santificando con sus 7 Dones: Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Ciencia, Piedad, Fortaleza y Temor de Dios. Dones inmerecidos y sin los cuales jamás percibiríamos empíricamente lo que se nos revela en la segunda carta de San Pablo a los Corintios: *“Llevamos siempre y por todas partes la muerte de Cristo en nuestro cuerpo, para que en este mismo cuerpo se manifieste, también, la vida de Jesús”* (4, 10). Sí, pero sin ignorar que el cristiano, hijo de Dios, es mucho más que todo eso que pudiera hacerle sufrir.

El cristiano que se propone seguir a Jesucristo, de manera radical, debe hacerlo con la conciencia siempre viva y sin olvidar jamás, que toda su vida está marcada por la Cruz y Cruz, son: entre otras, las enfermedades, los odios, las guerras, el sufrimiento, el dolor, el hambre, la desnudez, la tristeza, el pecado y la muerte. Todo esto es Cruz, así como tantas otras miserias que a diario nos aquejan. Cruz, igualmente y aunque pudiera presentarse disfrazada, también, lo es: todos los componentes de un pasado no digerido y causado por la historia personal, a la que no es ajena la historia familiar, social, ambiental, etc. Claramente me refiero a los factores de desequilibrio personal, disolventes de toda sana convivencia y entre los que se encuentra y los abarca a todos, es, sin duda alguna, el *egoísmo*, en todas sus formas y expresiones, tales como:

1.- *La crítica*, no en el grato sentido de juzgar la bondad, verdad y belleza de las cosas, sino como censura, reprobación, murmuración y corrección mordaz. 2.- *Las tenciones y los conflictos*, que frenan el crecimiento en la cohesión de una sociedad y rompen la unidad y la armonía. 3.- *La rigidez de las estructuras*; pues, aunque todo grupo humano necesita estructuras tanto legales como personales, se crean para que la sociedad viva mejor, no para que le estorben. 3.- *El*

pesimismo que reduce las fuerzas de la sociedad y frena considerablemente la vida de sus miembros. 4.- *Los miedos*, que paralizan toda evolución humana y consiguen que se pierda toda objetividad positiva entre decisiones equivocadas y por lo mismo, inadecuadas. 5.- *La expiación*, como realidad a la que se le echa la culpas de cuanto negativo acontece. 6.- *El aislamiento* que para nada tiene en cuenta la afirmación bíblica: “*No es bueno que el hombre esté solo*” (Gen. 2, 18); y no es extraño que quien se automargina acuse a los demás porque lo marginan. 7.- *Los complejos de abandono, de rivalidad ciudadana, de inseguridad, de culpa, de inferioridad* y otras más, que lesionan las relaciones sanas y agradables en la comunidad. 8.- *El gregarismo*, rasgo de la persona carente de ideas propias, que no piensa y que en todo imita a la mayoría. 9.- *El optimismo exagerado* que se niega a ver la defección de la realidad humana. 10.- *Las anomalías caracteriales de las personas*, entre las que citamos a *los hiperemotivos* (emotivos en exceso); *los psicasténicos* (débiles psíquicamente); *los introvertidos* (replegados sobre sí mismos); *los paranoicos* (víctimas de sus ideas delirantes); *los depresivos* (tristes a profundidad), etc.

Esta Cruz, hasta aquí diseñada y que en sus diferentes singularidades se encuentra en todos los hogares, sirve para salvarnos, dándonos la vida, o sirve para condenarnos, crucificándonos en la desesperación. Todo está en que a esa Cruz la veamos solitaria, o por el contrario, en ella nos veamos crucificados con Jesucristo. Pues, sólo cuando aceptamos la Cruz de Cristo y nos unimos a Él, le damos una dimensión salvadora a nuestros dolores y sufrimientos. Sólo cuando con fidelidad nos enfrentemos a todo lo que significa sufrimiento, dolor y muerte, como lo hizo Jesucristo, crecemos en la convicción de que a pesar de las apariencias: el sufrimiento, el dolor y la muerte no son las últimas realidades que deciden sobre nuestra existencia. Sólo el verdadero creyente sabe de su vinculación con la vida del Resucitado y, solo el verdadero creyente, sabe y siente cómo esa vida del Resucitado, en él mismo con fuerza estalla, cada vez que el sufrimiento, el dolor y la muerte pretenden tocarla.

El cristiano, verdadero creyente, debe vivir como **Mártir**. Mártir, es vocablo griego que significa: *testigo y confesor de la Verdad*. Pues, como Testigo y Confesor de la Verdad, el cristiano debe ser un auténtico Profeta que anuncia la verdad y denuncia la mentira. Más de alguno, se preguntará: ¿Cómo podrá ser posible esto, puesto que en la misma Sagrada Escritura, se dice: “*Todo hombre es mentiroso*”? (Sal. 116, 11). Sin temor a equivocarnos debemos afirmar, lo siguiente: quien se decide por la **causa de Cristo**, Dios le concede su Espíritu para que ya no sea el hombre quien hable y actúe, sino que sea el mismo Espíritu de Dios quien lo haga (Lc. 12, 12) pues, al Mártir Cristiano, no lo hace la pena, sino la Causa.

Para una mejor comprensión de nuestra vida martirial, acudamos a la misma Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, donde la causa distinguió a las tres cruces. El Señor estaba crucificado en medio de dos ladrones y como si el madero fuera un tribunal: condenó al que lo insultó y coronó al que lo confesó. Si por otra parte miramos la pena, Cristo era semejante a los ladrones. Pero si alguien preguntara a la Cruz: ¿Por qué fue crucificado Cristo? La Cruz nos responderá: “*Por vosotros*”. Los martirizados podrán decir: “*También nosotros morimos por Cristo*”. La diferencia está en que Cristo murió para otorgarnos un beneficio. En cambio, si nosotros morimos por él, ningún favor le hacemos. Reflexionando, llegamos a la siguiente conclusión: lo que brota de Cristo llega a nosotros, y lo que nosotros hacemos por Cristo, regresa a nosotros. Es aquí donde se comprenden las palabras de Cristo: “*El que pierda su vida por mí y por el Evangelio, ese la encontrará*” (Mt. 10, 38).

Recapacitemos bien y de modo pertinente: perder y dar la vida no por cualquier motivo, sino por Cristo y por su causa, que también debe ser la causa de todos los cristianos.

La Iglesia, que somos nosotros, lleva en su constitución y esencia esta dimensión profético-martirial que debe testificar en todo momento, lugar y circunstancia a favor de Aquel, que dijo: *“Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn. 8, 12). Martirio testimonial que ha de decir de nuestro Sumo Pontífice, el Papa Francisco, debe ir consumiendo toda nuestra vida, tal como la vela que se va consumiendo poco a poco a fin de mantener encendida su flama. ¡Mantener en el mundo la iluminación de Jesucristo debe ser la misión y tarea y de todos los cristiano y hombres de buena voluntad!

Aceptando nuestra condición de mártires y por lo mismo experimentando y testimoniando nuestra fe en Cristo, es como logramos volver a nuestras fuentes cristianas, época en la que al mismo tiempo que al martirio se le consideraba como el mayor servicio que un cristiano podía prestar a la humanidad, lo mantenía en tensión de fidelidad constante.

Con el Edicto de Milán (año 313), o “paz constantiniana” si bien es cierto que terminaron las persecuciones y los martirios multitudinarios; también es cierto que empezó en el Cristianismo un enfriamiento espiritual mucho más peligroso que las mismas sangrientas persecuciones. Situación en la que algunos “cristianos” y no pocos, faltos de la sabiduría sobre el verdadero martirio cristiano, podrían decir: *“Yo no puedo ser mártir, porque ya no hay persecuciones”*. Si esto pudiera tener algo de verdad, también es cierto y como arriba quedó dicho, no cesan las tentaciones. Innumerables son las maneras como el alma cristiana es seducida, acosada, tentada y por lo que también el Apóstol San Pedro, en su primera carta, nos dice: *“Sean sobrios y velen. Vuestro adversario, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quien devorar. Resístanle firmes en la fe, sabiendo que vuestros hermanos que están en el mundo soportan los mismos sufrimientos”* (5, 8- 9) Este adversario nunca desiste, ni deja de tendernos emboscadas. Si nuestro adversario no duerme, nuestra lucha debe ser constante. No vemos a nuestro enemigo, pero se aprovecha de nuestra debilidad y concupiscencia. Venzamos lo que sentimos en nuestro interior y quedará vencido todo aquello que nos acecha desde nuestro exterior. Sin ver a nuestro enemigo, el diablo, lo podemos vencer con tan solo invocar con firmeza el Nombre del Señor Jesús (Fil. 2, 10 – 11).

A MODO DE CONCLUSIÓN:

Ante los retos que el actual mundo nos presenta, sobre todo cuando no vemos lo positivo e inmediato de lo que esperamos de nuestro compromiso bautismal, conviene tener muy presente la recomendación que el Papa Francisco nos ofrece en su *Exhortación Apostólica, Evangelii Gaudium*: no caigamos en la dejadez, ni en la desesperanza y mucho menos en la instalación. Nuestra obligación es mantenernos en la certeza interior, convencidos de que Dios puede actuar y lo hace en cualquier circunstancia. Esta certeza, llamada “*sentido de misterio*”, debe hacernos sentir que quien se ofrece y se entrega amorosamente a Dios, será fecundo (Cfr. Jn. 15, 5). Tal fecundidad, muchas veces, es invisible, inenarrable y no puede ser contabilizada. Saber que nuestra vida cristiana dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuánto. Tener la plena seguridad de que todo lo que realizamos con amor, jamás se pierde; ninguna de nuestras inquietudes sinceras por los demás y ninguna dolorosa paciencia por ellos, jamás se pierden. Todo eso que hacemos por amor a Dios y que no se pierde, da vuelta por el mundo como una fuerza de vida. A veces nos parece que nuestra tarea - misión no logra ningún resultado positivo, pero tengamos la

convicción que no es un negocio, ni un proyecto empresarial, no es tampoco una organización humanitaria, no es un espectáculo....; es algo mucho más profundo que escapa a toda medida. Quizá el Señor toma nuestra entrega para derramar bendiciones en otros lugares del mundo donde nosotros nunca iremos. El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es apremiante y necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos amorosos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa.... Démoslo todo, pero dejemos que sea Dios quien haga fecundos nuestros esfuerzos como solo a Él le parezca (Pág. 210 – 211). El Dios amoroso que nos creó y es nuestro amigo, nos recuerda su alianza fiel y eterna que con nosotros, ha sellado: Gn. 9, 9; Lv. 26, 9; Dt. 5, 3; Sal. 89, 35; Sal. 111, 5; Is, 55, 3; Mt. 26, 28; Heb. 12, 24.

PREGUNTAS:

1. ¿Cuál es tu inmediata respuesta cristiano-profética ante las situaciones difíciles que se presentan en tu medio social?
2. ¿Cuál es la fundamental razón teológica que exige a la Vida Religiosa vivir, de manera específica, el compromiso profético del cristianismo?
3. Como Religioso que eres, ¿Cómo experimentas tu personal cruz en la que te sientes crucificado con Cristo?

BIBLIOGRAFÍA:

- BIBLIA DE JERUSALEN, Desclee de Brouwer, Bilbao.
- DOCUMENTOS DEL CONCILIO VATICANO II:
Constitución Pastoral, *Gaudium et Spes* y Decreto, *Apostolicam Actuositatem*,
- *EVANGELII GAUDIUM*, Exhortación Apostólica, Buena Prensa, México, 2013.
- *RITUAL COMPLETO DE LOS SACRAMENTOS*, Ediciones Litúrgicas de la BAC, España, 1994.
- DOCUMENTOS: EPISCOPADO LATINOAMERICANO: *Santo Domingo*, 1992; *Medellín*, 1968; *Puebla*, 1979; *Aparecida*, 2007.
- CARLOS TRIANA, *Exorcicemos el Mal*, Comunicación Católica Mexicana, México, 2005.
- JUAN JAVIER FLORES, *Los Sacramentales*, Centre de Pastoral, Litúrgica, Barcelona, 2010.
- PHILIPPE MADRE, *Curación y Exorcismo ¿Cómo discernir?*, Talleres San Pablo, Bogotá – Colombia, reimpresión 2010.
- GABRIELE AMORTH Y ROBERTO ITALO ZANINI, *El DEMONIO, reconocerlo, vencerlo, evitarlo*,
- Talleres San Pablo, Bogotá – Colombia, reimpresión 2016.
- P. HIPÓLITO MARTÍNEZ, OSA, *DESAFÍOS, de Dios al hombre y del hombre a Dios*, Edición OALA, Trujillo-Perú, 2017.

TEMA 6:

LA VOCACIÓN COMO LLAMADO A SERVIR PARA ENCARNAR LA DIMENSIÓN REAL RECIBIDA EN EL BAUTISMO (SERVIR CONCRETAMENTE A LA IGLESIA EN SUS COMUNIDADES DE BASE Y A LA SOCIEDAD HUMANA EN LOS POBRES Y POSTERGADOS)

Objetivo: Descubrir en toda su riqueza la vocación bautismal como raíz de la vida religiosa, para profundizar en nuestra identidad y tomar conciencia de sus exigencias, especialmente en relación con el servicio al Reino de Dios.

Descubrir la riqueza del bautismo

“Sacramento grande, divino, santo, inefable”: así hablaba San Agustín al referirse al bautismo (*Com. a la carta de Jn., tr.5,6*). Podemos analizar su riqueza desarrollando cinco aspectos o dimensiones teológicas, inseparables e íntimamente relacionadas:

1. DIMENSIÓN CRISTOLÓGICA (en relación a Jesucristo): ***El bautismo nos une a Jesucristo y nos identifica con ÉL***

Los creyentes de la antigüedad lo expresaban de una forma muy sencilla y rotunda: ¡el cristiano es otro Cristo! Es el convencimiento que hacía exclamar a Agustín ante los bautizados “llenos de asombro y de gozo: nos hemos hecho Cristos” (*Trat. Sobre el Ev. de Jn, 21*). Y que toda la tradición cristiana ha intentado expresar al referirse a los bautizados como *configurados* con Cristo, *revestidos* de Cristo, *incorporados (insertados o injertados)* a Cristo, *hechos* Cristo, *copartícipes (capaces de compartir)* de su vida y su misión...

Esta relación real con la persona y el misterio de Cristo es, desde luego, la dimensión básica del bautismo, sacramento que nos hace *cristianos*:

- Unidos al misterio pascual de su muerte y resurrección, hemos pasado con Él de la muerte a la vida (ver Rom 6,3ss.; Col 2,11-13). Hemos muerto al mal y al pecado en todas sus expresiones y consecuencias y hemos resucitado a una vida nueva
- “Con Cristo, por Cristo y en Cristo” –como proclama la liturgia de la Eucaristía- nos llamamos y somos hijos de Dios, hermanos de todos los hombres y mujeres, señores de la creación
- De igual manera, participamos –como lo resalta una de las fórmulas más bellas pero menos comprendidas del Ritual del bautismo- de su misma misión *sacerdotal* (en el culto litúrgico y en el culto espiritual de la consagración de la propia vida al Señor), *profética* (testigos con las obras y las palabras del Reino de Dios y sus valores), y *real* (soberanía sobre el pecado, servicio a la construcción del Reino en nuestro corazón y en el mundo).

2. DIMENSIÓN ECLESIOLOGICA (en relación a la Iglesia): ***El bautismo nos incorpora a la Iglesia, comunidad de salvación y Pueblo de Dios***

Al identificarnos con Cristo, el bautismo nos hace *miembros* de su Cuerpo, que es la Iglesia (ver 1Cor 12), “el Cristo total” constituido por la Cabeza y los miembros, como le gustaba decir a Agustín:

- La Iglesia *hace* el bautismo, ella es la madre que engendra nuevos hijos de Dios en su seno o “matriz materna” (*Serm 119,4*), la fuente bautismal
- El bautismo *hace* a la Iglesia, es decir, la construye y la hace crecer (ver Ef 2,19ss; 4,12-16) como Pueblo de Dios peregrino en la historia
- La *comunidad* en “un solo Señor, una sola fe y un solo bautismo” (Ef 4,5) –¡eso es la Iglesia!- supera todas las diferencias entre los bautizados (ver 1 Cor 12,13; Gal 3,26-28) y da como fruto una nueva y fraternal forma de vivir entre ellos (ver Hech 2,42ss).
- La *comunidad eclesial* entendida y vivida así desde su raíz bautismal, exige una pertenencia activa y afectiva de sus miembros –expresada normalmente por la vinculación a una comunidad de base o parroquial- para constituir una Iglesia-comunidad, toda ella ministerial y testimonial, que sea realmente signo de fraternidad en un mundo injusto, inhumano y no solidario.

3. DIMENSIÓN PNEUMATOLÓGICA (en relación al Espíritu): ***El bautismo nos hace templos vivos del Espíritu Santo***

Cristo, la Iglesia y el Espíritu son inseparables en la obra de la salvación. La praxis cristiana del bautismo comienza el día de Pentecostés, y el bautismo se entenderá siempre desde entonces, inseparablemente, como “en el nombre del Señor” y “en el agua y el Espíritu”:

- Es el Espíritu Santo quien actúa para que el agua produzca el nuevo nacimiento en Cristo, el perdón de los pecados y la incorporación a la Iglesia. Así lo atestigua, en la liturgia bautismal y desde los primeros siglos, la fórmula de bendición del agua bautismal como invocación al Espíritu Santo
- En el bautismo, *recibimos* el Espíritu Santo –que es el Espíritu de Jesucristo, el Señor resucitado- y sólo por la *acción o fuerza* de ese mismo Espíritu nos convertimos en cristianos: libres del pecado, hijos de Dios, llamados a una vida nueva, resucitados con Cristo, coherederos de la gloria, miembros vivos de la Iglesia (ver la acción del Espíritu en Rom 8 y 1 Cor 12)
- Lo que es actualmente el *sacramento de la confirmación* – con su efecto específico de darnos “el don del Espíritu Santo”- fue durante siglos un rito postbautismal, celebrado inmediatamente después del mismo bautismo, para expresar también como hoy la plenitud de la presencia del Espíritu en el bautizado, por la unción con el crisma y la imposición de manos

“Bautizaos, y seréis el templo del Espíritu Santo”, decía el Obispo Agustín a sus catecúmenos (*Explicación del Símbolo a los catecúmenos 5,13*)

4. DIMENSIÓN ESCATOLÓGICA (en relación al sentido último de la vida y de la historia): ***El bautismo nos introduce en la utopía del Reino de Dios***

Jesucristo ha resucitado ya, pero todavía no lo ha hecho plenamente en nosotros; somos ya hijos de Dios, pero todavía no se manifiesta esta condición en nuestra vida (ver 1 Jn 3,1-2); el Señor ha vencido ya al pecado y a la muerte, pero todavía no resplandece esta victoria en el mundo; el Reino de Dios ya está en medio de nosotros (Mt 12,28), pero todavía no plenamente realizado...: en esta tensión *escatológica* (hacia la plenitud de los últimos tiempos), entre el “*ya, pero todavía no*”, entiende, celebra y vive la Iglesia el sacramento del bautismo. Porque:

- La Pascua del Señor es el acontecimiento escatológico por excelencia, el comienzo de la plenitud de los tiempos (ver 1 Ped 1,3-5), y el bautismo nos incorpora de lleno al misterio pascual
- La Iglesia es una comunidad escatológica, peregrina y en camino, que -durante el tiempo que precede a la venida del Señor- es semilla, signo, instrumento y servidora del Reino, y el bautismo nos incorpora a esa Iglesia
- El Espíritu Santo, que ungió a Jesús para hacer realidad lo anunciado por los profetas para los tiempos del Mesías (ver Lc 4,16ss.), impulsa también a sus discípulos para ser sus testigos hasta los últimos tiempos (Hech 1,8), y en el bautismo recibimos ese mismo Espíritu.

El bautismo implica liberación y fuerza para luchar contra el mal y las estructuras de pecado. También aquí podríamos decir que “ya” se nos perdonó el pecado, pero “todavía” está presente en nuestro corazón y en el mundo: de ahí la necesidad de renunciar a él y hacer realidad esa renuncia a lo largo de la vida del bautizado.

5. DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA (en relación a la persona humana): ***El bautismo nos da una vida nueva y nos compromete con ella***

El bautismo es un *sacramento* (algo *sagrado, divino, encuentro con Dios...*), pero eso no equivale a afirmar que sea algo mágico, automático o impersonal. Un aspecto de la teología bautismal notablemente subrayado hoy, y que ya era evidente para Agustín: “una cosa es el sacramento del bautismo y otra la conversión del corazón, pero la salvación del hombre queda completada en lo uno y en lo otro” (*Sobre el bautismo* 4, 25, 32). La obra de Dios se realiza por la gracia en el ser humano, pero no sin él.

- Incluso desde el punto de vista humano, el bautismo –como todos los *ritos de iniciación* de las diversas religiones y culturas- tiene un riquísimo sentido como *celebración de la esperanza*. Comienza algo nuevo (un niño nacido hace poco, o un adulto que quiere asumir una nueva dirección en su vida, según los casos) y podemos no sólo desear sino también celebrar que será algo bueno y feliz: porque ya Jesucristo nos señaló el camino, porque tenemos una familia (la Iglesia) donde podemos contar con la ternura del Padre Dios y la fraternidad de otros muchos, porque no estamos solos sino con Alguien (el Espíritu) que impulsa el mundo hacia el bien y nos apoya cuando nos enfrentamos con el mal...
- El bautismo es don de Dios, pero también tarea y compromiso de los bautizados que, con su *respuesta libre* asume los dones de la gracia bautismal y los vive coherentemente a través de la *fe*, la *conversión* y la *vida cristiana*. El relato de los Hechos de los Apóstoles sobre la vida de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén a raíz de los bautismos del día de Pentecostés, que siempre cautivó a Agustín como ideal de vida, son sin duda la mejor explicación posible de lo que el bautismo está llamado a ser en la vida real, personal y comunitaria, de los creyentes.
- La fe bautismal no es sólo intelectual (aceptar un conjunto de ideas o doctrinas) sino *vital*: es vida y entrega, transformación de actitudes, búsqueda de la verdad, la justicia y el amor del Reino en el seguimiento de Jesús. Cuando Pablo habla de “*Cristo que vive en mí*” y de “*la fe que actúa por el amor*” (Gal 2,20; 5,6) está explicando hermosamente el efecto del bautismo en la vida del cristiano

- Hay una *primera conversión* u opción radical por Dios y la vida cristiana (no podemos olvidar aquí la narración dramática de su propia conversión que Agustín hace en el libro VIII de *Las Confesiones*) y una *conversión continua* que el bautizado está llamado a vivir. La conversión es siempre un *proceso*, un camino, una lucha contra el mal que nos acecha desde nuestro corazón y desde las estructuras de pecado que nos rodean.
- La *vida cristiana* no es algo estático sino dinámico: cada día el bautizado se convierte, renuncia al mal, se adhiere a Jesucristo, se esfuerza para “caminar siempre como hijo de la luz” (expresión tomada del Ritual del bautismo, cuyo profundo significado y exigencia de conducta en el orden ético-moral se pueden comprender mejor al leer el texto bíblico de donde se toma: Ef 5,1-14).

Todos los bautizados llamados a servir en la Iglesia.

Porque no han escuchado la llamada del Señor –dice S. Agustín- *“sólo las vírgenes y no las casadas; o sólo las viudas y no las esposas; o sólo los monjes y no los casados; o sólo los clérigos y no los laicos; sino que es toda la Iglesia, la totalidad del cuerpo, todos los miembros con sus funciones propias y distribuidas, la que ha de seguir a Cristo... Cada uno en su género, en su puesto, en su modo propio”* (Serm. 96, 9).

Las distintas edades y estados de vida de los cristianos son en la Iglesia como las diferentes flores de un hermoso jardín, decía con frecuencia Agustín, complementando con esta nueva comparación la imagen básica del cuerpo con sus distintos miembros para reconocer y pedir la corresponsabilidad y participación de todos los fieles en la vida y la misión de la Iglesia: *“Realicen todas las funciones que les son propias en el cuerpo”* porque el Espíritu Santo *“está presente en todos los miembros para mantenerlos vivos, da vida a todos y a cada uno su función”*. *“Cada uno realiza su función propia, pero todos viven la misma vida”, “trabajando ahora en la tierra para reinar después en el cielo”* (Serm 26,5; Serm 267,4; Trat. sobre el Ev de Jn 26,13).

La Iglesia necesita a todos –célibes y casados, clérigos y laicos, ricos y pobres- repite una y otra vez Agustín, para quien la corresponsabilidad eclesial debe llevarse a la práctica, no sólo en la marcha de la misma Iglesia sino también de la familia y de la sociedad. ¿Qué esperan los cristianos de Hipona –les interpela su obispo comentando el martirio de san Lorenzo- para empezar ellos también a actuar y dar testimonio en su propio campo: en su casa, con sus hijos y vecinos, o con sus clientes? De hecho, argumenta con fuerza, *“en esta ciudad se encuentran muchas casas en las que no hay ningún pagano y no hay ninguna casa en la que no haya cristianos. Y, si se mira bien, no se encuentra ninguna casa donde no sean más los cristianos que los paganos...Os dais cuenta, pues, de que no sucedería nada malo de no quererlo los cristianos. No hay réplica posible”* (Serm 302,19).

Agustín, que habla con frecuencia de la gran responsabilidad que supone su ministerio episcopal, no deja por eso de reconocer lo que en el lenguaje actual llamamos el *sacerdocio común de los fieles* y su *corresponsabilidad eclesial*. Comentando Apoc 20,6 (“Serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con Él los mil años”), afirma en *La Ciudad de Dios* 20,10: *“Esto último no se refiere únicamente a los obispos y presbíteros, que son los propiamente llamados sacerdotes en la Iglesia, sino que de igual modo que llamamos cristianos a todos los ungidos por el mismo crisma, así a todos los podemos llamar sacerdotes por ser miembros del único sacerdote. De ellos dice el Apóstol Pedro: <linaje escogido, sacerdocio real> (1 Pe 2,9)”*.

El redescubrimiento de la teología del laicado y el progresivo protagonismo de los laicos en la vida de la Iglesia son sin duda signos de los tiempos que interpelan a la Iglesia y que todos debemos agradecer al Señor. El Concilio Vaticano II (*LG 10-12 y cap.IV; Apostolicam actuositatem*) y posteriormente la Exhortación Apostólica sobre el laicado (*Christifideles laici*, Juan Pablo II 1988), han puesto los fundamentos teológicos básicos de la reflexión actual sobre los laicos: su *dignidad* en la Iglesia-misterio; su derecho y deber de *participación* activa en la Iglesia-comunión; y el llamado a la *corresponsabilidad* de los laicos en la Iglesia-misión. Una perspectiva teológica que reconoce el bautismo como fuente de ministerios en la Iglesia y contrarresta el habitual monopolio clerical, aunque en la práctica es todavía más esperanza e incipiente semilla que realidad cumplida en la vida de la Iglesia.

Hace ya tiempo, Pablo VI quiso impulsar notablemente los *nuevos ministerios laicales* de catequistas, animadores de la oración y del canto, servidores de la Palabra, asistencia a los necesitados, líderes de pequeñas comunidades, responsables de movimientos apostólicos, y otros servicios similares (*Evangelii nuntiandi*, 73). Y la creatividad de las Iglesias jóvenes, ligada especialmente en América Latina a la vitalidad de las *comunidades eclesiales de base*, ha desarrollado una más amplia gama de *ministerios o servicios*: interpretación y discernimiento cristiano de la realidad, lectura encarnada de la Biblia, testimonio personal y comunitario, catequesis y evangelización, envío misionero, organización comunitaria, diálogo y acción ecuménica, concientización política, solidaridad y cooperativismo, cultura y arte, educación popular, comunicación social...(ver A. PARRA, *Ministerios laicales*, en *Mysterium liberationis II*, 319ss, Madrid 1990).

Hoy la Iglesia está seriamente interpelada por los *nuevos desafíos* de la postmodernidad (pluralismo y subjetivismo, crisis de cambio acelerado, mundialización y globalización, secularismo y creciente brecha entre “ricos” y “pobres”...), cada vez más desubicada socialmente, criticada de nuevo en diversos frentes (ciencias, escándalos sexuales...) y en camino hacia una situación de *minoría y diáspora*.

En esta coyuntura histórica es preciso *discernir los signos de los tiempos* y asumir todos (por supuesto también los religiosos!) el **compromiso bautismal**, para que la Iglesia pueda ser realmente *sacramento de comunión* en medio de una historia conflictiva, *evangelizada y evangelizadora* para poder ser fiel a su identidad *misionera* e intensificar el *ecumenismo* y el *diálogo interreligioso*, abierta a la *cultura actual* y colaboradora en la *construcción de una nueva sociedad* según el plan de Dios en Cristo, es decir, más justa, más fraterna y más humana.

Todos los bautizados, al servicio del Reino y de la dignidad humana

Reino de Dios y promoción de la Dignidad humana: así titula el Documento de Aparecida el capítulo VIII (nn.380ss.). Ante una realidad, anteriormente analizada, que contradice el Reino de Jesucristo (el Reino de la vida plena para todos!), Aparecida llama a construir una Iglesia en permanente estado de misión, promotora de la vida en plenitud para cada persona y para todas las personas, lo que exige la *conversión pastoral* y la *renovación eclesial*. La “Iglesia en salida”, como luego formulará el tema Francisco (*Evangelii Gaudium*).

La conversión pastoral –desde una visión clara de la relación entre Reino de Dios, justicia social y caridad cristiana (382-86)- “nos lleva a asumir evangélicamente y desde la perspectiva del Reino las tareas prioritarias que contribuyen a la dignificación de todo ser humano, y a trabajar junto con los demás ciudadanos e instituciones en bien del ser humano” (384), colaborando con misericordia en la lucha por la justicia y la creación de nuevas estructuras. Urge por eso, ante los estilos de vida dominados por los ídolos del poder, la riqueza y el placer efímero (387) “proclamar en todos los areópagos públicos y privados del mundo de hoy, y desde todas las instancias de la vida y misión de la Iglesia, la verdad sobre el ser humano y la dignidad de toda persona humana” (390).

Tal compromiso quedaría en bellas palabras sin una sincera y práctica opción preferencial por los pobres (391-98): uno de los rasgos que caracteriza a la Iglesia latinoamericana y caribeña, basada en la fe cristológica que nos lleva a reconocer el rostro del Señor en el rostro sufriente de los pobres y que, por ser *preferencial* “debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales” y hacer de la Iglesia la “abogada de la justicia y defensora de los pobres” (396 y 395). Aparecida ratifica con fuerza y claridad esta opción preferencial por los pobres hecha en las anteriores Conferencias, profundizando su raíz cristológica y denunciando “el riesgo de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y decisiones” (397). “A la luz de del Evangelio reconocemos la inmensa dignidad de los pobres y su valor sagrado a los ojos de Cristo, pobre y excluido como ellos” (398), por eso queremos dedicarles *tiempo*, compartir con ellos la cercanía y *la amistad*, defender sus *derechos*.

Se requiere para eso una renovada y orgánica **pastoral social** para la promoción humana integral (399-405): es parte imprescindible de todo proceso evangelizador, urgida por las consecuencias negativas de la *globalización* y que implica diálogo con los Estados y empresarios, creatividad pastoral y atención a los grupos más vulnerables y cuya vida está más amenazada.

Aparecida actualiza el listado de “rostros sufrientes” de las anteriores Conferencias, en una larga y trágica enumeración (ver 402) dentro de la cual destaca a continuación *cinco situaciones* especialmente dolorosas (407-27):

- El pueblo de la calle, la gente que, cada vez en mayor número, vive en la calle de las grandes urbes
- Los migrantes, millones de personas que por diversos motivos salen de su patria o incluso están en constante movilidad
- Los enfermos, especialmente de SIDA
- Los drogadictos o adictos dependientes, flagelo alarmante y sin fronteras, que clama por acciones de *prevención* (educación en los valores), *acompañamiento* (búsqueda de superación de la enfermedad) y *apoyo a las políticas de represión de la epidemia*.
- Los presos, frecuentemente en cárceles inhumanas y verdaderas escuelas de delincuencia.

El reto es para TODA la Iglesia, todos los bautizados. Por eso, acertadamente, Aparecida recuerda la necesidad de formar cristianos y sensibilizarlos con respecto a los grandes problemas de la justicia social. Para ello propone: a) apoyar la participación de la sociedad civil en la reorientación y rehabilitación ética de la política; b) formar en la ética cristiana de la búsqueda del bien común, la

creación de oportunidades para todos, la lucha contra la corrupción, el respeto a los derechos laborales y sindicales, la creación de fuentes de trabajo para sectores marginados como mujeres y jóvenes; c) promover la justa regulación de la economía, del sistema financiero y del comercio mundial, sin que el endeudamiento externo impida el desarrollo de políticas sociales; d) examinar atentamente los tratados internacionales relativos al libre comercio, alertando de las eventuales consecuencias negativas para los grupos más vulnerables de la población (406).

Por último, Aparecida enumera algunos puntos de actualidad que merecen la atención de la Iglesia en la defensa de la familia, las personas y la vida, por lo que deben plantearse más concretamente en las Iglesias locales (ver cap. IX, 431- 475): el matrimonio y la familia, los niños, los adolescentes y jóvenes, el bien de los ancianos, la dignidad y participación de las mujeres, la responsabilidad del varón y padre de familia, la proclamación y defensa de la cultura de la vida, el cuidado del medio ambiente. En relación con cada uno de ellos se ofrecen orientaciones y se sugieren acciones pastorales, para que la construcción del Reino y la defensa de la dignidad humana sea real y concreta en las comunidades cristianas.

¿Y los agustinos de América Latina y el Caribe?

A los 50 años de existencia de OALA, en sintonía con los Sínodos sobre los *Jóvenes* y la *Amazonía*, en pleno proceso del “Nuevo itinerario de comunión y servicio”, los Agustinos deberíamos dejarnos interpelar por preguntas como estas:

- ¿Qué podríamos o deberíamos hacer para vivir, cada uno personalmente y cada una de nuestras comunidades, nuestra vocación (cristiana, religiosa y agustiniana) de forma consciente y coherente?
- ¿Cómo andamos en actitudes de servicio y corresponsabilidad en nuestra comunidad, nuestra circunscripción y nuestra Iglesia local?
- ¿Podemos señalar tres acciones **concretas** que demuestren que nuestra opción preferencial por los pobres no está olvidada o reducida a simple teoría y retórica?
- ¿Cómo participamos (cada uno, nuestra comunidad y nuestra circunscripción) en el “Nuevo Itinerario de comunión y servicio” de OALA? ¿Cómo podemos impulsar una mejor participación?
- ¿Qué tres acciones o decisiones estamos dispuestos a poner ya en práctica para que realmente entremos en proceso de conversión pastoral?

C. LA VOCACIÓN AGUSTINIANA

TEMA 7:

COMPROMISO PERSONAL Y COMUNITARIO CON EL PROPIO CARISMA Y ESPIRITUALIDAD (BEBER DE LA RIQUEZA DE NUESTRAS FUENTES COMO FIDELIDAD AL ESPÍRITU SANTO QUE NOS HA REGALADO NUESTRO PROPIO CARISMA COMO UN DON DE DIOS. LA TENTACIÓN DE BEBER DE OTROS POZOS).

OBJETIVO: RECUPERAR LOS VALORES CÉNTRICOS DE LA VOCACIÓN AGUSTINIANA.

1.- LA VOCACION AGUSTINIANA

Los Agustinos, en efecto, estamos marcados por una Vocación y Espiritualidad características, entre las muy diversas Vocaciones Cristiana: San Pablo afirma: *“Hay diversidad de Dones, pero uno mismo es el Espíritu”* (1Cor. 12,4). San Agustín es nuestra Fuente, después que de pecador se convirtió en Santo.

La Espiritualidad es una particular organización de valores (humanos y religiosos), en torno a uno o varios valores céntricos, de suficiente autenticidad y consistencia para armonizar en torno a sí a todos los demás. Ese valor, o valores céntricos, es precisamente el Carisma. (Diccionario del Cristianismo, Herder, 1974). Define la Espiritualidad como un “conjunto orgánico de elementos de una doctrina, o de una escuela de vida espiritual”. La palabra **«orgánico»** es la verdaderamente definitoria de la espiritualidad.

Hoy, con nuestro avanzado conocimiento del universo, disponemos de una palabra más precisa, para definir una espiritualidad o un humanismo. No ya la palabra «conjunto», sino la palabra **«constelación»**: “Constelación de Valores”. Una constelación no es un siempre conjunto de astros; sino una organización de astros en torno a uno de suficiente fuerza y consistencia para reorganizar en torno a sí a todos los demás. Eso es el Sol respecto de sus planetas. Toda constelación astral tiene un «Astro-Estrella» Y eso ocurre, de hecho, con toda espiritualidad o humanismo: siempre hay en ellos un valor que se constituye en centro y eje de todos los demás.

- ♦ Quitad al Sol del sistema solar, y poned en su lugar la luna, y todo el sistema se desmoronará.
- ♦ Hagamos del dinero, o la riqueza, el centro y eje de nuestra vida humana, y el cuadro de valores humanos se trastornará.
- ♦ Enamórate de una mujer porque tiene un cuerpo muy atractivo y es muy sexy, y ese amor, antes o después, terminará estrellado.

2.- EL CARISMA AGUSTINIANO

Por supuesto, la espiritualidad agustiniana, al igual que todas las demás espiritualices específicas dentro de la Iglesia, no puede ser sino una concreción peculiar de la misma espiritualidad cristiana. Tampoco ésta puede definirse como una suma de valores, que llamamos evangélicos, sino como un conjunto orgánico de todos ellos, en torno a algunos que Cristo considera céntricos

y clave para vivir y apreciar justamente todos los demás. Difícil es encontrar en el Evangelio un solo valor que no tenga referentes en el Antiguo Testamento.

La Revolución de Jesucristo, que le costó la vida, no consistió en inventarse nuevos valores, sino en reordenar debidamente los existentes. Lo que Él cuestionó vigorosamente fue la configuración de la espiritualidad del judaísmo, en torno a tres ejes intocables: «TORÁ-TEMPLO-TRADICIÓN». Los reconoce, en efecto, como valores, pero no valen para ser céntricos, y por ello, resulta una religiosidad «excéntrica». En su lugar, Cristo pone en el centro valores que el judaísmo ponía en la periferia, y pone en la periferia los que ellos ubicaban en el centro: Donde el judaísmo decía: “Torá”, la Ley ante todo, Cristo dirá: “Amor” (a Dios y al prójimo). Donde el judaísmo enfatizaba «El Templo (culto, ritos, sacrificios), Cristo dirá: «Espíritu» (autenticidad interior).

De este modo, Jesucristo desencadena una «religiosidad-espiritualidad» totalmente diferente a la del Judaísmo. Los valores que predica no eran extraños a los judíos; pero su centralidad les desconcertó. En adelante estos valores céntricos definirán toda espiritualidad que pretenda ser cristiana. Pues bien, San Agustín anheló encarnar esos valores céntricos del Evangelio, pero con matices personales muy concretos. Y su vida queda marcada por tres valores céntricos:

A.- LA CENTRALIDAD DEL AMOR

Ya desde muy joven, y antes de su conversión, Agustín es un hombre apasionado, anhelante de amar y ser amado: ***“Amar y ser amado era la cosa más dulce para mí, sobre todo si podía gozar del cuerpo del amante”*** (Conf. III, 1,1). ***«Y ¿qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado? Pero me faltaba ese justo equilibrio en el amor que va de alma a alma”*** Conf. II, 2,2).

Sin embargo es en la **AMISTAD**, donde Agustín encuentra las más gratas satisfacciones. Y se rodea de amigos prontamente en cualquiera de los lugares donde residió.

Otras cosas había que cautivaban más fuertemente mi alma con ellos, como era el conversar, reír, servirnos mutuamente con agrado, leer juntos libros bien escritos, chancearnos unos con otros y divertirnos en compañía; discutir a veces, pero sin animadversión, como cuando uno disiente de sí mismo, y con tales disensiones, muy raras, condimentar las muchas conformidades; enseñarnos mutuamente alguna cosa, suspirar por los ausentes con pena y recibir a los que llegaban con alegría (Conf. IV, 8, 13.- 9,14).

Ese amor, experimentado en la amistad, termina haciendo a Agustín, ya convertido, un apasionado de LA COMUNIDAD. Vivir en Comunidad “con un alma sola y un solo corazón hacia Dios” (Regla monástica).

B.- LA CENTRALIDAD DEL “MÍRATE A TI MISMO”.- INTERIORIDAD.- Agustín ensayará multiplicidad de caminos: las escuelas filosóficas, las doctrinas maniqueas, la astrología, la Biblia cristiana y más. Y todos esos caminos terminan abocándole a un desencantado escepticismo. Al fin atinará con el correcto rumbo, que jamás abandonará: El viaje al interior de sí mismo. Al emprender este viaje se encontrará, de partida, con el mismo problema de las realidades externas: la multiplicidad. Multiplicidad variada, y aun caótica, de sensaciones, imágenes, emociones, reacciones y tendencias. Y da muy pronto con el método adecuado para seguir avanzando: la trascendencia. ***“Entra dentro de ti mismo (...). Y si hallares lo que, en tu***

naturaleza es mudable, trasciéndete a ti mismo” (La Verd. Rel. 39,72): Ve más allá; sigue hasta el fondo. Y en el fondo descubrirá que ***“en el hombre interior mora la Verdad”*** (ibidem).

Quien se ubica en la periferia de una gran esfera, sólo ve fragmentos de la misma; sólo el que se ubica en el centro, percibe la globalidad de la esfera. Agustín intuyó ya lo que más tarde se expresó en la frase: **“El hombre es un microcosmos”**. El mundo es pequeño. Quien se ha comprendido a sí mismo, posee la clave para comprender a los demás, y comprender la vida -toda ella- (cf. La Verd Rel. 10,3,5). De hecho, Agustín encontrará en la interioridad mucho más de lo que inicialmente esperó: Encuentra que, en su misterio más hondo, el hombre es un calco sorprendente del Dios-Misterio, tal como se describe en la Revelación Bíblica. De modo similar a Dios, el hombre es interiormente trinitario: **Inteligencia-sensibilidad afectiva- creatividad**, desde la autodeterminación y libertad. Capacidades que sólo conducen a la plenitud de ser cuando entre ellas reina la perfecta unidad y armonía.

«Así que incitado a regresar a mí mismo, entré en mi interior, guiado por Ti. Y pude hacerlo porque Tú te hiciste mi ayuda» (Conf. VII, 10,16).

C.-LA CENTRALIDAD DEL “LIBRES BAJO LA GRACIA”

La palabra “libertad” ha venido a ser un término particularmente conflictivo y fraudulento en nuestro tiempo. Para muchos, ser libres significa poder hacer lo que les viene en gana, de acuerdo a sus ideas, apetencias e intereses, sin que nadie se interponga. Son –se dice- “mis derechos”. San Agustín advierte que, por ese camino, uno acaba esclavo de sí mismo.

San Agustín ensalza, repetidamente, el gran valor de la libertad. Pero añade, para evitar confusiones: “La libertad bajo la gracia”. Hemos de actuar ***“no como siervos bajo el peso de la ley, sino como hombres libres bajo la gracia”*** (Regla, 8, 48). Porque ***“la verdadera libertad no consiste en hacer lo que nos da la gana, sino en hacer lo bueno por propia libertad”*** (Serm.344,4). En otras palabras, es verdaderamente libre quien vive e irradia en su entorno lo mejor y más noble que hay en sí mismo.

En la relación humana necesitamos, por supuesto, normas y leyes; y en toda comunidad o asociación necesitamos un conductor (o superior), que apremie a todos a la sintonía y unidad que definen las leyes. Pero . ***“Nadie es bueno, en su interior, aunque sea bueno lo que hace, si lo hace por la fuerza”*** (Conf.I,12,19). Y es que ***“una cosa es estar en la ley, otra estar bajo la ley. El que está en la ley, actúa según ella; el que está bajo la ley es forzado por ella. El primero es libre; el segundo es esclavo”*** (In ps. 1,2).

La libertad se opone a la “esclavitud”. Pero hay dos clases de esclavitud: Aquella que procede de la dominación y exigencias de quien se nos impone; y la esclavitud interior del que se siente dominado por sus propios apegos, vicios, adiciones, rutinas y arbitrariedades.

3.- LA COMUNIDAD AGUSTINIANA

En la praxis, los agustinos simplificamos todos estos valores enfáticos del alma de Agustín, diciendo que el carisma agustiniano es **«La Comunidad»**. Simplificación legítima, a condición de no olvidar que lleva la impronta y sello de unos **«valores-carisma»**, que la diferencian notablemente de otros modelos comunitarios. Es:

Una Comunidad:

- Fundamentada en la AMISTAD
- Surgida en la INTERIORIDAD
- Vivida en la LIBERTAD BAJO LA GRACIA.

Si nos atenemos a las implicaciones directas del amor, la lista de valores céntricos podría ampliarse significativamente. Es lo que hemos hecho los agustinos al tratar de concretar los valores que definen la espiritualidad agustiniana. Tras de algunos titubeos, hemos ido conviniendo en cinco fundamentales: los tres arriba señalados y dos más:

• **La búsqueda incesante de Dios.**-Nota que marca también a Agustín El amor es aspiración que busca siempre más, y nunca se estanca en lo ya logrado. Toda su vida fue búsqueda incesante de Dios, el Amor-Misterio, siempre insondable. Y búsqueda de crecimiento constante en el amor que de Él procede.

• **El amor a la Iglesia.**- Que es, enfáticamente, en Agustín, «**amor a la unidad de la Iglesia**». *“Nadie puede tener a Cristo por Cabeza, si no está en unidad con su Cuerpo, que es la iglesia”* (La Unidad de la Iglesia, 19,49).

4.- RASGOS QUE ESTOS VALORES CONFIGURAN EN LA PERSONALIDAD DE AGUSTÍN

El término «**espiritualidad**» no es familiar a San Agustín. Pero la vivió profundamente a partir de esos «valores-carisma», que constituyeron el alma y motor de su existencia. Ellos fueron configurando en él unos rasgos de personalidad, que hicieron de él el hombre, el pastor, el santo modélicos:

► **La centralidad del amor y la amistad hacen de Agustín:**

- El apasionado por Dios y por su Causa entre los hombres: “Tarde te amé, oh Hermosura tan antigua y tan nueva” (Conf. X,28,38).
- El hombre cordial, fraterno, amistoso y comunitario: *“Con estos signos..., que proceden del corazón..., se derretían nuestras almas., y de muchas se hacía una sola”* (Conf. IV, 8,13).
- El hombre sensible para los sufrimientos humanos y la marginación de los pobres;
- El hombre que empeña su vida y sacrifica su tranquilidad en la defensa de los que son víctimas de injusticias (cf. En cartas, casos concretos: Negrero Rómulo (247); acreedor Fascio (268); niña Florentina (252-255); obispo Auxilio (250-250A), etc.
- El hombre que suplica, ante los tribunales, humanismo con los delincuentes de que han sido víctimas sus propios sacerdotes y sus iglesias (cf. Serm. 302,17; Carta 133, a Marcelino).
- El obispo que declara reiteradamente que él es el servidor de todos, no importa el puesto que ocupa (sermón 95,2).
- El pastor que se niega a abandonar a sus ovejas, en los momentos difíciles de la invasión de los bárbaros, y arriesga su propia vida por ellas (cf. Carta 228).
- El poeta del amor, centro de gravitación universal de todos los seres (cf. Conf. XIII, 9, 10; Carta 157,2).
- El hombre del corazón ardiente, que no duda en declarar: **“Ama y haz lo que quieras”** (Com Carta S. Juan, 7,8).

► **El cultivo de la interioridad llevó a Agustín:**

- Al conocimiento profundo de sí mismo, en sus flaquezas y potencialidades, y en sí mismo, a la comprensión de los demás
- Al control y armonía de su propio mundo interior y a la plena honestidad consigo mismo;
- Al encuentro y experiencia del Dios, **“más interior a mí mismo que yo mismo”**, tanto en el propio misterio interior, como en el misterio profundo que todos y todo está revelando. Y por ello, al descubrimiento del paso de Dios por todos los acontecimientos de su historia;
- A saber mirar a todo ser humano por dentro, y no por sus calificativos; y descubrir en cada ser humano su dignidad y valor (cf.Serm. Señor en el Monte, II, 13,59 y 22,76).
- A ver todas las realidades, no por su apariencia, sino por el misterio que ocultan; e interesarse, en los sacramentos, no tanto por el signo, cuando por la realidad significada por el signo (Doct. C. I,2,2 y III, 9,13).
- A educar, no tanto con la pretensión de enseñar, cuando a estimular a sus discípulos a dejarse enseñar por el “Maestro interior, que les enseña desde dentro (cf. El Maestro, 14,45-46).
- A la convicción de que de nadie hay que desesperar mientras viva (cf. Com. Salmo 36, 2,11).

► **Por la libertad bajo la gracia:**

- Sacudió sus dependencias e hizo de él un hombre auténtico, coherente y libre.
- Entendió que **“el hombre no es bueno aunque sea bueno lo que hace, si lo hace por la fuerza”** (Conf. XII, I, 12,19). El amor no actúa por imposición sino por atracción (-“ramum viridem ostendis ovem..-).
- Aprendió el respeto sagrado por la libertad de los demás; y desaprueba que un padre trate de regresar por la fuerza a la Iglesia Católica, a su hija, convertida al donatismo; (cf. Carta 35,4).
- Amó apasionadamente la unidad, pero con respeto a las diversidades (Carta 36, 9,22).
- Acaba convencido de la necesidad de superar toda violencia impositiva, porque **“Dios no ha querido que el hombre domine al hombre, sino el hombre a las bestias”** (C.D.29, 15).
- Es un convencido **humanista**, valorador de todo hombre más allá de toda discriminación de ideología, condición social y creencias. Porque **“todo hombre es hermano (prójimo) de todo hombre”** (com. salmo 118,8,2)..

II.- LAS GRANDES LÍNEAS DE LA ESPIRITUALIDAD AGUSTINIANA

Son la encarnación, en la propia vida de Agustín, de esos Valores Céntricos que rigieron su existencia. Sobre cada una de ellas, nos ofrece luminosas enseñanzas en sus obras. Pero lo más importante es que él mismo es un TESTIMONIO Y MODELO excepcional de lo que enseña. Enumeramos las Grandes y más significativas Proyecciones de su vital espiritualidad.

1.-La Línea contemplativa.	● Agustín, obispo, fue un hombre incansablemente activo, al servicio de sus fieles. Pero, al mismo tiempo, dedicado a la contemplación de Dios y del alma. Mantuvo siempre su objetivo de <i>“Contemplar a Dios, amando a los hermanos”</i> (Serm.211); para <i>“entregar a los demás lo contemplado”</i> (Ciud. De Dios, 19,19).
2.- La línea	● Desde muy joven, Agustín fue un carismático de la amistad; y dondequiera residió se rodeó muy pronto de amigos. Con un grupo de amigos hizo su primera fundación de Vida Religiosa en Tagaste; y, ordenado obispo, instauró

comunitaria;	una nueva comunidad en su Casa Episcopal. Siempre con idéntico objetivo: <i>"Para buscar juntos, y en armoniosa concordia, el conocimiento de Dios y del alma" (Soliloquios, I, 12,20); y "Para tener un alma sola y un solo corazón hacia Dios" (Regla, I)-</i>
3.- La Línea humanística	●Agustín testimonia siempre una FRATERNIDAD sin fronteras. Cuestiona a los Herejes, pero llama al obispo donatista, Maximino: "Señor, amadísimo y honorable hermano" (Carta 23,1). Varios de sus sacerdotes son asesinados por los donatistas; pero, detenidos por la justicia, Agustín, recurre a los jueces para rogarles moderación y mansedumbre cristianas, sin apartarse de nuestro propósito de <i>"vencer el mal a fuerza de bien"</i> (Carta 100,1-2). <i>"Enójate contra la iniquidad de modo que no te olvides de la humanidad" (Carta 133); "Hay que amar a los hombres, o porque son buenos, o para que lo sean" (De Trin. 8,6,9).</i>
4.- La Línea del carácter evolutivo de la vida	●Un concepto en el que Agustín se adelantó milenios: El mundo, el hombre y la vida son evolutivos. También el camino espiritual es un proceso evolutivo: Nadie es "perfecto" en ningún punto del camino; pero todos hemos de aspirar a ser "perfectos caminantes", en tensión mantenida hacia la meta. El mismo confiesa: <i>"Todavía voy en pos de la meta, aún avanzo, aún camino, todavía estoy en ruta, todavía estoy en tensión, aún no he llegado" (Serm. 169,18)</i>
5.- La línea Pastoral	●Agustín fue, especialmente un modelo de PASTOR, entregado plenamente al bien espiritual y temporal de sus fieles; a su alimento espiritual; a la causa de los pobres; a la liberación de los esclavos; a buscar la paz de personas en conflicto: <i>"Mi preocupación es vuestra edificación y mi gozo vuestra salud; salud tanto temporal como eterna" (Sermón 319 A). "Vosotros sois toda mi ambición, mi honor, mi gozo, toda mi herencia y toda mi gloria" (Sermón 17,2). Y ahora puntualiza su primera afirmación sobre la Contemplación: "Nadie debe ser tan contemplativo que olvide el servicio a los hermanos, ni tan activo que olvide la Contemplación de Dios".De Civ.Dei, XIX, 19.</i>
6.- La Línea Educativa	●Agustín vivió la experiencia de profesor, durante varios años, con la admiración y seguimiento fiel de varios de sus discípulos. Pero, ya convertido, y a la luz de su Fe Cristiana, nos legó unos sabios principios educativos, hoy de plena actualidad. Siempre apuntando al Maestro de los Maestros: <i>"El sonido de nuestras palabras golpea vuestros oídos: El Maestro está dentro. Lo que enseñan los maestros desde fuera son ayudas y amonestaciones. La Cátedra la tiene el que enseña en los corazones" (In Jo.Ep., 3,13).</i>
7.- La Línea Ecuménica	●Nuevo aspecto en el que Agustín se adelantó milenios a nuestro tiempo: Su percepción y respeto por la diversidad de creencias religiosas, defendiendo la "libertad de conciencia". Porque <i>"El Verbo baña a todos con su rocío" (Serm.4,31); y "No hay doctrina falsa que no oculte un mensaje de verdad".(Quaest.Ev.XI,40,2). Por eso, "En medio de los paganos hay hijos de la Iglesia, y dentro de la Iglesia hay falsos cristianos" (De Civ.D.I,35,tit.).</i>

PERFIL MORAL DEL HOMBRE AGUSTINIANO

-Utopía Que Buscamos Encarnar-

1. UN HOMBRE INTERIORIZADO.

Consciente de que "Dios y las realidades del Espíritu han de buscarse más y más, a partir de cada encuentro" (De Trin. XV, 2, 2), vive en proceso permanente de autoformación y crecimiento, y en búsqueda incesante de la verdad acerca de sí mismo, del hombre, del mundo y de Dios, desde la propia interioridad y conocimiento de sí mismo.

Ubicado en su propio momento histórico, permanece atento a las llamadas e interpelaciones del Espíritu, discernidas, en la soledad y el silencio del corazón, y confrontadas con la Palabra de Dios.

Habitado al autocuestionamiento, la reflexión, el estudio y la oración, ha hecho de Dios el referente Absoluto de todo su vivir, y su mirada interior vislumbra su presencia y su proceso salvador en los acontecimientos de la historia, en las situaciones concretas de grupos y personas y en la realidad cotidiana de la convivencia y la acción.

De este modo, no se deja afectar por las apariencias de las cosas, ni por la inmediatez de los acontecimientos, ni por las etiquetaciones discriminatorias de personas, porque su mirada alcanza al misterio profundo que todo está revelando, entrando así en relación de compromiso fraterno con toda la humanidad.

Sabe valorar y estimular a cada persona, en sus particulares dones y logros, al tiempo que se hace consciencia, cuestionamiento, crítica y apremio, para impulsar a cada cual a dar lo mejor de sí mismo, en la misma medida en que previamente lo ha hecho con su propia persona, apasionado siempre por lo auténtico, lo verdadero, lo noble y lo justo.

2. UN HOMBRE LIBRE Y CORRESPONSABLE

El cultivo de su interioridad le ha conducido a la conquista de su propia libertad interior y de su propia consistencia personal. Ama, pero sin apegos ni dependencias emotivas. Da y se entrega, pero sin exigir nada a cambio. Permanece brindando benevolencia, aun cuando no es correspondido. Sigue siendo auténtico, aun rodeado de inautenticidades. Denuncia con entereza toda inhumanidad, porque, no amarrado a nada,

nada tiene que perder.

*Ha asumido decididamente el protagonismo y autoderminación
de su propia vida y vocación,
y su opción por lo mejor va siempre muy por delante
de normas, leyes, ritos y costumbres. Avanza, por ello,
no coaccionado por la ley, sino "libre bajo el impulso de la gracia" (Regla, 8, 48).*

*Brota su libertad de su profundo amor al hombre y a la vida.
Y, por ello, es solidario, acogedor, servicial y corresponsable.
Amante de la libertad de las propias opciones,
quiere, busca, estimula y defiende
la libre autodeterminación de cada persona humana.
Por eso es profundamente humano:
Sensible para el sufrimiento y opresión de la injusticia;
intolerante con la mala voluntad,
condescendiente con la debilidad,
animador de los que decaen o se rezagan,
amable corrector de los que se desvían.
Consciente de la fragilidad de su propia condición humana,
"nada de lo humano puede serle indiferente" (Carta 155).*

*Es respetuoso de toda honesta conciencia, y ecuménico;
Comprensivo con el error, pero alérgico a la incoherencia.
Es, en definitiva, un hombre bueno, porque es interiormente libre (Conf. I, 12,9),
y es libre, porque es bueno.*

PREGUNTAS

- 1.- ¿Cómo ven y valoran los que nos conocen de cerca nuestra encarnación de la espiritualidad y Carisma Agustínianos?
- 2.- ¿En qué aspectos de la Espiritualidad y Carisma de Agustín somos más deficientes?
- 3.- ¿Qué razones podemos dar que nuestra Vida Religiosa atraiga, en muchos países, cada vez menos Vocaciones?

TEMA 8:

COMPROMISO CON LA PROMOCIÓN VOCACIONAL (PROPAGAR Y COMPARTIR EL CARISMA, APERTURA DE NUESTRAS COMUNIDADES A LOS JOVENES, LA NECESIDAD DE PROPONER LINEAS COMUNES PARA LA PROMOCIÓN VOCACIONAL)

OBJETIVO: “CONTEMPLAR CON FE, PARA RECORDAR CON GRATITUD NUESTRA PROPIA HISTORIA VOCACIONAL AGUSTINIANA Y VIVIRLA CON PASIÓN PARA SER AUTÉNTICOS PROMOTORES VOCACIONALES”.

NOTA:

El texto de la Sagrada Escritura que estoy usando es de: Luis Alonso Schökel; La Biblia de Nuestro Pueblo, Biblia del Peregrino América Latina.

Los textos de la BAC y otros textos me he permitido presentarlos en el lenguaje de Latinoamérica.

Decidí empezar esta reflexión con la oración en un marco eclesial propuesta por el Papa Francisco para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, del año 2016, porque refleja la clara conciencia vocacional en la dinámica propia de una comunidad cristiana viva sostenida por los dones del Espíritu e invoca a Dios Misericordioso que nos ofrece la salvación en Jesucristo, para asumir el serio compromiso de promover las vocaciones a la Vida Consagrada y Sacerdotal. Así las comunidades de los agustinos de Latinoamérica y el Caribe podremos despertar en los jóvenes el deseo de consagrarse a Dios en una dinámica de santidad comunitaria, no ensimismándose en un intimismo religioso sino saliendo a las periferias geográficas y existenciales a evangelizar.

La comunidad cristiana está siempre presente en el surgimiento, formación y perseverancia de las vocaciones (cfr. Papa Francisco; *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, 107).

Para nosotros los agustinos, una comunidad cristiana viva, es aquella comunidad local compuesta por hermanos que comparten una misma consagración, que la viven por medio de los tres votos, con fe, gratitud, alegría, generosidad, y en comunión fraterna, movidos por la Palabra de Dios y el Espíritu Santo, en unidad y comunión con la Iglesia y la Orden.

ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO EN LA 53 JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

TEMA: LA IGLESIA, MADRE DE LAS VOCACIONES

FECHA: 17 DE ABRIL DE 2016

“Padre de misericordia, que has entregado a tu Hijo por nuestra salvación y nos sostienes continuamente con los dones de tu Espíritu, concédenos comunidades cristianas vivas, fervorosas y alegres, que sean fuentes de vida fraterna y que despierten entre los jóvenes el deseo de consagrarse a Ti y a la evangelización.

Sostenlas en el empeño de proponer a los jóvenes una adecuada catequesis vocacional y caminos de especial consagración. Dales sabiduría para el necesario discernimiento de las vocaciones de modo que en todo brille la grandeza de tu amor misericordioso.

Que María, Madre y educadora de Jesús, interceda por cada una de las comunidades cristianas, para que, hechas fecundas por el Espíritu Santo, sean fuente de auténticas vocaciones al servicio del pueblo santo de Dios”.

1.- EL COMPROMISO CON LA PROMOCIÓN VOCACIONAL:

Recordemos que el mensaje del Santo Padre Francisco para la 54 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (07 de mayo de 2017 - IV domingo de Pascua) abordó el tema: “Empujados por el Espíritu para la misión”.

“A veces perdemos el entusiasmo por la misión al olvidar que el Evangelio *responde a las necesidades más profundas* de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno. Cuando se logra expresar adecuadamente y con belleza el contenido esencial del Evangelio, seguramente ese mensaje hablará a las búsquedas más hondas de los corazones: “El misionero está convencido de que existe ya en las personas y en los pueblos, por la acción del Espíritu, una espera, aunque sea inconsciente, por conocer la verdad sobre Dios, sobre el hombre, sobre el camino que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. El entusiasmo por anunciar a Cristo deriva de la convicción de responder a esta esperanza”. (Papa Francisco; *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, N° 265).

REFLEXIÓN:

Si asumimos esta propuesta, seremos, directa e indirectamente agentes convencidos por evangelizar y promover las vocaciones.

Aquí algunos alcances, fruto de la propuesta del Papa en la *Evangelii Gaudium*.

a).- EL EVANGELIO RESPONDE A NUESTRAS NECESIDADES MÁS PROFUNDAS:

Nosotros los agustinos de Latinoamérica y el Caribe acogemos en clave vocacional la invitación del Papa, que nos invita a una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría del Evangelio que llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús y se dejan salvar por Él.

Sabemos muy bien que la Regla de Nuestro Padre San Agustín, y las Constituciones, marcan nuestro Carisma y Espiritualidad sintetizando un enfoque del contenido esencial del Evangelio y no nos permiten distraernos en enfoques distantes a la invitación del Papa.

Desde la incipiente propuesta de nosotros los agustinos en la promoción vocacional tenemos la obligación de acompañar a nuestros vocacionados en internalizar la contundente realidad que el Evangelio (nuestro carisma y espiritualidad) de verdad *responde a las necesidades más profundas* de cada persona en su realidad integral, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: la amistad con Jesús y el amor fraterno.

b).- ACOMPAÑAR PARA FORMAR:

Si desde el comienzo de la promoción vocacional por medio del acompañamiento personalizado de nuestros jóvenes no comunicamos esta nuestra propia experiencia de fe y no creamos espacios para que esto suceda tendremos que pagar muy caro la triste realidad de hermanos con idealizaciones y falsas expectativas que no hemos resuelto los problemas internos de nuestra

propia historia de vida y vocación, tentados a mirar y vivir subjetivamente nuestros votos de castidad, pobreza y obediencia poniendo lamentablemente obstáculos para vivir con alegría la amistad con Jesús y el amor fraterno con una clara identidad agustiniana.

Cada hermano ya antes de entrar a nuestras casas de formación debe saber con claridad que ha iniciado un proceso concreto de formación y va asumiendo su formación como consagrado agustino desde una cultura, en una cultura concreta y particular.

Es nuestro deber ineludible ayudar a nuestros vocacionados a formarse en la interdependencia y corresponsabilidad, que nos hace priorizar lo que es común, generosos en vez de ensimismados, individualistas y egoístas.

2.- RECORDEMOS LAS CONSTITUCIONES DE NUESTRA ORDEN:

En nuestras Constituciones, al inicio del capítulo IX que trata sobre la formación de los miembros de la Orden, inicia con el apartado sobre la Promoción Vocacional, y podemos recordar juntos:

“Por amor al carisma recibido y para que nuestra Orden pueda continuar debidamente su misión en la Iglesia, no sólo debemos recibir con agrado a los que se sienten llamados por Dios y piden ingresar entre nosotros, sino también promover las vocaciones en todas las regiones donde trabaja la Orden”. (Const. IX, Nº 186).

“Recuerden los Hermanos que todos están obligados a fomentar la promoción de vocaciones a la consagración agustiniana, como un elemento específico que la misión pastoral de la Orden desempeña en la Iglesia. La oración asidua, el ejemplo de la propia vida, la catequesis y el trabajo en la viña del Señor son la mejor recomendación e invitación de nuestra Orden para abrazar la vida agustiniana. Pongan gran esmero en la promoción vocacional especialmente los que se dedican a la cura pastoral o a la educación de los jóvenes”. (Const. IX, Nº 187).

“Tenga cada Circunscripción uno o varios promotores de vocaciones, que busquen candidatos para la Orden, y que con otros Hermanos, nombrados por el Superior Mayor con el consentimiento de su Consejo, constituyen “la Comisión de vocaciones”. Según los propios estatutos, deben elaborar y desarrollar el programa de animación vocacional.” (Const. IX, Nº 188).

REFLEXIÓN

La primera pregunta necesaria es darnos cuenta y ver en el programa de animación vocacional a quién vamos a formar, cuál es su realidad, su contexto y qué perfil de agustino queremos formar.

a).- Promover las vocaciones es un tema de IDENTIFICACIÓN con lo que he decidido libremente ser y soy: religioso agustino, con un carisma y una espiritualidad propia que la busco conocer mejor, amar, y vivir con alegría y generosidad (sirviendo) junto a mis hermanos de comunidad. Si no existe esta identificación, lamentablemente buscaré afuera lo que tengo la obligación de buscar y vivir dentro. Si existe esta identificación en nuestra vida como consagrados agustinos vamos a recibir con agrado a las vocaciones y lo que es más urgente y necesario: vamos a promover las vocaciones, viendo en los jóvenes una posibilidad de poder formarlos - acompañarlos, y no de juzgarlos de buenas a primeras resaltando o sobredimensionando sus defectos y pecados, actitud que lamentablemente bloquearía la posibilidad de una buena formación.

b).- Desde que somos agustinos adquirimos una OBLIGACIÓN de promover las vocaciones con nuestra oración, nuestro ejemplo o testimonio, la fe que enseñamos, que celebramos y vivimos y la

manera como trabajamos o servimos en nuestro apostolado. Con esto se nos invita a tener una clara conciencia que en la promoción vocacional está la dinámica de reconocer que Dios llama y es el principal protagonista de las vocaciones, nosotros somos intermediarios y acompañantes para responder a este llamado. Están obligados a poner ESMERO en esta tarea específica quienes trabajan más cerca a los jóvenes.

c).- Dentro de cada jurisdicción existe un proyecto comunitario que contempla el área de vocaciones y un equipo de hermanos nombrado por el Superior Mayor y su Consejo para trabajar en equipo de promotores de vocaciones, con un coordinador, más de cerca con esta tarea específica, con un programa concreto. Tenemos la obligación de afirmar a los hermanos dedicados a esta tarea.

Fortalecer esta dinámica de promoción vocacional es una ACTITUD de FE en lo que hemos recibido de Dios, IDENTIFICADOS con la misión de la Iglesia y la Orden.

3.- EL PODER DEL TESTIMONIO:

Cuando nos ha tocado realizar jornadas vocacionales, aparecieron por ahí algunas preguntas legítimas y propias de quienes nos estaban escuchando, que pusieron en alerta máxima lo más íntimo y el sentido profundo de nuestra vocación de consagrados, y sin duda alguna, exigieron una respuesta segura, clara y contundente, sin que por eso deje de ser sencilla, humilde y alegre.

La pregunta de rigor fue:

¿Padre, (o hermano, o fray), y ustedes por qué no se casan?

La respuesta espontánea resultó siendo: “podemos pero no debemos”.

Parece ser que teníamos que poner en claro que no somos bichos raros, y debemos auto afirmarnos y estar seguros que quienes nos están escuchando no se lleven una mala impresión nuestra.

Creo que todos estamos de acuerdo que como para salir del paso, la respuesta pasa, pero si dejamos esta respuesta así suelta y débil dice mal de nosotros mismos y quedamos mal parados delante de nosotros mismos y de nuestra propia vocación y por supuesto delante de Dios y de su pueblo.

La respuesta clara se divide en dos, y debería ser:

Nosotros los padres (o hermanos, o frailes) no nos casamos porque:

a).- Cristo no se casó, y como consagrados somos seguidores e imitadores de Cristo que fue casto, pobre y obediente.

b).- Si nos casáramos no podríamos servir del modo que exige la vocación, porque nuestra consagración conlleva la actitud fundamental que exige nuestra consagración: dedicados con generosidad y alegría a servir a Dios en los hermanos.

Toda opción exige una renuncia

4.- RESPONDIENDO LIBREMENTE A SU LLAMADA: QUIÉN LLAMA ES ÉL

“No me eligieron ustedes a mí; yo los elegí a ustedes” Jn 15, 16

4.1.- SERMON 62, 2 / en Cartago, en torno al año 399 (Ed. BAC, *Obras Completas de San Agustín*, Tomo X, Sermones 2º; Madrid 1983, pp. 198 -199)

Mt. 8, 18-22 // Lc 9, 57- 62.

“Por esto mismo, el Señor, según se puede desprender de sus palabras, disuadió de ser su discípulo a cierto hombre soberbio que quería seguirle. *Señor, le dice, te seguiré adondequiera que vayas.* Y el Señor, viendo lo invisible de su corazón, le dice: *las raposas tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero el hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza.* Lo que quiere decir: Hay en ti dobleces —esto serían las raposas—; existe en ti la soberbia —esto serían las aves del cielo—. Mas el Hijo del hombre, que es sencillo contra la doblez y humilde contra la soberbia, no tiene dónde reclinar su cabeza. El mismo reclinar la cabeza, no su erección, es escuela de humildad. Disuade a aquel que desea seguirle y atrae a quien se negaba a ello. En el mismo lugar dice a otro: *Sígueme.* Y él: *Te seguiré, Señor, pero permíteme ir antes a dar sepultura a mi padre.* Buscó una excusa ciertamente piadosa y, por tanto, se hizo más digno de que tal excusa fuese rechazada y se mantuviese con mayor firmeza la llamada. Cosa piadosa era lo que quería hacer, pero el Maestro le enseñó lo que debía anteponer. Quería que él fuera predicador de la palabra viva para hacer vivos a quienes habían de vivir. Para cumplir con aquella necesidad quedaban otros. *Deja,* dijo, *que los muertos den sepultura a sus muertos.* Cuando los infieles dan sepultura a un cadáver, son muertos sepultando a muertos. El cuerpo de éste perdió el alma; el alma de aquéllos perdió a Dios. Como el alma es la vida del cuerpo, así Dios es la vida del alma. Como expira el cuerpo cuando lo abandona el alma, así expira el alma cuando abandona a Dios. El abandono de Dios es la muerte del alma; el abandono del alma es la muerte del cuerpo. La muerte del cuerpo es de necesidad; la del alma depende de la voluntad.”

REFLEXIÓN:

El Señor y Maestro disuade a aquel que desea seguirle y atrae a quien se resiste a ello.

Está claro que el Señor que ve los corazones disuade al soberbio y doblez; es decir al soberbio y arrogante e ilumina la vocación con la humildad y la sencillez de corazón.

El Señor nos invita a fijarnos en el valor de la INTERIORIDAD, propio de nuestro carisma agustiniano, aprendiendo cada momento y acontecimiento de la vida con la debida y necesaria profundidad, no quedarnos en lo superficial. Él me da la luz de la fe para poder discernir lo que da sentido a mi vida y me hace feliz desde lo más profundo de mí ser.

Como agustinos recordemos que la medicina para la soberbia es la humildad que conduce necesariamente a la gratitud de quien es consciente que no existe mérito propio en su vocación sino que ha sido mirado con cariño por su Señor (Mc 10, 21), y llamado por el poder transformador de su amor y su misericordia.

La sencillez hace que quien se siente llamado considere como el mejor tesoro y riqueza al mismo Señor, su Señor y Salvador; Jesucristo, quien llena el corazón.

El Señor; el Maestro enseña lo que debemos anteponer, lo que Nuestro Padre San Agustín nos enseña en el “*ordo amoris*”. El deseo del Señor es que el que le sigue sea predicador de la palabra viva para hacer vivos a quienes habían de vivir. El abandono de Dios es la muerte del alma, y la muerte del alma depende de la voluntad animada por el espíritu, y no de un simple voluntarismo.

“La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez”. ((Papa Francisco; *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, N° 264).

Haciendo memoria agradecida de nuestra vocación caemos en la cuenta que a todos, alguien nos inquietó (una persona, la familia, la comunidad eclesial) o con su ejemplo o con su llamada explícita, proponiéndonos a seguir el camino del Señor, como agustinos, miembros de la Orden de San Agustín. Con esto recordamos que Dios se vale de intermediarios para inquietar a la respuesta a una vocación.

4.2.- ENARRACIONES SOBRE LOS SALMOS (3º) - Ed. BAC, *Obras de San Agustín*, XXI, Salmo 103, Sermón III, 16; Madrid 1966, pp. 780 -781)

Mt. 19, 27

Pero ¿qué dejaron estos pájaros, pues parecen ser estos pájaros los seres más pequeños del mundo? ¿Qué abandonaron? ¿Qué cosa extraordinaria dejaron? Un hombre se convierte a Dios, y deja la pobre morada de su padre: apenas un lecho, un caudal pequeñísimo. Sin embargo, se entregó a Dios, y se hizo pájaro, buscó lo espiritual. Muy bien, admirablemente. No le censuremos. No digamos: “No dejó nada”. No se ensoberbezca el que dejó muchas cosas. Pedro, al seguir a Cristo, sabemos que era pescador. ¿Qué pudo dejar? Su hermano Andrés, los hijos del Zebedeo Juan y Santiago, también eran pescadores, y, con todo, ¿qué dijeron? *Ve que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido*. El Señor no les contestó: “Os habéis olvidado de vuestra pobreza. ¿Qué abandonasteis para recibir en recompensa todo el mundo?”

Mucho deja, hermanos míos, mucho deja el que no sólo deja cuanto tiene, sino también cuanto desea tener. ¿Qué pobre no se infla con la esperanza de las riquezas de este mundo? ¿-Quién no desea cotidianamente aumentar el caudal que posee? Este deseo fue cercenado; iba en aumento y se le puso coto. ¿Y no dejó nada? Al contrario, Pedro dejó todo el mundo, y recibió todo el mundo. *Como quienes nada tenemos - dice San Pablo -, y todo lo poseemos*.

REFLEXIÓN:

Este es un pasaje maravilloso en el comentario que hace Nuestro Padre San Agustín al Salmo 103, donde se refiere al llamado de los apóstoles cuando éstos le recriminan a Jesús por medio de Pedro: - *Ve que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido*. - (Mt 19, 27). No les echa en cara su pobreza, como diciendo, ¿qué han dejado a cambio de recibir el mundo entero? sino que nos recuerda que dejaron mucho al dejar lo que poseían (barca, redes y lecho), y todo lo que deseaban poseer. En verdad, Pedro dejó el mundo entero y el mundo entero recibió, *como quien nada tiene y todo lo posee* (2Cor 6, 10)

5.- PERFIL DEL AGUSTINO QUE QUEREMOS FORMAR, Y QUE COMIENZA LA FORMACIÓN INICIAL RELIGIOSA EN LA ORDEN:

“Si bien es cierto que la renovación de la vida consagrada depende principalmente de la formación, también es verdad que ésta, a su vez, está unida a la capacidad de proponer un método rico de sabiduría espiritual y pedagógica que conduzca de manera progresiva a quienes desean consagrarse a asumir los sentimientos de Cristo, el Señor. La formación es un proceso vital a través del cual la persona se convierte al Verbo de Dios desde lo más profundo de su ser y al mismo tiempo, aprende el arte de buscar los signos de Dios en las realidades del mundo. En una época de creciente marginación de los valores religiosos por parte de la cultura, este aspecto de la formación resulta doblemente importante: gracias a él la persona consagrada no sólo puede continuar a “ver” con los ojos de la fe a Dios en un mundo que ignora su presencia, sino que

consigue incluso hacer “sensible” en cierto modo su presencia mediante el testimonio del propio carisma”. (San Juan Pablo II, *Exhortación Apostólica Vita Consecrata*, N° 68)

Es muy valioso no perder de vista la sabia advertencia que la Exhortación Apostólica Postsinodal de san Juan Pablo II; Pastores Dabo Vobis, sobre la formación de los sacerdotes (y vale para los consagrados) en la situación actual, nos lanza en el N° 43: “Sin una adecuada formación humana, toda la formación sacerdotal estaría privada de su fundamento necesario”.

Buscando dar continuidad al acompañamiento y viendo la necesidad de proponer líneas comunes para la promoción vocacional comparto este perfil y la estructura para ofrecer un informe. Todo esto fue elaborado y aprobado en la reunión de formadores del Perú, en Iquitos, del 28 al 30 de abril de 2009.

5. 1.- DIMENSIONES:

a) Dimensión física:

- 1.- Goza de salud física suficiente para la vida común: ausencia de enfermedades infecto-contagiosas y/o incurables, ausencia de conductas adictivas, posibilidad de realizar trabajo manual y deportes de manera natural...
- 2.- Goza de salud mental suficiente para la vida común: Ausencia de manifestaciones de trastornos psicológicos severos (neurosis y sicosis).

b) Dimensión afectivo-emocional:

- 1.- Aun cuando haya tenido experiencias traumáticas en la infancia (0-6 años), posee recursos suficientes en las demás dimensiones de su personalidad (motivación, inteligencia, interrelación personal, etc.), para iniciar un proceso formativo.
- 2.- Clara decisión de afrontar y sanar su historia personal y limitaciones psicológicas.
- 3.- Manifiesta signos positivos de una capacidad de relacionarse sanamente, especialmente con sus coetáneos. Poniendo énfasis en una adecuada interdependencia.
- 4.- Es sensible a la situación y sentimientos de otras personas.
- 5.- Busca, encuentra y mantiene sanas amistades con apertura a los demás.
- 6.- Vive la etapa de desarrollo humano que le corresponde de acuerdo a su edad, logrando identidad y autonomía.
- 7.- Deseo de integrar su historia afectivo-sexual mediante el acompañamiento formativo.
- 8.- Conocimiento y autocontrol inicial de sus impulsos.
- 9.- Está aprendiendo a mirar positivamente sus frustraciones, buscando crecer con ellas.
- 10.- Busca ordenar su vida de acuerdo con un horario o plan personal.
- 11.- Sabe reconocer lo que ha recibido y recibe en su vida (cosas, afecto, dones de Dios, estudios, etc.), con gratitud. A su vez, sabe dar de sí con espontaneidad.
- 12.- No presenta mayores bloqueos en relación con la autoridad, y manifiesta deseo de afrontarlos.
- 13.- No presenta un mayor bloqueo narcisista. Puede darse cuenta de que existen otros.

c) Dimensión intelectual:

- 1.- Coeficiente intelectual para llevar los estudios con normalidad
- 2.- Debe hacer el Aspirantado, sea universitario o no.

d) Dimensión de la voluntad:

- 1.- Posee un conocimiento suficiente sobre los desafíos del entorno, y los va confrontando con los valores del Evangelio.
- 2.- Es capaz de tomar una decisión libre y responsable, en vista a su futura consagración religiosa.
- 3.- Se dispone personalmente a aportar y recibir todo lo necesario para su crecimiento integral.
- 4.- Muestra una actitud positiva ante el sacrificio y la disciplina personal y comunitaria.
- 5.- Es capaz de tomar una primera opción por la vida religiosa agustina.
- 6.- Se dispone a ser interdependiente y corresponsable de la construcción de la comunidad.

e) Dimensión Espiritual:

- 1.- Experiencia de Dios: de su Amor que suscita un cambio de vida (conversión) a nivel de criterios y sentimientos.
- 2.- Ha perseverado en el seguimiento de Jesucristo afrontando sus quehaceres cotidianos como laico, acompañado de la comunidad agustina que él escoge, por un tiempo suficiente.
- 3.- Tiene una motivación depurada, con una decisión firme, clara y manifiesta de cumplir la voluntad de Dios en su vida.
- 4.- Vive la fe cristiana buscando libremente a Dios en su intimidad y en el prójimo.
- 5.- Esta espiritualidad se manifiesta:
 - a.- En una actitud serena y constante de búsqueda de Dios y de todo aquello que alimente su interior.
 - b.- Dedicando momentos suficientes para la oración personal y participando con agrado de la oración común.
 - c.- Habiendo celebrado ya los sacramentos de la iniciación cristiana, celebra con piedad los sacramentos de la Reconciliación y la Eucaristía.
 - d.- Reconociendo la importancia de la Palabra de Dios que ilumina y nutre su vida cristiana.
 - e.- Acogiendo la figura materna e intercesora de María y el buen ejemplo de los santos.
 - f.- Con una buena disposición a la escucha y al diálogo con todos, de manera especial en el acompañamiento espiritual.
 - g.- En el compromiso que ha venido realizando para con la comunidad eclesial, en una actitud de servicio activo y atento a sus necesidades.

f) Dimensión Apostólica:

- 1.- Abraza los primeros pasos del camino para la construcción de la civilización del amor, según el estilo y carisma agustino.
- 2.- Va aprendiendo a tener iniciativa en bien de la comunidad y mostrando un liderazgo cristiano.
- 3.- Se va identificando con la vida y carisma de la Orden, en su servicio a la Iglesia local.
- 4.- Se interesa por la misión de la Iglesia y sus necesidades.
- 5.- Manifiesta la actitud de servicio.
- 6.- Manifiesta actitud para el trabajo en equipo.

5. 2.- ESTRUCTURA COMÚN PARA UN INFORME:

El principal instrumento de formación es el coloquio personal, que ha de tenerse con regularidad y cierta frecuencia, y que constituye una práctica de comprobada e insustituible eficacia” (San Juan Pablo II, *Exhortación Apostólica Vita Consecrata*, Nº 66).

- 1.- 1.1.- Datos personales // 1.2.- Breve historia vocacional.
- 2.- Según conciencia y salvada la acción de la gracia divina se informa lo siguiente:
Dimensiones // NOTA: Presentar también aspectos concretos por trabajar en cada dimensión.
- 3.- Juicio valorativo final - (lo recomiendan o no lo recomiendan para avanzar en el proceso).

4.- Votación: fecha y firmas.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL Y/O COMUNITARIA:

- 1.- Como agustino: ¿Cómo manifiesto mi amor a Jesucristo y el amor a todos mis hermanos de mi Comunidad y de mi Jurisdicción?
- 2.- Como agustino: ¿Cómo está mi disposición para apoyar, convencido, con decisión y activamente el proyecto común de la Promoción Vocacional de mi Jurisdicción?
- 3.- Como agustino: ¿Tengo memoria agradecida y el deseo de dar testimonio de mi vocación?

TEMA 9:

COMPROMISO CON UN PROYECTO COMÚN (50 AÑOS DE OALA. LLEVAMOS 50 AÑOS CAMINANDO JUNTOS. MEMORIA AGRADECIDA: CÓMO ESTUBO EN UN PRINCIPIO, CUANDO NACE, Y CÓMO ESTÁ AHORA. DIMENSIÓN PROYECTIVA: HACIA DONDE DEBERÍA IR DE AHORA EN ADELANTE).

Objetivo: Lograr hacer una memoria agradecida y aprender de las luces y las sombras; para que juntos podamos evaluar el proyecto común de la Circunscripción, abrazando el futuro con esperanza; asumiendo un compromiso serio y profundo en sintonía con los signos de los tiempos.

Introducción

La organización de agustinos de Latinoamérica (OALA), se prepara para celebrar la apertura de los 50 años de creación.

En esta meditación de los ejercicios espirituales toca a cada fraile hacer una memoria agradecida sobre lo que nuestros hermanos fueron construyendo, cuidando el carisma y la riqueza de la espiritualidad agustiniana, desde la realidad de américa latina.

No sin poca resistencia y dificultades; hoy podemos decir que cada circunscripción tiene un proyecto común que va en sintonía con lo que nos pide la Orden y la Iglesia **¿Cómo inició el proyecto común de tu Circunscripción? ¿Qué dificultades encontraron en el camino?**

Hoy, es mayor el número de agustinos nacidos Latinoamérica ¿Estamos dando continuidad al proyecto común? ¿Responde a las necesidades de la Iglesia? ¿Existe un proyecto común en tu Circunscripción? Este proyecto debe tocar la vida interna de la comunidad, el apostolado, servicios específicos para la formación inicial y permanente, estructuras de gobierno, servicios a la espiritualidad comunitaria y renovación permanente y la administración de los bienes materiales (***Documento Espíritu Nuevo, Niveles de acción***).

La OALA siempre se ha dejado iluminar por las directrices del Concilio Vaticano II y las Conferencias del Episcopado Latinoamericano (CELAM) desde Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007), sin duda, documentos cargados de un profundo espíritu misionero y profético con una clara opción por los pobres.

Con el paso de los años, todos los agustinos tuvieron la necesidad de la formación permanente y se buscó la revitalización de la Orden en América Latina, mediante un proyecto de espiritualidad que ilumine la vida y la misión de los agustinos por estas tierras, el proyecto fue conocido como **“Proyecto Hipona”** que duró catorce años hasta el 2007, luego en el año 2011 en continuidad con el primero se ha iniciado el proyecto de espiritualidad **“Nuevo itinerario de Comunión y servicio de OALA”**. En esta memoria agradecida nos preguntamos ¿Conozco este proyecto de espiritualidad de los agustinos en América Latina? ¿En qué etapa estamos? ¿Los hermanos tenemos la necesidad de la formación permanente? Este proyecto nos conduce para dar testimonio de la comunión.

Propongo cuatro puntos para dejarnos iluminar:

1. Reflexión a la luz de la Palabra de Dios
2. Asumir con gratitud el proyecto de espiritualidad
3. Una memoria de reflexión con esperanza

1. Reflexión a la luz de la Palabra de Dios

Lectura Bíblica Romanos 12, 15-16

Miren cuántas partes tiene nuestro cuerpo, y es uno, aunque las distintas partes no desempeñan la misma función. Así también nosotros formamos un solo cuerpo en Cristo. Dependemos unos de otros y tenemos carismas diferentes según el don que hemos recibido. Si eres profeta, transmite el conocimiento que se te da; si eres diácono, cumple tu misión; si eres maestro, enseña; si eres predicador, sé capaz de animar a los demás; si te corresponde dar, da con la mano abierta; si eres dirigente, actúa con dedicación; si ayudas a los que sufren, muéstrate sonriente. Que el amor sea sincero. Aborrezcan el mal y procuren todo lo bueno. Que entre ustedes el amor fraterno sea verdadero cariño, y adelántense al otro en el respeto mutuo. Sean diligentes y no flojos. Sean fervorosos en el Espíritu y sirvan al Señor. Tengan esperanza y sean alegres. Sean pacientes en las pruebas y oren sin cesar. Compartan con los hermanos necesitados, y sepan acoger a los que estén de paso. Bendigan a quienes los persigan; bendigan y no maldigan. Alégrense con los que están alegres, lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros. No busquen grandezas y vayan a lo humilde; no se tengan por sabios.

La exhortación paulina nos invita al amor fraterno a compartir con alegría la vida comunitaria, en nuestras comunidades hay muchos dones y talentos en los hermanos ¿Estos dones y talentos son para construir la comunión? ¿Cómo realizo mi apostolado ¿desde la comunidad o lo hago aislándome de todos? ¿Me siento identificado con el proyecto común que mis hermanos han asumido? Los agustinos formamos un solo cuerpo en Cristo que se manifiesta en la comunión de los hermanos.

De ahí que nuestro primer apostolado como religiosos es la vida comunitaria.

¿Cómo están esas relaciones fraternas y sinceras en nuestra comunidad? Nuestro primer apostolado es la vida comunitaria; la gente con quien trabajamos valora mucho nuestro testimonio, se alegra cuando nos ven juntos, se alegra cuando reímos, se alegra cuando festejamos la vida y los logros de mi hermano, se alegra cuando rezamos juntos, se alegra cuando participamos de la Eucaristía juntos; pero también se da cuenta cuando cada uno va por su lado, cuando estamos peleados, cuando hay envidias y poca tolerancia, cuando no nos alegramos por el logro de un hermano, cuando hay diferencias que nos lastiman.

Es sumamente necesario, dedicar un espacio para hacer silencio interior y preguntarnos en el claustro de nuestra intimidad ¿Cuál es la esencia de la vida agustiniana? El proyecto común que se asumió en cada Circunscripción debe poner especial cuidado a la vida interna de la comunidad.

El Padre General escribió una carta a los superiores de América Latina³⁷ en la XVIII Asamblea de OALA en Santo Domingo; exhortaba a no descuidar la vida comunitaria:

“He podido comprobar que la vida comunitaria, en algunos lugares, es un poco escasa, no sólo por causa de las relaciones humanas y entre hermanos, sino debido al fuerte compromiso de servicio en la Iglesia. Tenemos demasiadas comunidades pequeñas, muchas veces en función de su misión en la Iglesia. La pregunta clara y concreta es ¿debe estar la vida religiosa en función de sí misma como testimonio de vida o en función de su misión? ¿cómo puede la vida religiosa mantener su vida “ad intra”, hacia la comunidad, y “ad extra” en la misión, y no perder su equilibrio, su identidad? La escasez de vida comunitaria puede llevar tanto al agotamiento como a la desilusión entre los hermanos, sobre todo entre los más jóvenes. Sería conveniente comenzar en las circunscripciones que tengan estas dificultades a pensar en cómo se pueden reestructurar las presencias y la misión para favorecer esa vida comunitaria, sin dejar de servir a la Iglesia... aunque en algún momento podría llevar a tener que cerrar alguna casa”.

Se necesita un cierto equilibrio para llevar la marcha de la vida comunitaria, para no descuidar a nuestro primer amor, para no perder el encanto de mis primeros pasos. No olvidemos que esta meditación tiene por objetivo tener una memoria agradecida.

2. Asumir con gratitud el proyecto de espiritualidad

a) Recordando el pasado con gratitud³⁸

Fue el Capítulo General Ordinario del año 1989 el que recogió la sugerencia de iniciar una reflexión acerca de la realidad de la Orden en América Latina. Se trataba de una inquietud compartida por la OALA, que más tarde retomaría el Capítulo General Intermedio del año 92. Pero no sería sino hasta el año 1993, en una Asamblea de OALA en Conocoto-Ecuador, donde, a sugerencia de la Curia General, se inició el Proyecto de Revitalización de la Orden en América Latina.

El momento fue vivido como un verdadero acontecimiento del Espíritu, hasta el punto de que se llamó el “**Espíritu de Conocoto**”. Fue un espíritu de conversión, de reconciliación, de comunión y participación; un espíritu profético como se dijo entonces.

Tres años después, en la Asamblea de Hipona-México, se da un nuevo impulso al Proyecto, y con tal impacto vivencial, que, aunque tomó otros nombres en las Asambleas posteriores -**Corazón Nuevo, Vida Nueva**, etc., sería conocido hasta el final y para siempre con el nombre de “**Proyecto Hipona**”.

El Proyecto Hipona fue un proyecto de espiritualidad que buscaba la renovación de la Orden en América Latina a través de un proceso de conversión y revitalización de la vivencia de nuestro carisma al servicio de la Iglesia.

Era también una herramienta para que cada circunscripción en ese caminar “oración, reflexión y confrontación”, fuera elaborando paulatinamente su propio **Proyecto renovador en todas las áreas**.

³⁷ Carta del Prior General Alejandro Moral a todos los superiores de América Latina, en la XVIII Asamblea de OALA, Santo Domingo, febrero de 2015.

³⁸ LOZANO VÍCTOR, Carta de la Secretaría General de OALA a todos los superiores para iniciar el nuevo Proyecto de espiritualidad “Nuevo Itinerario de comunión y servicio de OALA”.

El P. General Fr. Roberto Prevost, OSA, hizo entonces un informe evaluativo del impacto obtenido por dicho proyecto, analizando la situación de la OALA al comienzo y al final del mismo y poniendo en relieve sus luces y sus sombras:

“La centralidad del sentido comunitario de nuestra vida y nuestro trabajo, de nuestra identidad y santidad: un elemento fundamental de nuestro carisma, que sin duda ha sido aclarado, promovido y fortalecido, tanto en la teoría como en la práctica, durante estos años. La importancia del diálogo como camino de comunión, a todos los niveles, desde la experiencia de diálogo, reconciliación y comunión que las comunidades de América Latina intentaron hacer realidad desde el comienzo del proceso. La necesidad de programar y evaluar de forma seria y participativa, no sólo nuestras acciones sino también nuestra vida, como una forma moderna de la ascesis y una exigencia para poder vivir y actuar con fidelidad y eficacia. El convencimiento del valor de prácticas y estructuras recuperadas y revitalizadas, como la oración comunitaria, el capítulo local, los ejercicios y retiros, la colaboración a diversos niveles en campos como las vocaciones y la formación, la pastoral, la misión. La toma de conciencia del desafío de la conversión permanente, para poder vivir nuestro ideal y superar las deficiencias que hemos constatado: individualismo, rutina y miedo al cambio, incoherencias en relación con la práctica de la pobreza y falta de mayor compromiso con los pobres, dificultades para leer la realidad desde la fe y encarnar un mayor empeño misionero. A quienes se preguntan todavía si el Proyecto Hipona ha servido para algo, les invitaría a reflexionar sobre los puntos precedentes, comparando –y no sólo desde los resultados de las encuestas realizadas, sino de su propia experiencia- la situación de la Orden en América Latina en 1993 y en la actualidad, e intentando también imaginarse la situación actual si desde 1993 no hubiéramos recorrido el camino impulsado por el proceso de renovación y revitalización que, desde luego no sin dificultades y resistencias, hemos vivido”³⁹.

En este ambiente de retiro espiritual dialoguemos de dos en dos; un hermano mayor y otro joven, reflexionemos sobre la elaboración de nuestro proyecto común ¿Cómo nació? ¿Qué dificultades encontraron? ¿Cómo ayudó para fortalecer la espiritualidad y el carisma de nuestra Orden?

Este Proyecto, que tuvo una duración de casi 14 años, culminó en el año 2007 en la Asamblea de Buenos Aires.

b) Viviendo el presente con pasión

Ahora los rostros autóctonos de agustinos de América Latina son mayoría, muchos de ellos jóvenes que desconocen totalmente el proceso de revitalización de la Orden en América Latina; en las casas de formación no se les ha mencionado sobre el itinerario del proyecto Hipona. Es evidente que todos necesitamos renovarnos y que los agustinos de América debemos iniciar un nuevo proceso de formación permanente.

Cuatro años más tarde, en la XVII Asamblea General de Bogotá-2011, presente el P. General y algunos miembros de la curia, más todos los Superiores Mayores de América Latina, la directiva de OALA y los Delegados de Base, se preguntaron: ¿Y ahora qué? Era evidente que el Proyecto Hipona había concluido, pero no nuestro proceso de conversión personal.

³⁹ PREVOST R, Prior General de la Orden de San Agustín, evaluación del proyecto Hipona, Buenos Aires, 2007.

Había concluido, sí, pero no nuestro proceso de renovación y adaptación a la realidad actual desde los signos de los tiempos y en fidelidad creativa a nuestras fuentes agustinianas y eclesiales, con apertura al espíritu y docilidad a la voluntad de Dios para con nosotros hoy.

La pregunta que flotaba en la Asamblea era cómo continuar con este servicio de renovación espiritual y conversión permanente, cuál sería su nuevo enfoque y cómo materializarlo sin que sonara a lo mismo del proyecto Hipona, especialmente para los que habían transitado fielmente por él.

Había que pensar en las circunscripciones que no lo habían vivido o que se quedaron a medias. Pero, sobre todo, había que pensar en el significativo número de hermanos que en los últimos años se habían incorporado a nuestra Orden, casi todos latinoamericanos, y que habían quedado al margen del Proyecto.

Se presentaron algunos inconvenientes debido a las distintas visiones y perspectivas y la dificultad general del cómo relacionarlo con la etapa anterior, habiéndose vivido de modo tan desigual.

El Proyecto está ahora en manos de OALA, encaminado por la Secretaría General y el Equipo de Animación Continental, el proyecto lleva por nombre **“NUEVO ITINERARIO DE COMUNIÓN Y SERVICIO DE OALA”** con el lema: “Para que nuestros pueblos en Él tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10,10).

Preguntas para dialogar ¿Conocemos este proyecto? ¿Los superiores y delegados de base estamos cumpliendo con la misión de animar el proyecto? Cuyo objetivo general es: ***“Animar en nuestras circunscripciones un nuevo dinamismo de conversión personal y comunitaria agustiniana, para que, partiendo de nuestras fuentes, y acompañados por este Itinerario espiritual, podamos ofrecer a la Iglesia y al mundo que servimos, desde nuestro carisma, un testimonio de santidad comunitaria”.***

Todos sabemos que este proyecto no es un fin en sí mismo. Es sólo una herramienta para que cada circunscripción haga su propio proyecto, un proyecto que facilite la búsqueda y consecución de la santidad comunitaria, siempre partiendo de la relectura de las fuentes y la reflexión sobre la realidad en confrontación con los modelos (Espíritu Nuevo Niveles de Acción).

Hemos terminado la primera etapa del **“Ver”**, ahora estamos en la segunda **“Juzgar”** cuyo objetivo es: ***“Motivar a la Circunscripción a revisar la vida comunitaria y el servicio que hace a la Iglesia y discernir si ese servicio se corresponde con nuestro carisma- ideales- y con los signos de los tiempos (lo que nos pide la Iglesia hoy) para elaborar un plan comunitario de vida y de acción pastoral según criterios agustinianos”.***

Hermanos, en este vivir el presente con pasión nos hemos dado la posibilidad de iniciar un nuevo Proyecto espiritual de Revitalización de la Orden en América Latina. Llegar al ideal que perseguimos no será factible sin la acogida de la gracia, sin la apertura al Espíritu, sin la conversión personal y comunitaria.

Vivir el presente con pasión es acoger con gratitud y cariño este Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio, acojamos al Espíritu que nos llama y nos convoca a la santidad, a ser lo que profesamos

ser. Nada tenemos que perder, solo la tristeza y frustración de haber errado el camino ¡Ánimo! Que el Espíritu nos dé su inspiración y fortaleza y que Nuestra Señora de América Latina, madre de la Consolación sea guía y compañera en este caminar.

III. Una memoria de reflexión con esperanza

A pesar de que la situación de América Latina está en continuo cambio, siguen permaneciendo muchos de los grandes lastres que han aquejado esta parte del hemisferio: pobreza, corrupción, impunidad, discriminación, etc; a lo que se unen ideas egoístas, hedonistas y seculares que promueven el consumismo desenfrenado valorando más el tener que el ser.

Como buenos Agustinos tenemos que seguir afrontando estos desafíos, y una de las tareas de OALA es hacernos más conscientes, y, sobre todo, responsables para aportar soluciones ante estos males, siguiendo la rica espiritualidad de nuestra Orden, en sintonía con el Magisterio Latinoamericano que desde Medellín hasta Aparecida nos han iluminado para tener una clara opción por los pobres, trabajando por la comunión y participación. Hoy se puede ver a la Organización de Agustinos de América Latina dando testimonio de comunión eclesial, respondiendo a las necesidades de la Iglesia desde nuestro carisma.

OALA da testimonio de unidad, hermandad, pertenencia, solidaridad, evangelización, presencia latinoamericana, nos acerca a la realidad de nuestros pueblos, hoy podemos decir con humildad que en cada Circunscripción hay un proyecto común que no está estancado, sino que está en constante dinamismo y renovación; por tanto, es necesaria una verdadera presencia agustiniana en cada una de las Circunscripciones, es decir un compromiso de todos por hacernos sentir una gran familia, una sola comunidad.

OALA tiene una triple misión: crítica, de animación y coordinación. Hoy urge fortalecer la misión crítica que nos invita a una clara opción profética donde se defiende la dignidad y los derechos de los seres humanos, de manera especial los que son excluidos de la sociedad, los pobres.

Los frailes agustinos somos herederos de un rico y extraordinario tesoro espiritual, cultural e intelectual, a veces abandonado o sólo promovido por algunos pocos, que sin contar con el apoyo, se sienten comprometidos a preservarlo y darlo a conocer muchas veces valorado por otros hermanos que no son de la Orden. OALA, conociendo el tesoro agustiniano, coordina e impulsa entre los distintos estudiosos e investigadores el intercambio y la colaboración de personal y material entre las diferentes Circunscripciones, con el fin de conservar, aumentar, promover y difundir este tesoro invaluable⁴⁰.

Hoy hay un mayor compromiso hacia OALA. Al haber más compromiso en nuestra vida comunitaria y personal; OALA será punto de referencia para abrirnos a las demás comunidades y Circunscripciones; será signo de unidad y pertenencia, desafío y cumplimiento, deseo y esperanza;

⁴⁰ Fr. Ricardo Guzmán, de la Provincia de Michoacán, miembro del EAC, quien asistió a Chile para la celebración de los 40 años de OALA, se le preguntaba: **¿cómo ve la OALA en el futuro? ¿Qué expectativas tiene de OALA?**

pero, sobre todo, presencia constante de los valores agustinos que aporten al establecimiento del Reino de Dios en esta parte del mundo”.

Sin duda alguna, hoy somos mayor número de latinoamericanos, a muchos nos toca con la iluminación del Espíritu llevar las riendas de la vida agustiniana en América Latina. No caminemos aislados, somos una gran familia, somos los frailes de la Orden san Agustín en América Latina.

Preguntas para el diálogo y la Reflexión:

1. El proyecto común que ha asumido la Circunscripción a la que pertenezco ¿Es fiel al Carisma de la Orden?
2. ¿Nuestra Circunscripción se deja iluminar por la Palabra de Dios, el Magisterio de la Iglesia y los documentos de la Orden? ¿Menciona algunos gestos concretos donde se puede ver que sí acogemos estos instrumentos de iluminación?
3. ¿Qué memoria agradecida hacemos de la vida agustiniana en América Latina? ¿Hacia dónde vamos? ¿Tenemos un hilo conductor que dirija nuestra vida?

ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN DE LOS AGUSTINOS EN AMERICA LATINA

Padre Bueno, ayúdanos a convertirnos comunitariamente.
Haz de nosotros, los Agustinos de América Latina,
una sola familia al servicio de tu Pueblo.
Danos tu Espíritu de Comunión y participación
para convertirnos en hermanos entre nosotros,
y con todos los hombres y mujeres,
allí donde vivimos como discípulos
y trabajamos como misioneros.

Jesús, Hijo amado del Padre,
que viviste entre los pobres
amando y sirviendo a todos los hombres:
ayúdanos a convertirnos pastoralmente,
a renunciar a ejercer nuestro ministerio
como una instancia de poder,
para ejercerlo con amor, como un servicio a los hermanos.

Jesús, Buen Pastor, Tú eres nuestro único modelo.
Que celebremos los sacramentos para promover la vida;
ayúdanos a consultar a todos los que trabajan
pastoralmente con nosotros,
y mediante la reflexión de tu Palabra,
a consultarte a Ti en nuestro interior, donde Tú eres el Maestro,
para que con la colaboración de todos, llegue tu Reino a la tierra,
para nuestra salvación y la del mundo entero.

Espíritu Santo, ayúdanos en nuestra conversión personal,
a ser dóciles a tus inspiraciones.
Recuérdanos siempre la Palabra de Jesús y el Rostro amoroso del Padre;
arregla en nosotros lo que está mal;
realiza en nosotros lo que no podemos;
infunde en nosotros el celo apostólico que le diste a San Agustín;

danos la perseverancia inquebrantable que le regalaste a Mónica;
auxílianos en la tentación
y ayúdanos a liberarnos del mal en todo momento.

María, Señora de América Latina,
Madre de la Consolación y Madre del Buen Consejo,
intercede por nosotros ante Jesús
para que todos tengamos Vida y Vida en abundancia;
para que llegue a nuestras parroquias,
misiones, colegios y lugares de trabajo apostólico,
la Vida Nueva, la Vida Feliz, la Vida Plena y Eterna
que nos viene por tu Hijo Jesucristo. Amén.

